



M. T. Podestá

Irresponsable

Recuerdos de la Universidad

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Irresponsable

Recuerdos de la Universidad

Saque usted otra bolilla

(Recuerdos de la Universidad)

Cursábamos el quinto año de preparatorios en la Universidad. Estábamos en la época de examen, y las bandadas de estudiantes, que acudían en esos días a los claustros, eran numerosas e indisciplinadas.

Los que ya habían pasado por la dura prueba, se presentaban radiantes, contentos, bullangueros, y sin más mira que la de matar el tiempo molestando a los profesores, ayudando a algún compañero con los soplos, robando con el más refinado disimulo una bolilla de la urna, para ajustarla a la que el interesado había estudiado, o promoviendo todos los desórdenes posibles, para hacerse acreedores a las amenazas de Larsen o a las efectivas del cancerbero Gazzolo, que los arrastraba al encierro como a corderos empacados que les tironean del pescuezo.

Eran entonces los buenos tiempos de la vida estudiantil, que echamos muy de menos los que cargamos el sambenito de una profesión y los que han pasado de la Universidad al comercio sin satisfacer sus aptitudes o su codicia.

La puerta de la Universidad era entonces un hormiguero; un entrar y salir incesante de alumnos: grandes, chicos, bien y mal vestidos, pero todos alegres, decidores, impávidos, con su programa apretado como el filo de un facón.

Se hacían corrillos, se armaban disputas, se entablaban discusiones serias, se convenían partidas de billar en el famoso café de Las Naciones, se completaban rabonas y excursiones a la Boca, haciendo inventario de los bolsillos, se inventaban travesuras de todo género, y, por último, se buscaba siempre una víctima en el transeúnte distraído que acertaba a caer en desgracia ante la mirada fiscalizadora de los que hacían la guardia de la puerta para molestar al prójimo.

Si la víctima se resignaba a los motes impertinentes, a las zancadillas o los proyectiles que se le arrojaban con hondas de goma, santo y bueno, todo concluía bien; cuando mucho, algunos aplausos y una silbatina; pero, si el elegido era altanero y quería vengar el ultraje, la rechifla tomaba proporciones muy serias, y el desgraciado que osaba indignarse se veía envuelto en el enjambre de muchachos que se lo repartían como cosa propia para hacerle arrepentirse de su cólera temeraria.

En el interior, la marea subía en proporciones colosales. En el largo claustro, con su techo blanqueado y agrietado por la humedad y los años, resonaban mil voces confusas, risas,

protestas, reclamaciones aplausos, vivas, pequeñas ovaciones tributadas a los examinadores o al examinando que había obtenido una clasificación de sobresaliente.

Un momento de silencio, de calma transitoria, de respeto, era impuesto por la figura venerable del rector que aparecía por la puerta de la secretaría echando una mirada benévola, curiosa, por encima de aquellas cabezas juveniles, una mirada vaga, que abarcaba todos los ámbitos y que traducía mal el ceño forzado que quería imprimir el doctor Gutiérrez a su fisonomía simpática.

La aparición duraba un segundo; el rector se retiraba a su gabinete a completar una estrofa rebelde o a marcar con lápiz de color un manuscrito histórico, y la nota de la bulla, del vaivén, del toletole, empezaba a recorrer en crescendo la escala del desorden.

Recuerdo siempre la impresión que me produjo la entrada en la Universidad en un día de examen. Salí de mi casa con calofríos, y como quien va a tomar una posición por asalto, empecé a meditar mi plan de ataque: al llegar a la puerta, me faltaron las fuerzas, se me iba el coraje como la sangre en una hemorragia, hice una tentativa atrevida, enérgica, tomé una resolución suprema; me presenté indefenso, esperando ver mi sombrero abollado, volando por las bóvedas del claustro, y mis espaldas sometidas al repique de mil puños frenéticos, pero no tuve tiempo de escurrirme: un grupo de alumnos de segundo año de latín salía triunfante del examen y en ese mismo instante invadía la puerta y la acera; me encontré envuelto en el torbellino de abrazos, de apretones de manos, de los cuales me tocaron algunos efusivos que retribuí tímidamente, sin saber a quién ni por qué, hasta que pude desprenderme del grupo para colocarme en la vereda opuesta.

Las felicitaciones, los pésames, las imprecaciones, estaban en su apogeo en los corrillos que se habían formado en la plazoleta del mercado, especie de foro donde los estudiantes hacían sus conciliábulos.

Algunos atravesaron, pasaron por mi lado, y entre ellos dos de semblante triste, alterado por el disgusto, por el despecho y la vergüenza; se advertía en el acto que el examen había sido funesto y que toda la culpa y la responsabilidad eran de los maestros.

Se consolaban recíprocamente, execrando al texto, y especialmente a Gigena, que había tenido la mala inspiración de preguntarles veinte renglones de sintaxis.

A diez pasos de mí, uno de ellos, más nervioso y exaltado, tomó el texto de la materia, lo abrió en dos, como una res descuartizada, y, acompañando el acto con una interjección callejera, lo tiró al fango.

Me acerqué lentamente a reconocer las hojas esparcidas por el suelo, y vi una fila de versos latinos dispuestos en columna cerrada, nutrida, mal impresos, borroneados, anotados con lápiz; hojas estrujadas por una mano nerviosa e injuriadas por dos manchas del índice y del meñique, plantados con violencia, y que parecían decir, como en el canto XXV del *Infierno*: *Togli, Dio, ch'a te le squadro*.

Eran los *Temas*, aquellos temas latinos que autorizaban todas las protestas, todas las violencias y hasta el ultraje de arrastrarlos por el lodo...

Yo me sentí oprimido, desconcertado, indeciso, y con el miedo de que mi memoria me traicionase, empecé a repasar rápidamente, como un conjuro, el *mascula sunt maribus*, etc., tomando las primeras palabras de los cuadritos de los géneros, hasta llegar a uno muy sabido, que se le tenía como de mojón para medir desde allí quince o veinte renglones... *Us maribus junges*, dije con toda la fuerza de mis pulmones: los géneros estaban intactos en mi memoria, como mariposas clavadas con alfileres sobre un corcho. Mi pesadilla era Fedro, uno de cuyos trozos había traducido y ordenado la noche anterior entre una cabeceada de sueño y un sorbo de café; la traducción, el orden y la fábula se habían evaporado.

Unos pilluelos que pasaban, recogieron piadosamente el libro maltratado, se lo repartieron equitativamente y fueron con toda tranquilidad a sentarse en la esquina, con la esperanza de descifrar los jeroglíficos de su contenido.

¡Qué envidia les tuve en ese instante!... ¡No tenían que rendir examen de latín!...

Era menester entrar, no había más remedio que someterse a las horcas caudinas y recibir aquel bautismo de neófito, para ingresar en la masonería estudiantil... Aproveché un momento de calma y me lancé como un perseguido al interior del claustro.

Ni una cara amiga, ni una mirada alentadora; el egoísmo estudiantil fomentado por el miedo.

No se oía más que el ruido de las urnas y de las cajas, que hacían sonar las bolillas, y las voces imperativas de los examinadores, que hacían sus preguntas como jueces que rastrean la confesión de un delincuente.

A cada instante oía la biografía de los catedráticos pintada a grandes rasgos en tono subido, se trataba del enemigo y la benevolencia estaba de más.

-¡Qué suerte si te examina Larsen!... En medio de todo, es bueno, no es rencoroso; al contrario, a los barulleros les hace pasar para evitarse el fastidio de lidiar con ellos... Estas y otras noticias se daban los compañeros para ahuyentar el miedo.

-¡Ah! si me examinara a mí... -pensaba yo para mis adentros, y sin conocerlo, sin haberlo visto nunca, le cobré cariño, cariño que le conservo y que le guardamos todos los que hemos sido sus discípulos y su pesadilla...

Un observador habría tenido tela para hacer cuadros espléndidos de ese conjunto de cabezas, de fisonomías, de gestos, de actitudes: en ese desfile de caras alegres, serias, preocupadas, audaces, inquietas, graves, con la grotesca gravedad infantil de los doce años. Allí se hablaba de Cicerón, de Ovidio, de Horacio y de toda la falange clásica, con la misma llaneza que emplea un académico.

El examen estaba preparado a la buena de Dios; cada uno llevaba en su memoria las preguntas y respuestas hilvanadas con una hebra frágil: el orden, los pretéritos, los nominativos, las oraciones de relativo, estaban acomodados en las circunvoluciones cerebrales como en un estuche. ¿Para qué servía todo aquello? ¿Por qué nos hacían estudiar así? Nadie lo sabía; era menester aprenderlo, repetirlo, ordenarlo y... doctores tiene la Santa Madre Iglesia...

Recuerdo que estudiando el tercer año de latín, nos hicieron traducir, copiar, estudiar y aprender de memoria, con orden y todo, una tragedia en tres actos, en prosa, en la que figuraban personajes antipáticos, y hasta, si no recuerdo mal, una mujer de mala vida cuya conducta escandalosa nos daba mucho que pensar.

Menos mal cuando se trataba de Medea, de la Eneida, de las fábulas y de las Catilinas; en estas últimas me reprobaban.

Esta confesión me honra, aunque parezca una paradoja. Cuando, después de muchos años, leí el precioso libro de Rovani sobre la juventud de Julio César, y me encontré con un Catilina tan distinto del que en otra época me enseñaron a execrar, ¡cómo lamenté que la suerte le hubiese sido adversa! Con él cometieron la injusticia de lanzarlo a la posteridad como un ser a quien se debe tomar con pinzas: conmigo la de reprobarme por no hacer confesión pública de sus maldades.

Sus fechorías, que yo ocultaba piadosamente en mi ignorancia de estudiante, me valieron un aplazado, que me hacía languidecer y mirar el mes de marzo como el ancla de salvación. Yo debí mi desgracia a las pillerías de Catilina, reales o inventadas; otros, tuvieron que llorar sobre la correspondencia de Cicerón con su hija Tulia, aunque el gran orador le

hablase de preparar los baños de Tusculano.

Cuando el señor Gigena decía con voz meliflua, y que a pesar del tono no inspiraba confianza: -Niño: los nominativos. ¿Eh?... ¿los nominativos?... -hubiéramos preferido que se nos dijera: -Niño, párese usted de cabeza sobre un cuchillo...

El pobre Alvarez, bondadoso y suave, entornando sus párpados y comprimiéndose el vientre con sus manecitas cortas, gordas y relucientes, era el paño de lágrimas; a él iban todas las quejas, todos los zumbidos, todas las protestas, todas las lamentaciones, todas las reclamaciones de injusticias reales o imaginarias, y a todos contestaba con la misma mansedumbre: -Preséntese usted en marzo...

Llegó el día de examen de quinto año; los alumnos de este curso tenían ya otro aspecto, muy graves, circunspectos. Algunos, que habían tomado a pecho las lecciones de filosofía, aparentaban cierto desdén académico por los de años inferiores; se habían leído al padre Balmes, magullaban los argumentos de San Anselmo y de San Agustín sobre la existencia de Dios, como quien rompe nueces con los dientes, y la misma metafísica con sus embolismos, sus interminables e insulsas discusiones sobre el espacio y el tiempo, revestía a sus ojos las formas colosales de un gigante, y mientras algunos hacían corrillos para hablar de sus novias -que lo eran generalmente las muchachuelas del barrio-, otros se preguntaban gravemente las bolillas del programa para hacer gimnasia de la memoria. Los filósofos, que se habían dejado crecer el cabello y lo usaban alborotado, como si la filosofía y los peines fueran enemigos irreconciliables; que escribían versos llenos de desaliento, y para quienes la vida era a los veinte años una carga abrumadora, la mujer una serpiente de cascabel y los hombres un almácigo de egoístas, seguían paseándose por los claustros, buscando los rincones solitarios, donde las arañas, más filósofos que ellos, tejían sus primorosas telas en la obscuridad, en el silencio y sin recompensa.

Protestaban de la química, esa ciencia que se encerraba en las retortas y en los matraces, que no admitía más discusión que la de la teoría atómica, que acababa de asestar un golpe de muerte a la de los equivalentes. La ciencia de las probetas, con sus precipitados de color de iris, no les merecía el más mínimo respeto. ¿Qué eran Chevreul, Liebig, Lavoisier, Gay-Lussac y Wurst, al lado de Bacon, de Condillac, de Descartes y de la falange de menor cuantía encabezada por Balmes y terminada en una cola que hacía flamear a Geruzes coma lancha atada a un hilo?.

Amaban las paradojas, los problemas absurdos, los silogismos como juguetes de sexta ballesta, las cuestiones revestidas pomposamente con títulos de textos apolillados, como el ejemplar del hombre transcendental, que se balanceaba en un programa de segundo año de filosofía nebulosa; la enseñanza superficial, frívola, de acceso fácil, que no fatigaba la inteligencia, que daba rienda suelta a la charla y a la oratoria de los que tenían la circunvolución de Broca un poco desarrollada. En cambio la química, la física, las ciencias naturales, eran cosas imposibles.

Y allí adentro, en ese gabinete forrado de armarios de pino, pintados de punzó, imitando un cedro que no figura en ninguna flora, con vidrieras desaseadas, impregnadas de polvo y de humedad, con las pilas de retortas, de embudos, de hornillos, de bolas de Liebig y otros objetos de arsenal químico, que les hacía estremecer: las exhalaciones de amoníaco, de ácido sulfúrico, las chispas que saltaban de los hornillos incandescentes, el oxígeno que se escapaba por un matraz mal lacrado y el pizarrón negro, tieso, puesto como una pantalla delante del banco donde se hacían los experimentos, les ocultaba una trastienda donde el sabio doctor Arata hacía sus primeras armas con los alambiques, los reactivos y el análisis químico.

Era curioso ver a uno de nuestros filósofos parado junto a la pizarra, sin argumentos que discutir, sin réplica que arrojar a la arena del adversario, y, en cambio, con la fisonomía severa e impaciente del malogrado doctor Perón, que le decía secamente: -Escriba usted el ácido nítrico y el ácido yodrítrico. -Los filósofos se quedaban tiesos, temblorosos, con la tiza en la mano, sin poder trazar esos jeroglíficos diabólicos; miraban alternativamente al catedrático y a la pizarra, y por último al techo, abovedado del aula, con una expresión de resignación desdeñosa que parecía parodiar aquello de "perdónale, Señor, que no sabe lo que hace."

Con qué fruición habrían visto caer la pizarra en pedazos, si hubiesen tenido las trompetas milagrosas que derribaron los muros de Jericó, para proclamar allí el juicio final de la química, emprendiendo el saqueo y el pillaje de los armarios.

Cómo gozaban cuando en un experimento reventaban las burbujas de Liebig o un matraz se hacía añicos en un descuido; aquella ciencia positiva de estudio, de experimentación, era una tortura para esos espíritus elegidos, que guardaban la pureza de sus ideales como las vestales en el templo.

¡Ah! el hombre transcendental, la existencia de Dios, la conciencia, el espacio, el tiempo, en fin, el tira y afloja de los argumentos, que se tiraban a la cara como puñados de tierra, para ofuscarse... Y no les faltaba levadura a esos cerebros; todo era culpa de la mala y pésima dirección tan hueca, tan absurda, tan árida como el estudio de los temas, de los latines, con toda su secuela de pretéritos, de nominativos, de órdenes y desórdenes, estudiados de memoria.

Nuestros maestros hacían lo que humanamente les era posible: ellos comprendían el estudio de esa manera; ajustaban la enseñanza a su criterio formado en el ambiente de la época. No les hagamos un reproche; al fin y al cabo, algunos jirones de Ovidio y de Cicerón nos hacen dragonear de entendidos cuando encontramos citas latinas que procuramos ordenar, haciendo cadena del sujeto, del verbo y del complemento de la oración, olfateados con el instinto fonético que nos imprimió la costumbre de andar a la caza del orden como animales de presa...

Volvamos al examen, y aquí aparece nuestro protagonista, nuestro héroe, el estudiante de más coraje que hayamos conocido, el que supo afrontar el peligro de un examen con la impavidez de un griego ante los persas, con la calma de Catilina ante el senado romano: un colmo portentoso de audacia, de sangre fría, de indiferencia, una figura que no se borró nunca de nuestra memoria, una fisonomía que nos bastó ver de nuevo, después de muchos años, para recordarla intacta, un judío errante de la Universidad, un paria, que anda todavía en busca de carrera, de fortuna, y que la suerte traidora y parcial no ha tocado con su dedo mágico.

Habíamos formado un corrillo en el piso alto, en el claustro que daba acceso al salón de grados, la clase de química y a la de ciencias físico-naturales; de tiempo en tiempo, salía del aula un examinando, colorado, jadeante, haciendo girar su sombrero entre sus manos temblorosas, y la ovación improvisada, ruidosa, cordial, daba la enhorabuena al que había salido triunfante. Era el examen de física, examen serio, de prueba, de verdadera prueba y en el que cada estudiante era escudriñado en sus antecedentes, su aplicación, sus faltas de asistencia y el número de barullos y desórdenes que había promovido.

Los examinadores tomaban aspecto grave, imponente, y para nosotros, cierta satisfacción mal encubierta de perseguirnos, de despotizarnos y hacernos caer en el error, como Mefistófeles que anda a la busca de almas para perder.

Si el examinando no contestaba inmediatamente una pregunta y el profesor procuraba

encaminarlo, pase, aquello era de buen augurio y merecía nuestra aprobación íntima y nuestra simpatía; si el profesor se quedaba callado, gozando, a nuestro entender, con las tribulaciones del compañero, veíamos entonces una intención siniestra y malvada que nos servía para cargarle la medida de nuestro odio en la rechifla de salida.

De pronto, y causando general sorpresa y curiosidad, asoma por la pesada escalera de mármol que remataba en el vestíbulo del claustro, la sombra de nuestro desconocido colega.

El murmullo, la conversación, el bullicio confuso y desalentador para un extraño que caía allí como un aerolito, cesó por encanto: un silencio solemne, salpicado por cuchicheos y preguntas *sotto voce*, hizo detener en el umbral al extraño personaje.

Era un alumno de quinto año que iba a rendir su examen; nadie lo conocía, jamás había frecuentado la clase, y sólo supimos que aquel era su objeto al afrontar tan peligroso percance, cuando él mismo, con una timidez de doncella, nos preguntó sin dirigirse directamente a ninguno: -¿Hoy hay examen de física? -Sí, señor, -le contestó uno, y nuestro hombre, sin decir palabra, se introdujo sin miramientos y por equivocación en el salón de grados, cuya puerta estaba inmediata a la escalera.

Detrás de él entramos todos; la curiosidad y la figura misteriosa del estudiante-aerolito nos habían arrastrado.

Tenía la traza de un héroe de Murger sin tener la distinción del talento y la chispa de la audacia inteligente.

Alto, muy alto, flaco, con la flacura del hambre, con una cara puntiaguda, demacrada, amarillenta, con esa piel lisa, estirada, como si algún maleficio le hubiese hecho perder la movilidad que da la expresión fisonómica. Los ojos negros, tristes, pensativos, que vagaban en dos órbitas demasiado grandes, ahuecadas como las de un muerto; frente alta, fugitiva, con arrugas prematuras y más acentuado que en el resto de la cara el color de pergamino viejo; una cabellera alisada con la palma de la mano mojada.

La expresión del miedo y de la desconfianza, trazada en líneas resaltantes, hacía *pendant* con el azoramiento que se dibujaba en la comisura de sus labios entreabiertos y en los relampagueos fugitivos de sus ojos de demente. Una hilera de pelos desiguales, finos, erizados, circundaban esa cara envejecida a los veinte años, revelados por un bozo que parecía tiznado con un corcho.

El inmenso salón de grados, medio desmantelado y grotesco, parecía sumergirlo en el vacío. Había tomado asiento en uno de los escaños laterales y de allí miraba para todas partes como si quisiese grabar en su memoria el recuerdo de los muebles antiguos y de los cuadros que adornaban las paredes.

Alguien le observó que allí se daba examen de Derecho y que en la sala contigua podría dar el suyo de Física; nuestro enigmático colega se levantó, echó una última mirada al damasco anticuado que cubría el estrado de los catedráticos, volvió los ojos al cuadro del doctor Sáenz, que pareció seguirlo con una mirada compasiva, y abandonó la sala...

El pobre iba mal vestido; con un levitón largo, arrugado, calumniado por algunas manchas rebeldes, lustroso en los codos y deshilachado en el ruedo amplio y mal cortado.

Hacía sonar sus pisadas, como si en vez de zapatos tuviera un fuelle en cada pie, y comprimía nerviosamente en sus manos garfias un programa roto y borroneado.

Al poco rato de ingresar en el recinto de examen, suena un nombre desconocido para todos, y de pronto, como movido por un pinchazo, y cuando buscábamos con la mirada al dueño de tal apellido, el individuo estaba ya erguido, tembloroso, transfigurado, y hacía girar la manija de la urna para sacar su bolilla. A la segunda vuelta, salta una: el número 13,

fatídico, estaba grabado con tinta negra, de relieve, en la pequeña esfera de madera. Mala estrella, pensamos, y, efectivamente, el desgraciado empezó a revolver su programa, a acomodarse en el asiento, a fingir un poco de tos, y, por último, dijo con voz apagada: -No la sé. -¿Eh? saque otra -le dice el malogrado doctor Bartolazzi, con su acento francachón y bondadoso; vuelta a la urna, y otra bolilla, saltarina como un grito, cae en el platillo de madera: número tantos. Número... un suspiro suave y un aire de resignación cristiana que le habría envidiado un mártir, acompañan a otro: -No la sé, señor. -Hombre, saque otra, vaya, saque otra -le dice de nuevo el catedrático, inspirándole un poco de coraje para disimular por su cuenta la vergüenza del rechazo. Salta la tercera bolilla, más retozona que las dos primeras, y el desdichado abre desmesuradamente los ojos, deja caer los brazos como dos ahorcados, y balbucea de nuevo su estribillo: -No la sé.

-¿Y qué sabe usted? -le pregunta el catedrático en el colmo de la impaciencia.

-Yo sé los imanes.

-¿Los imanes? Bien, diga usted los imanes.

-Los imanes -empieza el afligido examinando... -los imanes... señor... no los sé...

Desapareció como una sombra sorprendida por un rayo de luz que la borra de improviso; y se deslizó por la escalera, haciendo sonar sus canillas largas y descarnadas y los fuelles de sus zapatos agujereados.

Lo tengo por delante, con sus puertas desvencijadas, leprosas de mugre y de pintura descascarada; sus paredes, haciendo vientre, próximas a estallar por falta de equilibrio y por el cansancio de tantos años de absorber humedad, miasmas y raíces de palán palán, que forcejeaban como ganzúas por abrirse camino a través de las grietas.

Ese recinto fúnebre, desolado, aislado del resto del vetusto edificio del hospital, estaba encuadrado en la cumbre del barranco de la calle de San Juan, y más dispuesto a darse un tumbó al primer soplo del Sudoeste, que a quedarse en su sitio para servir de morada transitoria a los muertos de la clase de Anatomía.

Apenas franqueada una puerta, tembleque como un ebrio, se presentaba la faz desconsoladora de lo que se llamaba anfiteatro: una pieza rectangular, húmeda, pintarrajeada de amarillo sucio, con un cielo raso de lona blanqueada, con grandes manchones de agua filtrada por la lluvia, y haciendo esfuerzos por no desclavarse sino lo necesario para dejar ver el techo negro, apolillado, morada silenciosa de insectos de todo género.

Pavimentada con chapas de mármol, puestas de mala gana; siempre cubiertas de manchas de sangre negruzca y pegajosa, de trecho en trecho.

Dos aberturas laterales, cubiertas con un enrejado de alambre roto y tironeado por los alumnos traviesos y los curiosos que solían acudir a recrearse con el espectáculo de un cadáver abierto.

El mobiliario hacía *pendant* al conjunto; lo completaba. Tarimas escalonadas, mal dispuestas, y muy propias para tullir a cualquier cristiano que tuviese la resignación de estar sentado durante la lección en esos escaños duros, fríos e incómodos.

En el centro, una mesa de mármol, sostenida por pilares de argamasa y ladrillo, como las que sirven en las sacristías; en el fondo, dos armarios desquiciados, sobre cuyo techo se ostentaba, a guisa de letrero, una pomposa inscripción latina, con letras grandes, negras, fúnebres, y que cada uno traducía a su antojo, valiéndose de los restos de nominativos y pretéritos que le habían quedado en la memoria.

En los días de invierno, el viento era insoportable; las ráfagas heladas del río que

penetraban zumbando por las rendijas, hacían tiritar a los alumnos que rodeaban la mesa con la avidez de ver en el cadáver el trayecto de una arteria dura, rígida como cordón, y rellena de cera y cardenillo.

Algunos castañeteaban los dientes, mientras se restregaban las manos coloradas y entumecidas; otros marcaban el paso como soldados que han hecho alto.

El profesor, de pie a la cabecera de la mesa, con su bisturí a guisa de punzón, trazaba sobre el cadáver el trayecto, la posición, las relaciones de los órganos puestos al descubierto, en tanto que el alumno de turno leía en un mal traducido texto la lección designada.

En el patio, mejor dicho, en el amplio resumidero que rodeaba la sala y debajo de un cobertizo sostenido por una viga vieja, se arrojaban los despojos inservibles; aquel pedazo, cubierto por el alero medio derrumbado, era una sucursal del anfiteatro. Sobre una tarima forrada de zinc, se disecaba en verano, y de un tirante transversal se colgaban las piezas anatómicas que querían conservarse.

En el ángulo que formaban las paredes del cobertizo, un fogón primitivo, con una caldera de tres pies, para cocinar a los muertos.

Era un espectáculo poco simpático el ver aquellos despojos humanos pendientes de un clavo y sujetos con piolas: piernas que les faltaba la piel, y cuyos músculos, color vinagre subido, tomaban matices negruzcos en distintos puntos, dejando ver en otros una faja brillante, nacarada, tiesa, un tendón estirado, que había sido bien raspado con el bisturí para rastrear la inserción del músculo. Algunas veces pendía de la viga una mano descarnada, seca, medio momificada por el frío, en cuyo dorso serpentean nervios, venas, arterias y un manejo de tendones que se irradiaban hasta la extremidad de los dedos, cuyas uñas de color plomizo parecían haber crecido por la falta de tejidos blandos que las rodeasen. Estas piezas, al parecer abandonadas allí, servían a los alumnos para los repasos; generalmente eran escamoteadas por los más rezagados, que no querían darse el trabajo de prepararlas ni de soportar las incomodidades de estudiar al aire libre.

Ya era la mano perfectamente disecada; otras, una pierna, los pulmones enjutos, sin aire, colgando como dos jirones de trapo y adheridos a la tráquea que servía de piola; el corazón, el noble músculo, lleno de cera, hinchado, repleto, sin la apariencia y la forma poética que le asigna el misticismo: un corazón anónimo, colgado de un clavo.

Sobre la mesa, trozos en preparación, a medio disecar; la parte que tocaba a cada uno en el reparto del cadáver que había servido para la clase.

Una cabeza desprendida del tronco, arrojada allí como al acaso, y que hubiera podido servir de modelo al artista, con los matices, las líneas, la expresión, ese conjunto de medias tintas en gradación sucesiva, desde el pálido cera al escarlata.

Algunos, con los párpados entreabiertos, dejando ver los ojos apagados, sin brillo y cubiertos por ese líquido glutinoso que les hace perder completamente toda expresión.

En esa continua revista de restos humanos, solíamos encontrar algunos muy bellos: figuras varoniles, de rasgos acentuados; individuos que habían muerto a consecuencia de traumatismos, y en los que el padecimiento no había tenido tiempo de imprimir su huella. Una de esas cabezas, con su cabellera intacta, negra, lacia, cayendo sobre la frente pálida, marmórea, dejando ver dos cejas espesas, bien modeladas en arco sobre una nariz afilada, recta, y encuadrada la cara por una barba tupida, larga, enmarañada, salpicada de sangre, conservaba esa fisonomía inmóvil, esa expresión doliente de los últimos instantes, y su pupila dilatada, parecía tener avidez de luz en las misteriosas tinieblas de la muerte. Era una linda cabeza para transportarla al lienzo y figurar la leyenda bíblica de Salomé, comprimiéndola con crueldad inconsciente, con su mano fría, nerviosa, en un plato de

bronce cincelado.

¡Qué exuberancia de material para esbozar telas de impresión! Pero en aquella época no había tiempo para pensar en las bellezas de las piezas anatómicas ni en las leyendas bíblicas; teníamos por delante un programa de anatomía, largo, difícil, enojoso por sus detalles y por el tecnicismo grotesco que debíamos aprender de memoria, y todos nos afanábamos por sacar del escalpelo y del libro el mejor provecho posible.

El frío, la intemperie, los días húmedos, la incomodidad del local, los miasmas, los malos olores que despedían las piezas en descomposición, la curiosidad, siempre creciente, de escudriñar todos los rincones del cuerpo humano, nos hacían olvidar la poesía con que la imaginación quería revestir aquel antro, donde, a pesar de todo, se estudiaba mucho y se aprendía bastante.

Teníamos un catedrático ilustrado, paciente, bondadoso, entusiasta por la materia, que había desterrado el sistema de las lecturas monótonas al lado del cadáver; nos trataba como a buenos amigos y nos inspiraba, al mismo tiempo que amor al estudio, esa emulación que hacía sobresalir a las inteligencias bien preparadas.

El mismo había hecho allí su carrera; en ese mismo anfiteatro había pasado las mismas penurias y afrontado los mismos peligros, y de ese hospital ruinoso, antigua morada de frailes mendicantes, salió el doctor Pirovano con fama hecha de cirujano habilísimo.

Nos enseñó anatomía con los escasos elementos de que entonces podía disponer, y el atractivo de sus lecciones, nos hacía pasar por todo con la alegría de estudiantes y la despreocupación de los veinte años.

Los días en que no había cadáver para disecar, estábamos descontentos, de mal humor, y cuando pasaba mucho tiempo sin que se abrieran las puertas derrengadas de la sala mortuoria, empezábamos a recorrer las salas de enfermos, para espiar a la víctima que debía caer en nuestras garras.

¡Ni un tísico! solían decir los más desalmados, con el desaliento del que tiene hambre y no encuentra en su cajón revuelto ni un mendrugo.

Los tísicos eran los muertos apetecidos por su flacura, que permitía estudiar los distintos órganos, sin necesidad de una disección laboriosa.

Repentinamente, la tarima de los muertos soportaba tres y más desgraciados, que estaban allí estirados, rígidos, descalzos, pobremente vestidos, con la cara vuelta al poniente, alineados uno al lado del otro, formando, muchas veces, un contraste lúgubre.

En esa antecámara del anfiteatro se amortajaban los infelices parias que habían sucumbido en el hospital; en la pieza contigua se hacían las autopsias.

Muchas veces, al entrar allí distraídos, nos encontramos de improviso con ciertas caras y ciertas expresiones cadavéricas que, sin quererlo, nos hacían apresurar la salida.

Eran dos cuartujos de techo bajo, sombríos, húmedos, con esa humedad pegajosa y molesta de las piezas que han estado cerradas mucho tiempo; amenazaban ruina; una ventana alta daba vista al patio, donde habían crecido libremente las cicutas regadas con las aguas servidas del anfiteatro.

Las hojas de la ventana, continuamente abierta, soportaban caritativamente el muro del techo, que amenazaba desplomarse.

La primera vez que penetramos en ese recinto lóbrego y frío, como un sepulcro abandonado, retrocedimos instintivamente; el espectáculo era poco alentador, y si no nos hubiese llevado el amor al estudio, seguramente no habríamos vuelto.

Era menester, por otra parte, ocultar esas impresiones de aprendiz, so pena de oír las pullas de compañeros más avezados, y con sistema nervioso y estómago mejor dispuestos...

A cierta altura de nuestros estudios, teníamos necesidad de cadáveres de mujeres, que era menester solicitar del hospital respectivo.

Las beatas de aquel establecimiento oponían, generalmente, una resistencia ridícula para entregarlos, y cuando lo hacían de buena gana, nos enviaban los cadáveres más inservibles. Generalmente nos remitían viejecitas atrofiadas por los años y la consunción, o cadáveres en estado de putrefacción tal, que hacía imposible el estudio.

Cierto día, sin embargo, y después de muchas instancias, hicieron una generosa excepción a la regla.

Una mañana entramos en el anfiteatro en circunstancias que el guardián se restregaba las manos con aire satisfecho.

Era un famoso ebrio consuetudinario; andaba siempre tambaleando y gruñendo por una futilidad cualquiera, el alcoholismo crónico que lo había degradado, hasta hacerle perder sus facciones de figura humana, no le impedía manosear todo aquello como si se tratara de la cosa más sencilla.

Hablaba de los muertos, de los restos humanos como hubiera podido hacerlo de las achuras de un matadero.

El vicio había embotado su inteligencia, arruinado su sensibilidad y pervertido tan por completo sus gustos, que el alcohol que se empleaba para macerar las piezas anatómicas, y no pocas veces el que ya había servido, pasaba de las cubetas del anfiteatro al estómago del guardián con una facilidad asombrosa.

Esa mañana estaba menos ebrio que de costumbre; los compañeros traviesos no le habían hecho rabiarse, amenazándole con destriparlo cuando muriese; su fisonomía reflejaba cierta satisfacción, como si todo el alcohol de las cubetas circulase por sus venas; sonreía con una sonrisa babosa, dando a sus labios amoratados y carnudos un pliegue oblicuo, como si quisiera sonreírse sólo por mitad; sus ojos de lobo marino hacían guiñadas, pestañeando como las lámparas de aceite próximas a extinguirse; el colorete de sus mejillas flácidas, caídas, había subido de tono: esa mañana estaba más idiota que ebrio.

Era un hombre como de cincuenta años, pero revelaba tener más; la vida de anfiteatro y las continuas libaciones de líquidos espirituosos, lo habían embrutecido; su estado normal era la ebriedad; cuando no estaba ebrio, era insoportable.

La satisfacción de esa mañana provenía de que las beatas del hospital de mujeres habían mandado un cadáver en buenas condiciones para la disección.

Don Pancho, este era su nombre de anfiteatro, quién sabe si el de pila, había sacado el cadáver del humilde féretro de pino y lo había tendido sobre la mesa de mármol.

Mientras él seguía paseándose y hablando entre dientes, con monosílabos ininteligibles, nos acercamos a observar a la muerta. Era una joven de formas bellísimas; la morbidez exuberante de sus contornos se conservaba perfectamente; se veía al primer golpe que la enfermedad había sido de corta duración, y que su organización robusta y fuerte había sucumbido a un choque violento.

Completamente desnuda, con la cabeza reclinada sobre el hombro izquierdo, los brazos caídos y en flexión hacia atrás, contribuían a levantar más su seno marmóreo y amplio. Sus cabellos negros, lacios, abundantes, servían de almohada a su bella cabeza; tenía los ojos cerrados y velados por largas pestañas, relucientes, unidas en una espesa franja que hacía más dulce la sombra que proyectaban sobre su semblante color de cera.

Una cara que debió ser muy bella y que la muerte no había alterado; sus labios pequeños, con comisuras afiladas, estaban entreabiertos, dejando ver una dentadura compacta, blanca y diminuta; la barba redondeada como una bola de marfil, tenía en el centro una depresión,

como hecha con el dedo; largas hebras de cabello estaban pegadas a sus sienes y corrían a lo largo de sus mejillas para perderse en el dorso.

Todos los atractivos de la mujer hermosa habían sido paralizados por el frío de la muerte. La rigidez cadavérica, la corrección de sus formas más contorneadas y esbeltas, la blancura mate de su cutis terso y suave, le daban el aspecto de una estatua caída de su pedestal, pobre pedestal de fango, tal vez, en el que se había hundido para satisfacer las exigencias de la carne, que despotiza a la que se ata con cadenas a su frágil carro de triunfo.

Sus manos finas, pequeñas, delicadas, con dedos afilados, parecían haberse crispado en un esfuerzo supremo, por asirse del hilo de la vida, que sus ojos de moribunda veían próximo a romperse.

Sus pies de niña, diminutos, arqueados, completaban la belleza del conjunto, haciendo más visible la distinción de la muerta.

No podía saberse quién era. No había en esas cuatro tablas de pino que la encerraban ninguna inscripción; en la tapa, una cruz sencilla, blanca, hecha con dos palmos de cinta, clavada en los cuatro extremos. Eso era todo.

Sus ropas estaban en un rincón: un vestido viejo, herencia de alguna otra desgraciada, y una camisa de hospital. Esos pobres trapos habían servido para amortajarla.

¡Cuántas reflexiones se agolpaban a nuestra imaginación al pensar en las condiciones de ese cadáver que teníamos por delante!

Era para nosotros simplemente una muerta para la clase de anatomía, que iba a ser abierta, cortada, dividida y repartida entre los alumnos, muchos de los cuales se disputarían la mejor presa. La belleza de esa mujer nos hacía entrever una historia borrascosa, triste; una historia que se puede escribir en una página, porque la historia de todas estas desgraciadas se parece. Y si no la tenía, sentíamos necesidad de inventarla, sentíamos necesidad de hacerla revivir, hacerla mirar con el fuego de sus ojos apagados, hacerla sonreír con esos labios voluptuosos, hacerla caminar, para ver mover sus flancos flexibles; animarla, darle vida, hacer latir su corazón; llevar la sangre, el color de sus tejidos, hacer levantar como una ola de voluptuosidad ese seno amplio, macizo, mármoleo; convertirla en lo que era, devolverla a la vida, al calor, a la luz y cubrir la desnudez de su cuerpo con las telas suaves, que más de una vez lo habrían rodeado.

Si nuestros compañeros supieran, pensábamos, mientras ellos están en la sala, curando enfermos y aprendiendo a hacer vendajes y aplicar apósitos, nosotros estamos aquí haciendo poesía de brocha gorda, sin más testigos que la cara embrutecida y las miradas hoscas de don Pancho, ¡cómo se reirían, qué excelente oportunidad para dar rienda suelta a sus bromas!

Un alumno de medicina, un estudiante de anatomía, que convierte los muertos pobres, vulgares, el vientre ya medio verdoso por la putrefacción, en estatuas caídas o en Fantinas desgraciadas, las cabezas de ciertos muertos en imágenes del Bautista, hubiera sido una novedad impagable y se habría tenido tema para colgarle un sambenito y mortificarlo durante un mes.

¡Poesía con las muertas del hospital!... Una infeliz cualquiera, medio achinada, que había caído en el hospital, como una de tantas, a ocultar vergüenzas y sus faltas, y a la que una *peritonitis* embarcó para la eternidad, es claro, en un cajón de pino sin chapas, sin galones plateados, sin coronas de violeta de trapo teñido -más benéfica a la tierra por la restitución generosa que hacía de su cuerpo, rico en materiales de combustión.

Allí concluía el ideal, la poesía, y empezaba la realidad desnuda, fría, brutal, como la cara de don Pancho.

Su vida habría sido como la de todas: un día en la opulencia despilfarrada, conquistada en la especulación de la carne, puesta en pública subasta, y los demás, en el vaivén de la miseria, de la degradación, hasta bajar la pendiente rápida que las lleva a morir desconocidas, cansadas, en la cama de un asilo.

Don Pancho seguía paseándose, haciendo sonar el manajo de llaves que llevaba atadas de una piola llena de sangre: de vez en cuando dirigía sus miradas torcidas hacia el cadáver, y meneando la cabeza, parecía significar que aquello era nuevo, nunca visto, que tal vez una buena propina por el hallazgo le facilitaría el medio de concluir el día entregado a sus mejores libaciones.

Llegó hora de clase; el profesor no se dio ni por entendido de la belleza, de la frescura, de la morbidez del cadáver.

Empezó su lección con la seriedad que le era habitual, y los compañeros, algunos de los cuales habían fijado más la atención sobre la muerta, no podrían menos de decir: ¡qué bonita habrá sido esta muchacha! ¿de qué habrá muerto? -parece que no ha sufrido mucho, pues estaba bien conservada, -se conoce que no ha tenido familia, y otras observaciones *c voce*, que en nada distraían al catedrático que iba disecando pacientemente los que debíamos estudiar.

Los alumnos se habían agrupado, estrechándose alrededor de la mesa para escuchar mejor la lección y poder apreciar más de cerca la conformación anatómica y la disposición, de las vísceras que se ponía al descubierto.

Era un momento de distracción, y cuando ya no veíamos en la muerta la heroína de un idilio, ni una desgraciada que hubiese pasado por esa serie de aventuras en los vaivenes de la suerte, sino un cadáver para la clase de anatomía, nos llamó la atención un personaje exótico, cuya cabeza salía por encima de las demás, y que había entrado en puntas de pie, evitando todo rumor para estar a sus anchas contemplando por entre los grupos la disección de la muerta.

La cara de ese individuo no nos era desconocida; a pesar de su flacura, de sus ojeras y de la expresión de dolor, de piedad, que se dibujaba claramente en sus facciones, se aclaró en nuestra memoria la imagen de este individuo. Era el mismo que años atrás había hecho una entrada tan original y desgraciada a la clase de Física, para dar su examen sobre los imanes. ¿Qué hacía allí? fue la primera y la más natural de las preguntas. Era quizá un curioso, uno de los tantos que solían olfatear el anfiteatro para descomponerse e ir a contar en seguida al círculo de sus amigos los horrores que habían presenciado con una valentía de héroes.

Ir al anfiteatro en día de clase, cuando se abren los cadáveres y se extraen las vísceras arrolladas a la muñeca, o se hunde la mano en la cavidad abdominal, entre la sangre negra, coagulada, para ir a desprender un riñón o cualquier otro órgano; presenciar ese espectáculo, verlo de cerca, aspirar esos malos olores, tocar con la punta del dedo una parte cualquiera del muerto, era para los profanos una proeza que bien equivalía a la que referían otros, de haber pasado a media noche por el cementerio, sin pestañear, o hacer apuestas de penetrar en él sin el más mínimo temor de los muertos es claro, ¡qué les van a hacer los infelices! -Referir estas aventuras, acentuando los colores, agrandando el cuadro recargado por la impresionabilidad o la exageración de cada uno, era adquirir fama de despreocupado, de hombre hecho, y tal vez muchos de ellos se han sentido espeluznados cuando en el silencio de la noche han leído un libro de Edgar Poe, sin más compañero que el silencio y el tic-tac del reloj.

Nuestro personaje no había ido allí seguramente a entretenerse, ni con la despreocupación del estudiante vago que se mete en todas partes por cohonestar su haraganería.

Su cara decía mucho, y los movimientos que hacía de vez en cuando, significaban perfectamente que la escena que tenía por delante no le era indiferente.

Su permanencia allí fue de pocos momentos; en puntas de pie, callado, cabizbajo, con las manos cruzadas sobre los faldones de su levitón descolorido, se dirigió al patio, donde empezó a pasearse despacio, y meneando lentamente la cabeza.

En un rincón estaba el cajón de pino y las ropas de la muerta; sospechándolo, se paró delante de esos humildes despojos, y desde lejos pudimos contemplarlo sacando su pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Sin saber por qué, nos inspiró compasión. A pesar de su figura ridícula, de su conjunto pobre, desairado, nos dimos cuenta de que ese hombre desconocido venía siguiendo el rastro del cadáver que estaba sobre la mesa de mármol.

Y ese sentimiento de compasión que experimentábamos, se exaltaba más en nuestro espíritu al pensar que, si se encontraba allí ese individuo a la terminación de la clase, no le faltarían pullas, indirectas y hasta diabluras más pesadas con que podrían asaltarlo los compañeros.

Salimos del anfiteatro movidos por ese sentimiento, por el temor de verlo comprometido en una broma estudiantil y por la curiosidad que sentíamos de averiguar algo sobre tan extraño individuo, a quien ya en dos ocasiones habíamos visto de una manera tan singular.

Sin vacilar, nos acercamos, y con el aire de dueños de casa, le preguntamos sin ambages si buscaba a alguno de los alumnos.

Nos miró con cierta desconfianza, y como abochornado de que se supiera el motivo que lo llevaba a aquel recinto, nos dijo: -He sabido que esa muerta, en vez de ser conducida al cementerio, fue traída aquí para el estudio, y como me interesaba por esos restos, he venido a cerciorarme...

-¿Luego, usted la conocía; era, acaso, algo de usted?

-Era todo -nos replicó con acento imperioso, y siguió mirando con ojos idiotizados el cajón de pino y los vestidos amontonados sobre el lado del patio.

Teníamos un hilo de la historia y no queríamos soltarlo tan fácilmente: un retazo de novela viviente por delante, una especie de libro trunco, cuyos capítulos empezaban con el examen de física, con la rechifla de los alumnos, el encono de los catedráticos y la huida del *hombre de los imanes*, como le llamábamos, cada vez que nos acordábamos del examen -y una escena patética, conmovedora, un pequeño drama en el anfiteatro, sin que los demás lo sospecharan.

-¿Y qué harán con los restos del cadáver? -nos preguntó de pronto.

-Los restos van al cementerio en el mismo cajón en que han venido, solos o acompañados de otros.

Pareció disgustarle la respuesta, pues se quedó un rato pensativo; no quisimos decirle lo peor, decir, que a veces, no volvían al cajón ni al cementerio, pues los estudiantes los utilizaban para hacer sus preparaciones, y generalmente eran preferidos los de mujer para extraer los huesos de la pelvis y los del cráneo.

Hizo entonces ademán de retirarse, y, efectivamente, empezó a marchar hacia la puerta.

Nosotros que no lo perdíamos de vista, y menos desde el instante en que se nos ocurrió que pudiera tratarse de un individuo medio alocado, nos pusimos al lado de él, y seguimos acompañándolo hasta el primer patio, donde tenían su habitación los practicantes.

En el anfiteatro nadie había notado esta aparición misteriosa.

En el hospital

El hospital de hombres era una especie de ciudad de enfermos. Tenía sus callejones anchos, espaciosos, rodeados de filas de corpulentas acacias, que proyectaban grandes manchones de sombra sobre los cuartujos de los practicantes; una serie de patios como plazas, algunos con dibujos y laberintos de jardín, otros incultos, abandonados, donde crecía a su antojo la hierba, que era segada de vez en cuando, por uno de los locos, que tenía el triple oficio de jardinero, peón de cocina y mandadero.

Era un resto arruinado de la época colonial, un antiguo convento de padres Belermitas, que sostenían con limosnas aquel recinto de caridad, y en donde se refugiaban enfermos y convalecientes, para compartir con los santos varones los beneficios espirituales y corporales de la casa.

La gran puerta de entrada, maciza, claveteada, con el corte señorial de una morada suntuosa; enseguida, el vestíbulo amplio, sombrío, pintarrajeado con figurones que no decían nada y que, sin las inscripciones emblemáticas que tenían al pie, habrían pasado inadvertidos; una serie de puertecitas de convento a ambos lados, y después, las salas de los enfermos, formando grandes cuadras unidas por uno de sus cantos.

Respiraba por todos los ámbitos un ambiente antiguo, rancio; los sillones de baqueta, labrada groseramente, los escritorios de la oficina del ecónomo, el gran péndulo, que se ostentaba como una obra de arte y un recuerdo histórico de la época de la Reconquista, que se cuidaba como un objeto precioso en la sala de administración; era un reloj de mesa, con pie de alabastro y mármol negro, en el que se había fijado una chapa de oro, que llevaba grabada una dedicatoria de los oficiales ingleses heridos y prisioneros, y a quienes los padres Belermitas habían asistido prodigándoles todo género de atenciones; un dístico latino completaba el pensamiento de gratitud de nuestros enemigos de entonces.

Describir en detalle el resto del hospital, sería hacer la historia de las miserias y de los dolores que se encerraban en su cuatro paredes. Aquello era pobre, desaseado, antihigiénico, inculto.

De noche, era imponente, lúgubre, pavoroso; los grandes patios que servían de salas a los enfermos, estaban envueltos en sombras siniestras, y la escasa luz de algunos mecheros de gas, les daba un aspecto fantástico; los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos o dando gritos como aullidos de un animal extraño; hubieran hecho retroceder al más despreocupado.

En los meses de invierno, nublados, tristes, aquella soledad, aquel silencio, tenían algo de cementerio. Los árboles desnudos, mostrando el esqueleto de sus ramas secas, heladas; uno que otro enfermo que se atrevía a cruzar rápidamente aquel descampado y las hermanas de caridad, con sus gorras blancas, como gaviotas con las alas abiertas, que atravesaban el jardín para ir a rezar a su capilla, la monotonía de los toques de la campana de llamada y los repiques descompasados de las de la torre de San Telmo, la aparición de algún practicante malhumorado, y tiritando de frío, que estaba de guardia y acudía al llamamiento; esta repetición sucesiva de las mismas cosas, de los mismos toques, del mismo ambiente, de los mismos dolores; los heridos, los moribundos, las mismas impresiones, los mismos padecimientos, las mismas quejas, todo aquel conjunto triste, abrumador, para un espíritu débil y reflexivo, acababa por engendrar la nostalgia, y nos hacía desear la libertad, la calle, las horas fuera del hospital, como a los internos de los colegios que cuentan día por día y minuto por minuto la época de salida.

Había, sin embargo, cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los enfermos, en estar a la mano con todos los sufrimientos y con todas las lacras, y por esto se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruina, del que hoy no quedan sino los escombros.

.....
Habíamos instalado al *hombre de los imanes* en nuestra habitación; receloso y turbado, miraba de arriba abajo las paredes, los rincones, las vigas del techo, contemplando el arreglo de la vivienda, tal vez con sorpresa de verla tan desmantelada y sombría.

Tiritaba de frío y había doblado sus largas piernas para esconder debajo de la silla sus botines agujereados; con las manos cruzadas sobre las rodillas, sostenía su sombrero de copa, medio abollado y deslustrado por el uso.

Nuestro prurito era hacerle hablar, hacernos contar en detalle todos los antecedentes de la muerte; preveíamos algo de romanesco en la vida de ese personaje que se nos presentaba con la faz simpática de una pobreza heroica: la comparación y el tipo están buenos para entonces, para nuestro cerebro, impregnado en aquella época de las lamentaciones elegíacas que nos inspiraban los libros de literatura sentimental que estaban en boga.

Ahora, lo miraríamos con la indiferencia del que entra en un gabinete de vistas y a través de lentes ordinarios ve la desolación y la ruina pintarrajeadas en bastidores de papel; el egoísmo que levantan los desengaños, pone una barrera a la sensibilidad.

Se había acomodado en un sillón, dando más soltura a su cuerpo rígido como una tacuara, y después de un momento de silencio, y cuando ya se hubo familiarizado con nosotros por las atenciones que le prodigamos, nos dijo así de improviso:

-Esa muchacha no era mala, tenía muy buen corazón, pero sus pasiones la dominaban completamente; era una voluntad débil para resistir a las tendencias ardientes de su organismo; yo he luchado con ella lo que nadie podría creer, pero ni los ruegos, ni las amonestaciones, ni las amenazas, han podido desviarla de su camino torcido.

Había nacido para enfangarse, y lo ha conseguido, lo ha conseguido plenamente; reconocía el bien, sabía diferenciarlo del mal, tenía conciencia plena de sus actos, de sus afecciones; raciocinaba como un filósofo, sabía que le causarían gran daño sus caprichos, pero su voluntad era impotente para resistir, nada ha podido detenerla.

Cuando se veía subyugada, asediada por mis cariños, por mis consejos, por mis sacrificios; cuando comprendía que me había arruinado, que había tirado a la calle mi carrera, mi porvenir, mi nombre tal vez, en el fondo de su alma me agradecía todos estos sacrificios y los beneficios que podían reportarle, pero se me escapaba, huía, se pasaba los días fuera de mi casa, y volvía después, abatida, enfermiza, desgñada, con el fango hasta los ojos.

Yo quería abandonarla, echarla brutalmente de mi casa, tirarle a la cara su ingratitud, su corrupción, en fin, hacerla crujir entre mis manos como un armazón que se destroza, pero cuando me asaltaban esas ideas horribles, me creía loco, y yo mismo huía de mi habitación para rozarme con las gentes, distraerme con el ruido y ahuyentar los malos pensamientos que me asaltaban.

¿Cómo podía yo sostener un cariño indigno, fomentar una pasión entre un ser bueno como yo y una mujer pervertida, depravada y que se complacía en jugar con mis sentimientos, con mis palabras afectuosas, con mis demostraciones de un amor inmenso, inquebrantable? Me dominaba, me dominaba como a un perro fiel con sus miradas, con las sobras de sus caricias, con sus promesas de corrección y con el cansancio que solía retenerla a mi lado una semana, un mes, hasta que, ya repuesta, sonriente, más hermosa que antes, más

provocativa, más sensual y más serpiente que mujer, se escurría de mis manos. Era la fatalidad que la empujaba por la pendiente: hay seres que no pueden contenerse, que no pueden dominarse; una fuerza irresistible los lanza, adelante y van en derechura al delito; inconscientes, ciegos, irresponsables, tal vez, de sus actos, hijos de esa perturbación transitoria y frecuente que embarga su mente.

Así era esa infeliz que están destrozando en el anfiteatro.

Cámbiele el nombre, invierta el sexo, substituya una pasión por otra, colóquela en un ambiente propicio, y tendrá esa larga serie de seres anómalos, originales, depravados, delincuentes y desgraciados.

Esa mujer ha tenido sus facetas brillantes, no era todo lodo; tenía sus arranques buenos, sus días de arrepentimiento, de lágrimas, sus súplicas de perdón y sus propósitos de enmienda, esos sentimientos hacia el bien, esas tendencias fugaces de reparación, esos momentos lúcidos en los que veía por delante el abismo cada vez más ahondado, que ella misma cavaba a sus pies. Solía estremecerse y volvía hacia mí con los brazos tendidos, con los ojos azorados y llorosos, con las facciones alteradas por el miedo, y entonces me pedía protección, jurándome que no volvería a las andadas, que haría una vida ejemplar.

Ultimamente, ya no le creí; estaba muy acostumbrado a oírla en esos arranques, que en el fondo eran sinceros, y partían de la convicción profunda de que debía cambiar de rumbo, pero que se desvanecían cuando cesaba la exaltación del momento.

Esa mujer joven, toda nervios, podía haber sido artista; se apasionaba por todo lo bello, lo grande, lo heroico; había conseguido instruirla, le hacía leer los pasajes más conmovedores de los pocos libros que tengo en mi biblioteca, levantaba en su alma sentimientos puros de religiosidad hasta el misticismo; me hice poeta para tocar la cuerda sensible de su corazón de niña; le hice entrever un mundo de bellezas en la paz del hogar, en la tranquilidad de la familia; todo en vano: ni la religión, ni el arte, ni la felicidad, tenían para ella atractivos duraderos; estos sentimientos pasaban por su corazón y por su cerebro como ráfagas, sin dejar huella y sin modificar en nada la pasta maldita de que estaba hecha.

Era adorable en esos momentos de reflexiva mansedumbre, y cuando anhelaba volver sobre sus pasos para recuperar el tiempo perdido, y emplear la fuerza de voluntad de que disponía en escuchar la voz de la razón.

Pero cuando la dominaba la pasión y ella se entregaba dócil al demonio del mal, era detestable, ebria, vulgar, ladrona, impúdica, provocativa; hubiera llegado hasta manchar sus manos con sangre, si la fatalidad hubiese puesto enfrente de ella un rival o un ser cualquiera que odiase.

¡Qué cúmulo de pasiones bastardas se amontonaban como nubes siniestras en ese horizonte brillante un minuto antes! Era como si le diese el mal: me desconocía, me insultaba, me reprochaba mi pobreza, mi carrera abandonada, mi negligencia para el trabajo, la humildad de sus ropas, la estrechez de nuestros medios de vida, la existencia retraída que llevaba, y como un animal dañino que se complace en destruirlo todo, así destrozaba una por una las ilusiones que me había hecho concebir. Era implacable, ingrata, malvada, su ser se transformaba: erguida, pálida, desencajada, centelleando los ojos, los puños crispados y acercándolos con movimientos nerviosos a mi rostro, me arrojaba a la cara todas las infamias que profería su lengua de demente. Luego, huía rápidamente, y durante una temporada; sabía que iba a envilecerse, a prostituirse, a cubrirse de raso, de joyas que desgarraba y pisoteaba cuando volvía en sí de ese raptó de aberración.

Consulté a varios médicos. Uno de ellos, amigo de la infancia, que me tenía cariño sincero y que más de una vez me había tironeado, increpándome la negligencia con que miraba mi

posición, no tuvo más respuesta que la de su afecto: es loca, histérica y corrompida, échala de tu casa, y que siga su camino de perdición; tus esfuerzos son palos dados en el agua. Me trató duramente, y cuando me oyó expresar en términos bondadosos para sus veleidades y miserias, me miró azorado, con lástima, y tal vez con desprecio. -¡Qué dirán las gentes! - agregó, y me dio la espalda. Yo me encogí de hombros, y quedamos a mano.

Había abandonado por ella mi familia, mis amigos, mi carrera, todo, todo lo había sacrificado. Era un soñador; solo, desamparado, no tenía otro ser con quien vincularme: ya no me llamaba hacia esa mujer el atractivo sensual, no sentía la irritación embrutecedora de la carne; no, esa alma extraña, enferma, original, desgraciada, me tenía constantemente en jaque. Era natural que fuese mala, perversa, degradada; ¡cómo podía ser de otra manera, Si su organismo estaba conformado así!; pero yo debía salvarme: quería abandonarla y hacer un esfuerzo para volver a la superficie social, de donde había desaparecido; mi resolución venía tarde; ya no tenía aliento; caído en el fondo, pasaba oscuro, desconocido, feliz con este incógnito que me deja arrastrar tranquilamente una existencia que ya me repugna.

No sé hacer nada, no puedo ocuparme en nada; soy un hombre inútil. Una vez recogí mis libros, y mis programas de estudio, intenté dar un examen, fui a la Universidad, regularmente preparado, pero aquel recinto, lleno de juventud, de alegría, de bullicio, de savia y de porvenir, se volvía hacia mí protestando; me rechazaba como a un ingrato, como a un hijo pródigo que vuelve al hogar con hambre, pero no contrito. Todo lo encontré extraño, las caras de los compañeros me parecían más satisfechas, más alegres, más desdeñosas para mi incuria, para mi pobreza; hice esfuerzos supremos por reaccionar; mi primera impresión fue huir como un criminal, estaba humillado, confundido; hice ánimo y penetré en la sala de examen; llegó mi turno, y con toda la estupidez de un idiota, no supe qué decir ni qué contestar; salí desesperado, enfermo, abochornado; me parecía que todas las risas, que todos los rumores, que todas las pullas de los estudiantes, eran dirigidos a mí. En la puerta encontré algunos compañeros, que se sorprendieron de verme.

Quisieron detenerme, estrecharme la mano, preguntarme algo de mi vida, de mi ausencia, de mi estado miserable, que debió sorprenderlos; los esquivé con toda descortesía y enfilé la calle, como un hombre perseguido por la justicia.

Y, sin embargo, no sentía remordimiento; no me creía culpable, tenía un objetivo elevado, me había impuesto una misión, quería redimir a esa mujer a costa de mi propio sacrificio, sentía por ella amor y rabia, me había propuesto luchar con la fatalidad que me la arrebatava, que la transformaba como una pasta dócil, pero al fin caí vencido; era un imposible, una fantasía superior a mis fuerzas: era enderezar una planta que crecía torcida. Un día, cuando estaba más insoportable con sus agresiones, cuando ya había agotado todos mis esfuerzos, toda mi lógica persuasiva, toda mi ternura, que en los momentos buenos la conmovía hasta hacerle llorar, y cuando llegué a persuadirme de que todos mis esfuerzos eran inútiles, y de que no harían más que agrandar la mancha que me había arrojado encima, la abandoné, con la firme resolución de no verla más.

Mi cariño por ella no había menguado. ¡Oh, cuánto hubiera pagado porque fuese buena, afectuosa, y hubiese correspondido a mi sacrificio!

Hace de esto pocos meses. La he visto en diversas circunstancias, la he seguido, la he espiado, y he podido comprender que, si no se había corregido, había cambiado de manera de ser; pasó un mes sin que la viera, y al leer una mañana en un diario la noticia de que se había suicidado una joven, tuve la sospecha de que fuera ella, por las señas, que coincidían perfectamente: su edad, su posición y algunos otros rasgos.

La suicida -agregaba el diario, ha sido llevada moribunda al hospital de mujeres. Puse en

práctica todas las diligencias posibles para verla, pero mi esfuerzo fue inútil: llegué tarde: muerta, su cadáver había sido transportado al hospital de hombres para servir a la clase de anatomía.

Mis presentimientos se realizaron; la infeliz se había suicidado, había cumplido su designio fatal, del que tantas veces la alejara mi mano que velaba sobre ella.

Muchas veces me he preguntado, qué son esos seres que, cual ella, cruzan la vida como inconscientes, que van a estrellarse contra el primer escollo, sin rumbo, sin concepto definido, sin saber a qué atenerse y sin poder deliberar lo que harán mañana; seres que dan todo lo bueno y todo lo malo con prodigalidad vituperable, que tienden la manta al caído para socorrerlo, para ayudarlo, para enjugar sus lágrimas, y con la misma mano generosa, noble, caritativa, borran los rasgos más simpáticos para hacerse culpables, odiosos, y muchas veces criminales.

En esos cerebros así conformados, hay un germen del mal en estado latente, que alcanza a atenuar la influencia social y la educación; pero que, en definitiva, hace sus estragos cuando la ocasión es propicia: falta el sentido moral, falta el equilibrio, falta en el cerebro la cámara obscura donde se reflejan las imágenes reales que dan la medida de los actos, de las deliberaciones, con la conciencia plena de las impresiones recibidas: son los ciegos morales que tropiezan a cada instante.

.....
Después de esta larga, relación, interrumpida de trecho en trecho por observaciones y recuerdos, el infeliz se levantó, nos tendió la mano, y nos dijo:

-Mi misión está concluida; yo no he podido hacer más por ella; esa mujer ha salido del caos; conocí a su familia; la recogí de la calle mezclada con barro; quise darle techo, abrigo, pan y un nombre, pero ella prefirió volver al fango de donde había salido. Era su destino.

El único hambriento

La calle Florida tenía un aspecto brillante: el movimiento, el lujo, la ostentación de las cosas y de las gentes, el vaivén de los paseantes, de los desocupados, de los mirones. A lo largo de las aceras corrían las filas de mujeres hermosas, vestidas lujosamente, tal vez con lujo demasiado ruidoso para salpicarlo en las calles desaseadas; grupos de niñas bellísimas, alegres, frescas, bulliciosas, que conversaban fuerte, dirigiéndose saludos cariñosos de vereda a vereda, como podrían hacerlo en un salón; cortesías correspondidas, bien o mal, a los *gomosos*, que hacen la moda de los saludos y de las piruetas; cuchicheos mezclados de risas y de indirectas picantes, miradas perdidas, apagadas, rescatadas con sonrisas significativas; la correspondencia en la calle de los que se entienden en la casa, en la hora de visita, y que no pueden decirse todo lo que quisieran, por temor de los que ven y lo adivinan...

Corrillos de empleados, que han pasado la piedra pómez y el cepillo áspero para borrar la huella de la tinta de sus dedos afilados, lustrosos, cuidados con esmero; tiesos, cepillados, ajustados a la moda rigurosa, como una llave de precisión, con su bouquet en el ojal, sus bigotes doblados como cuernos y encerados con cosmético perfumado.

Grupos esparcidos en las esquinas, interceptando el paso, haciendo crónica de bailes, de teatros, hablando de la Patti, de Tamagno, de Stagno, de todas esas celebridades del arte,

que seducen, que entusiasman con sus notas, y que tal vez se admirarán de encontrarse reunidas en este gran centro, habiendo oído decir por allá que todavía bailamos en camisa al lado del fogón.

La calle Florida presentaba el aspecto de un salón inmenso, al descubierto, al aire libre; todos los paseantes hablaban fuerte, sin reposo, sin afectación; nuevos grupos se incorporaban a los ya instalados, y como si alguna noticia extraña, inusitada, hubiese producido alarma, no se oía más que exclamaciones de sorpresa, de disgusto. Algunos se desprendían de la rueda y tomaban la calle por su cuenta, sin reparar en las señoras y en las niñas que habían venido desde media cuadra dando la última mano a un saludo especial y de circunstancias; otros atropellaban, sin miramiento, al primero que se le cruzaba al paso, y sin pedir disculpa ni darse por entendido de las protestas del contuso, seguían cabizbajos su camino.

La bulla, el movimiento, el cuchicheo, las risas, las exclamaciones de sorpresa, las despedidas estrepitosas, efusivas y de pésame, hacían coro al ruido de carros, carruajes y tranvías que cruzaban en distintas direcciones la estrecha calle.

Aquello parecía un corso: larga fila de carruajes lujosos, tirados por caballos de raza, algunos improvisados, salidos ayer del caos de la fortuna, arrastrando a sus felices dueños, repantigados en sus asientos, como si toda la vida hubieran gozado de la bienaventuranza; otros, revelando a los primeros su alcurnia, sus generaciones de carricoches y de antepasados retirados a la vida del campo con sus remiendos y achaques.

Las vidrieras de las casas de negocio, ostentaban sus mejores objetos, como para aguzar la codicia de poseerlos y sublevar los bolsillos del transeúnte.

Había en un escaparate, adornado como un altar, un puñado de brillantes sueltos, sin engarce, apiñados, transmitiéndose el brillo; piedras riquísimas, de gran valor, que parecían moverse, tiritando, como salidas de un baño. Al verlas así, movedizas por la refracción chispeante de los rayos de luz que se quebraban en sus facetas, se las creería animadas como pescadillos saltones. Un curioso que las contemplaba con avidez, decía *sotto voce*: da ganas de comerlas. Tal vez esos apetitos de Cleopatra aguzaban más su bolsillo que su estómago.

Largas cadenas de perlas, haciendo guirnaldas en sus estuches de peluche, deslustradas, modestas, adheridas, como clavadas a zafiro de gran tamaño, parecían desprendidas de un turbante y puestas allí para buscar el seno turgente que debía ostentarlas, como el pie de la cenicienta con el zapato de oro.

En seguida, la larga serie de joyas de bueno o pésimo gusto, salpicadas de trecho en trecho por objetos de arte.

Más allá, los tejidos, los brocados, los muebles de gran valor, lo que cuesta un ojo de la cara, y parece esperar con impaciencia que lo rescaten de la exhibición: estatuas, bustos, bronces, cerámica; el bazar continuo que todos conocemos, que hemos visto cien veces, y en el que buscamos instintivamente, al pasar, un objeto nuevo para recrear la vista.

Todo ese cúmulo de chucherías y de cosas inútiles, con su *cachet* aristocrático y la posición mágica con que están colocadas para herir mejor la retina y el bolsillo del paseante.

La concurrencia se había hecho inmensa: por momentos había que detenerse, porque se hacía difícil el tránsito; las conversaciones eran más animadas y por todas partes no se oía más que hablar del ruidoso descalabro de la Bolsa.

Era la noticia de última hora que había llegado a la calle Florida como el prelude de una catástrofe agigantada por el miedo o por el arrepentimiento de los que habían expuesto su caudal, su crédito y tal vez su pan de cada día, en la ruleta disimulada.

.....

En una esquina se había formado un corrillo democrático alrededor de dos criaturas pequeñas y harapientas que hacen gemir dos violines, sacando algunas notas de *Caramelo*, entre los sonidos desacordes de sus cuerdas, chillonas como un vidrio raspado con un clavo. Dos pequeños inmigrantes, venidos de quién sabe dónde, tal vez de vuelta de una gira por el mundo, en busca de fortuna y de las caricias que les niega su hogar errante. Recibían en ese momento una ovación de aplausos y de centavos, que les arrojaban generosamente los que se deleitaban con la escena, generosidad correspondida con una canción popular que entonaban con voz aguda, y con acompañamiento de violín y de silbidos de los muchachos vendedores de diarios, que miraban a los artistas callejeros como colegas. La pequeña tiple podía contar a lo sumo nueve años, parecía una viejecita con su vestido largo, su delantal hasta el suelo, su pañuelo arrollado sobre el pecho y atado atrás sobre las caderas; flacucha, despeinada, de facciones acentuadas, ojos vivos, grandes, inteligentes, comprimía contra el pecho su violín como a una criatura que se acaricia para que no llore.

Su acompañante no tenía más edad que ella: un muchachito movedizo, despejado con cierto aire de audacia provocativa, dibujaba en los rasgos de su fisonomía picaresca; bailaba dentro de su ropa más que holgada, y tan pronto hacía mover rápidamente el arco del violín, como atrapaba en el aire una moneda de cobre que, sin mirarla, sepultaba en su bolsillo, conociendo por el tacto su valor.

Cuando vemos estas pobres criaturas, huérfanas de afectos y de enseñanza, rodando por las calles como pájaros sin nido, viviendo de sus propios recursos y obedeciendo tal vez a las amenazas y a la maldad de sus padres o de sus dueños, y que llevan dibujada en el rostro la precocidad maliciosa de los que han aprendido lo malo en la materialidad brutal de las escenas que no han podido esquivar, recordamos esas crónicas que hielan el alma y en las que las víctimas han sido precisamente esos pobres parias, sacrificados a todas las crueldades y todas las aberraciones del bajo fondo humano.

Su canto, sus alegrías, sus movimientos, su indiferencia, su edad, todo esto, muy propio para disimular la realidad, nos aleja, al contemplarlas, de reflexiones amargas sobre su situación y sobre su porvenir.

.....

Algunas vidrieras empezaban a iluminarse con los focos brillantes de las lamparillas eléctricas, que ponían de relieve la inferioridad de los mecheros de gas con su luz triste y amarillenta.

La tarde empezaba a despedirse perezosamente; la neblina avanzaba por las calles como una gran bocanada de aliento; el viento molesto, frío y húmedo, daba la señal de retirada. En medio de aquel vocerío, de aquella bulla confusa y animada, de aquel vaivén de personas y de vehículos, vimos pasar rápidamente la figura escuálida de aquel personaje romanesco que encontramos en la Universidad y en el anfiteatro.

Caminaba a grandes trancos, haciendo balancear sus brazos como para no perder el equilibrio, parábase de trecho en trecho, echaba una mirada a una vidriera, se quedaba como absorto, con la vista fija en los objetos puestos en exhibición en alguna de ellas, sirviendo de estorbo inconsciente a los paseantes, que lo empujaban, lo codeaban, y hasta alguno, mal humorado por el encuentro, le dirigía pullas que él escuchaba con la indiferencia del que desafía el enojo ajeno contra su propio fastidio.

Visto así de atrás: alto, más flaco, con su pescuezo de cigüeña saliendo de su levitón desteñido como empujado por los omóplatos; grandes, chatos, dibujados sobre la tela como

un *cliché*.

Cubría su cabeza un sombrero alto de felpa, espeluznado en distintos puntos, viejo, con las alas recortadas y ribeteadas con desgarbo; aquel sombrero medio cubierto por una tela de merino, arrugada y cosida atrás con una hilera de cuentitas de vidrio, era suficiente para caracterizar el gusto, la despreocupación financiera del dueño.

Estaba de luto, tal vez en memoria piadosa de aquella desalmada que lo había hundido en la miseria, que lo había segregado de la sociedad y que le hacía caminar por las aceras como un escarabajo.

El infeliz tenía una cara desolada; le había crecido la barba y el cabello con el desaliño de la miseria y del abandono; las huellas de un gran padecimiento moral estaban impresas en sus miradas vagas, tristes, sin expresión; la escasez, el hambre tal vez, se pintaban en la flacura y en la palidez amarillenta de sus carnes.

Era un contraste ver aquel hombre joven, educado, con la preparación suficiente para labrarse con el trabajo una posición social, con el aspecto mal disimulado de un pobre vergonzante, en medio de aquel bullicio, de aquella feria continua del lujo, de la riqueza, de la distinción, empujado, desairado, mirado con desdén y menosprecio por los que pasaban a su lado, esquivado tal vez por los que fueron sus amigos y condiscípulos, y él, impasible, mal vestido, raído, con manchas en las ropas, mezcla de ridículo y de desprecio por las conveniencias sociales, indiferente, enfermo, caído en el marasmo del abandono, suicidándose poco a poco tal vez por la anemia de un cerebro que funciona con un solo objetivo, con una sola aspiración: no hacer nada, ser inútil, caer en el fango poco a poco como un palo roto que el mar tira a la playa en una arcada de espuma y de resaca.

Había perdido hasta su lado sentimental; ya no se sacrificaba por una pasión que le hacía olvidar todo, que se había apoderado de su juventud y de sus ilusiones; no tenía el mérito ni el heroísmo del que lucha con la miseria y del que prefiere el amor a la ciencia, al trabajo; ya no tenía derecho a vivir como un buzo debajo de la capa social.

Había franqueado los umbrales de la edad seria y no podía impunemente salir a la calle a ostentar sus miserias y sus trapos sin sentirse culpable. La lucha del trabajo era tan noble y tan elevada como la que había gastado sus mejores fuerzas y su savia cuando abandonó la Universidad para entregarse a los caprichos de una mujer.

Todo el mundo trabajaba, todo el mundo se enriquecía, por todas partes veía palpitar el progreso, el bienestar.

La ciudad se había transformado en diez años. Si durante ese tiempo hubiese estado ausente, al volver, habría abierto la boca hasta las fauces con el asombro del débil que ve un prodigio en cada adelanto.

¿Cuál había sido su vida? ¿Qué había hecho? Sus ropas y su aspecto lo decían claramente.

.....

Había tenido que cambiar de domicilio y de barrio varias veces; unas porque los alquileres se le amontonaban como enemigos y lo esperaban a fin de mes con una garra de hierro; otras, porque le echaban abajo la casa para edificar.

Estaba en un continuo vértigo; un día de asombro, otro de disgusto, y así iba rodando, hasta que tuvo que abandonar el centro y arrinconarse en los suburbios. Allí mismo no le dejaron tranquilo, los huecos se llenaron, casas y palacios se habían improvisado en pocos meses, y la soledad, el silencio, el bienestar que podía disfrutar, eran transitorios; los suburbios desaparecían, la ciudad iba avanzando alegre, elegante, con sus calles abiertas, adoquinadas y el ruido, el bullicio, de que era su mortal enemigo, le tocaba una nueva retirada.

Era un inservible; su cerebro empezaba a atrofiarse en la inacción, quiso volver a sus libros,

la ciencia de su tiempo había envejecido; nuevos descubrimientos, nuevos adelantos, le ponían en el caso de renunciar a su empresa; la literatura, sus versos, sus versos mal rimados que figuraba en las gacetillas como intrusos, no le despertaban ya los entusiasmos que había acariciado en su imaginación de estudiante; el estro no se presentaba a calentar su imaginación y lo dejaba con los codos apoyados sobre la mesa, como un espiritista que ve llegar su evocación. Su inteligencia se había derrumbado como se había derrumbado su organismo. Hojeó varias veces sus papeles y se encontró con una novela empezada: la leyó y la encontró estúpida; sus personajes era gentuza o tipos triviales que sólo habrían servido para formar un romance de pacotilla sin ideales y sin objeto.

Recordó haber escrito un drama: uno de los protagonistas era un infeliz, a quien su mujer hacía *zancadillas*; él la quería de buena fe, como saben hacerse querer todas las mujeres de los dramas.

No estaba tan mal, se dijo para sí, el pasaje aquel en que muere fulana arrepentida y perdonada; estaba regular, era conmovedor, una generosidad cicatera: perdonar porque se muere. En fin buscó y rebuscó su manuscrito y sólo pudo encontrar algunos fragmentos en una mesa, donde los ratones habían hecho una especie de inclusa.

Su cerebro, debilitado por los ayunos y por las cavilaciones que lo torturaban continuamente, le hacía padecer de largos insomnios, en los que daba rienda suelta a formar castillos en el aire, propósitos de estudio, de trabajo, reflexiones e inculpaciones amargas sobre el tiempo perdido, programas fabulosos cuya realización le traería un mar de oro, en el que alguna vez podría hundir sus manos, acostumbradas a acariciar las sobras de centavos y papeles mugrientos, que solía ganar en trabajos mezquinos y que le producían apenas para saciar tres días a la semana un hambre guardada durante tantos años; era avaro sin tener nada, avaro por miseria, por escasez; a veces hacía sonar los centavos en sus bolsillos para experimentar una impresión voluptuosa, naciente en su sistema nervioso de neurótico y de hambriento. Cuando soñaba con la riqueza, deseaba tener un colchón de oro donde revolcarse como un perro y gozar hasta el desmayo con el cosquilleo del metal precioso.

En esas largas noches de insomnio y de frío, se tendía sobre su cama en la actitud de un muerto; cruzaba sus largos brazos sobre el pecho, detenía su respiración ruidosa, abría desmesuradamente los ojos en las tinieblas y procuraba percibir la forma de los objetos que tenía a su alrededor; a veces le parecía que todo aquello se movía lentamente y avanzaba hasta él con aire de reproche y de amenaza; figuras extrañas de hombres y de animales se dibujaban en las paredes, donde se había caído el revoque. Esos manchones negros, huecos, que tomaban en la penumbra de la vivienda las formas más caprichosas, los miraba fijamente y se pintaban después en su retina, en forma de cabezas monstruosas, que le daban calofríos como a un niño.

Otras veces hacía desfilar ante sus ojos la figura de sus amigos y discípulos; todos ellos habían adquirido una posición social con su trabajo, su talento, con su aspiración. ¡Es tan fácil adquirirla!

Médicos, abogados, ingenieros, ministros, diputados, comerciantes, todos ellos estaban en la cúspide de una montaña que él miraba desde la llanura, como un pigmeo, y no se sentía ya con fuerzas suficientes para emprender el viaje en la huella escabrosa que otros habían salvado airoosamente. Veía sin envidia, sin prevención, el bienestar de los demás; hasta los más inservibles habían ascendido; lo que les negara el talento se lo concedió la fortuna; pero al fin, a fuerza de luchar, a fuerza de caer y levantarse, habían trepado.

El estaba allí desfallecido, pobre, olvidado, sin rumbo, sin saber qué hacer, sin recursos.

Estaba de más, y si alguna vez su desaliento lo ponía en el colmo del abatimiento, no encontraba ni objeto a su existencia; pensaba en el suicidio, y aun ese recurso supremo de los que creen haberlo perdido todo y buscan en el olvido un consuelo a su egoísmo, le parecía que le negaba sus derechos. ¿Qué grandes dolores había sufrido? ¿qué contrariedades intensas de esas que laceran el alma en lo más íntimo y a fuerza de gravitar sobre los espíritus apocados acaban por horadar la piedra como la gota de agua? No había constituido un hogar, no había perdido ninguno de esos seres queridos que al desaparecer desgarran las fibras más sensibles; no había sido padre; había vivido como un parásito, soñando constantemente y viendo pasar los días y los meses con la indiferencia del que a nada aspira o del que aspira a cosas imposibles; no era digno del suicidio, y aunque tuviese valor para poner en práctica una resolución heroica, su conciencia se revelaba contra sus propósitos y lo volvía a la realidad de su impotencia.

Me moriré de hambre, solía exclamar en el silencio de la noche, interrumpiendo por un momento la hilación de sus ideas, pero este género de muerte le parecía largo, fastidioso y tal vez no consiguiese su objeto; se había acostumbrado, como los fakires, a los largos ayunos, y tal vez podría pasarse mucho tiempo sin comer.

Pensaba en la política, en la política del día; sentía no haberse afiliado a un partido cualquiera; él consideraba eso como una masonería, en la que todos son hermanos para ayudarse; muchos de sus amigos debían todo lo que eran a sus vinculaciones políticas. Habían empezado su caudal en esa carrera, y a fuerza de tesón y de habilidad habían obtenido lo que él jamás se habría imaginado.

Cuando se acordaba de algunos, más pobres que él y que comparaba a los ratones que le habían devorado su drama, y los veía muy ufanos, echando atrás la solapa y pasando a su lado con aire satisfecho, encontraba todavía una sonrisa en sus acciones desencajadas.

Algunas veces eran exclamaciones de sorpresa, y, como si los tuviese por delante, levantaba en la oscuridad de la noche su brazo largo y flaco como una espada, para decir: tú, tú, en esa posición... y luego añadía: yo debo estar loco o ser muy desgraciado.

En el fondo, debemos hacerle justicia, sin embargo, él no había alargado su mano para pedir, su espina dorsal estaba intacta, tiesa, rígida, y en su frente de pobre, de desgraciado, de paria, tenía un poco de altivez que no había enajenado.

Luego, miraba a la sociedad desde su cueva, sin las pretensiones de un Diógenes; él no exigía no pedía nada, no era pesimista, miraba el conjunto que le parecía bueno, no tenía por qué quejarse ni hacer reproches, y su filosofía brotaba de su estómago; aspiraba a muy poco, no había podido seguir su carrera, no tenía preparación para producir algo que valiese la pena de ser hojeado, no acataba tampoco en su soberbia de pobre lo que otros lanzaban con petulancia a la circulación diaria como muestra de talento; levantaba luego sus puños, comprimiéndolos fuertemente, y se decía a sí de improviso: soy fuerte, puedo trabajar, puedo conseguir dinero y tener lo que otros han conseguido: una posición holgada; lo demás, vendrá a su turno. El problema se reducía para él a sacar una mano, a asirse de un dedo, a poner un pie, y luego daría el salto; seguramente acertaría en el golpe. Iba refinando su cálculo, sutilizando sus medios de acción, jugando una partida de ajedrez con los escasos elementos de que podía disponer.

Y así, cavilando, pensando y haciendo cálculos y signos cabalísticos en el aire, esperaba el sueño que calmase su sistema nervioso exaltado.

.....
Una mañana se despertó más temprano que de costumbre; abrió los ojos, y un signo marcado de disgusto y abatimiento se pintó en su fisonomía; estaba delante de la realidad,

él, que durante cuatro o cinco horas se había visto transportado por la fortuna en alas de una posición que sólo podía realizar en el sueño.

Sus trastos viejos, abandonados, parecían mofarse de su engañosa situación: miraba alternativamente a un armario abierto de par en par, como una casa saqueada, y un escritorio de caoba, deschapado y polvoriento, que soportaba de mala gana una pila de libros, de diarios, de manuscritos entremezclados con mendrugos de pan y cortezas de frutas secas; luego, a las paredes, de donde habían emigrado algunos cuadros de regular mérito.

Quedaban los hilos colgados de clavos herrumbrados, por donde trepaban las arañas para escalar sus cuevas. Se levantó rápidamente y en un rasgo de desesperación le dio tentación de prender fuego a la casa; aquella miseria, aquel abandono, aquella mugre, lo ahogaban, ya no podía vivir en ese ambiente; su origen, sus antecedentes, el bienestar de que antes había disfrutado, le tironeaban el deseo de algo mejor.

En un movimiento brusco hizo rodar por el suelo una pila de libros; uno de ellos, desencuadernado, amarillento, con anotaciones garabateadas en las hojas, quedó abierto de par en par en el suelo, luciendo una curva como un vientre y en el que había un verdadero tatuaje de líneas y trazados; ese libraje era su enemigo más implacable, el que había conseguido ultimar su carrera con un golpe de gracia, un libro de física, que a fuerza de ser manoseado en un determinado capítulo -el libro lo hacía de por sí- bastaba tirarlo al suelo para que aquella página funesta que se ocupaba de los imanes, quedase en exhibición.

Cuando se inclinó y se encontró con aquel capítulo ante sus ojos, toda su sangre anémica se le subió a los pómulos, se acordó de la rechifla de la Universidad y de la huida en el día de examen, y como si aquel libro fuera sensible a su enojo y a sus recuerdos, le dio un puntapié que le hizo rodar a un rincón, luego recogió piadosamente un código que le habían regalado cuando aún tuvo esperanza de seguir su carrera, lo abrió con curiosidad, leyó dos o tres artículos y en seguida pensó que aquello se habría acomodado muy bien con sus ideas: habría sido un magistrado honrado, y modificó un poco sus pensamientos con respecto a la justicia; que había siempre considerado como un laberinto de embrollas.

Smiles había caído también sobre el enladrillado del pavimento: lo recogió, sacudió cuidadosamente el polvo de sus hojas y lo colocó de nuevo sobre el escritorio: -Muy bien escrito -dijo pausadamente, -tiene mucha razón Smiles, los ejemplos que encierra son de un valor incomparable, pero es poco práctico para nosotros, para nuestra sociedad nueva y de carácter diverso de la que él nos pinta; jamás podré yo realizar los ideales y los prodigios que él nos hace ver; es preciso tener una colectividad y un individuo tallado en el molde de sus personajes; todo está muy bueno, el *carácter*, el *deber*, el *ahorro*, pero, ¡ah! la *ayuda propia* -y aquí se quedó meneando tristemente la cabeza. En ese momento se fijó que una hormiga luchaba con todas sus fuerzas por levantar del escritorio un pedazo de corteza de nuez, y que otra, cargaba con igual materia, se arrastraba bamboleándose hasta el borde de la mesa para llevar ufana su hallazgo. Esta lección, dada así de improviso, con tanta elocuencia de un hecho tantas veces admirado y tomado como ejemplo de trabajo, de perseverancia, de paciencia, le hizo abochornar... Meneó de nuevo la cabeza y dijo con acento de reproche: Smiles tiene razón, soy un necio.

En el derrumbe de libros y folletos había caído también Zola; los mejores representantes de su ingenio original estaban en el suelo: *l'Assommoir* y *Nana*, comprados en un montepío de libros viejos, esparcían a su alrededor esa atmósfera acre y malsana que impregna el papel manoseado, como el aliento de los ebrios que se tambaleaban en sus páginas.

Recogió a *Nana* y estuvo hojeándola pacientemente; deteníase de vez en cuando para

exclamar: -¡Oh! ¡estupendo, qué estilo, qué belleza, qué naturalidad, qué filosofía amarga y positiva! -Al llegar al último párrafo pareció estremecerse, dejó caer el libro como si hubiese tocado la mano temblorosa y cubierta de pústulas de viruela de la infeliz Nana. Luego, dijo entre dientes: -A Berlín, a Berlín -y haciendo un gesto añadió: -Quizá.

.....
Tomó en seguida *l'Assommoir* y se sentó, cruzando sus canillas, en un sillón medio derrengado que hacía los honores del mobiliario abigarrado de la vivienda.

Muchas veces se había deleitado leyendo páginas, conocía la historia de cada uno de sus personajes, los había seguido en sus evoluciones y en las distintas fases de su vida, como si fueran antiguos camaradas; se había vinculado a su suerte por el parentesco de la miseria y de las ideas, tenía allí sus simpatías, sus rencores, sus enemigos y tan pronto se sentía conmovido al leer la historia de Gervasia, buena, hacendosa, infatigable, como se indignaba por las brutalidades de su marido, que había caído del taller en la taberna y de la taberna en el hospital en las convulsiones estrepitosas del *delirium tremens*.

Odiaba a muerte a Lantier: ocioso, embustero, egoísta, con el refinamiento simulado de un animal felino que acecha pacientemente su presa; suave, reluciente, enmelado como una babosa, siempre sonriente, atento, lleno de chiste, haciéndose rogar con cierto aire de señor que le daba superioridad entre la turba de sus amigotes, y cierta preferencia mal disimulada entre las mujeres.

Lantier era su pesadilla: cuando leía *l'Assommoir* y aparecía el abominado personaje, solía doblar la faja y exclamar: -¡Eh! miserable, eres el más peligroso y el más malvado del gremio.

Cuando llegaba a la escena de la entrada de Gervasia en casa de la Larilleaux, para darle parte de su casamiento en esa noche de verano sofocante, mientras la hermana del que iba a ser su esposo estaba ayudando a su marido en ese taller estrecho, sombrío, caldeado por hornillo, nada le parecía más desolador que esa miseria cubierta por el polvo de oro que sacaba Larillaux al limar el engranaje de las cadenas; mira a esos dos personajes trabajando como bestias, arremangados, sudorosos, despechugados calentando una marmita de patatas al lado de un crisol, lanzando miradas de desconfianza a Gervasia y mirando al suelo por el temor de que se le adhiriese algún desperdicio; groseros, huraños, fastidiados, jadeantes en un rincón de un quinto piso, haciendo lo posible para que Gervasia fuese lo más pronto para no interrumpir su tarea que les importaba algunos céntimos.

Esta es miseria de buena ley, esta es calamidad que aquí no se conoce, y cuando Gervasia, tímida y contrariada, abandonaba el tugurio de los que iban a ser sus cuñados y la veía en el bulevar, adonde la había seguido su imaginación, respiraba ampliamente, se pasaba su pañuelo por la frente como si él también hubiese estado encerrado al lado del hornillo, y exclamaba: -¡Gracias a Dios!, no cuesta tanto aquí el pan nuestro de cada día.

El viejo Mouche se le presentaba como un perro sin dueño, cubierto de lanas sucias, enlodadas, que arrastraba tanteando en la oscuridad con su mano larga, descarnada, venenosa, agitada por el temblor senil, a su cueva infecta debajo de la escalera. Este personaje, idiotizado por el alcohol y por el hambre, le producía calofríos... Para sus adentros solía decir : -Alguna vez seré así.

Se había detenido un par de horas en la lectura de este libro.

Su cabeza estaba llena de las escenas de *l'Assommoir*; toda una sociedad de obreros, de viciosos, ebrios, desfilaba ante sus ojos: se había revuelto una capa social como un avispero: -su índole, sus tendencias, sus pasiones; sus vicios, estaban estrechamente eslabonados con sus recursos, todo era lógico; eran fautores naturales del capital que

absorbe; del trabajo que despotiza, que gasta, que caldea al lado de la fragua, que agota, que consume la carne humana, machacándola diariamente en el yunque, haciendo brotar de los poros la savia vigorosa como las chispas brillantes de un hierro incandescente.

La usina, devorando en sus grandes bocas, llenas de llamas, al obrero; el carbón infiltrándose en sus pulmones para destruir su trama delicada, y luego un salario escatimado y que apenas alcanza para cubrir las primeras necesidades.

La contribución de carne humana que se siente oprimida, sofocada, que se retuerce, que se agita y que estalla por último en las huelgas, en el alcoholismo y en la comuna.

Del taller al hogar, la taberna como estación intermediaria, como una tregua engañadora, el embrutecimiento gradual por el vicio, desde el licor inocente que habitúa el paladar, que lo estimula, hasta la *bala rasa* que se mezcla a la sangre, que se infiltra en los tejidos, que llega al corazón para curtir sus válvulas, para estrechar sus orificios y romper su ritmo con las convulsiones angustiosas de una enfermedad incurable; el abotagamiento físico con las hinchazones, las hidropesías, trasluciéndose en la cara, en la expresión, en la mirada, burlando la engañosa insistencia de ocultar el vicio con la placidez de la sonrisa de una fisonomía de idiota.

Una enfermedad del corazón era para él una cosa horrible; había seguido paso a paso los estragos ocasionados por una dolencia de este género en uno de sus parientes, y recordaba perfectamente todo lo que había sufrido; lo veía en sus transformaciones sucesivas, y a medida que la enfermedad había hecho sus progresos, le parecía que aquel hombre se iba despojando de su cubierta exterior, de su fisonomía y de su expresión, para quedar en el último período convertido en un organismo blanduzco, fofo, transparente, una especie de hombre de cera donde el dedo dejaba constantemente su huella al comprimirlo.

Había cerrado el libro y continuaba haciendo reflexiones sobre los diversos tópicos que había hojeado: esa larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados, abatidos por el trabajo, por las necesidades, sin estímulo, sin aspiraciones, sin más compensación que un día de fiesta, legítimo para tomar un desquite en el descanso.

Le pareció lúgubre, horrible, la existencia de esa gente sedienta de alcohol.

Y luego, el criterio de todos ellos ajustado a su condición miserable. Sus ideas, sus afecciones, su familia, todo remojado en el vino, en las bebidas espirituosas.

Su cerebro trastornado, desquiciado, perdiendo sus facultades de dirigir el equilibrio de la máquina humana; las observaciones del carácter, la postración moral, la locura, el delito, el caos de la neurosis, transmitiéndose a la generación para imprimirle el sello del origen insano.

Esas cabezas delirantes, y esos seres envilecidos, degradados, eran capaces de todas las monstruosidades, de todos los trastornos sociales.

El manicomio y la cárcel los tomaba bajo su amparo; enfermos criminales, inconscientes, caían allí como acorralados por la sociedad que quiere vivir bien, tranquila, holgada, sin codearse con el peligro y sin escuchar el dolor.

-¡Ah! si tuviese talento -exclamó arrojando el libro sobre la mesa; -¡qué me importaría la fortuna, el bienestar, la opinión pública! todo sería pequeño a mi lado; cómo me levantaría por encima del nivel común; ¡qué pequeñas, qué frívolas serían para mí tantas cosas que hoy me preocupan: esa lucha, ese afán constante por aspirar a lo mejor, esas emulaciones que marean la masa social y hacen germinar tantas miserias por lo que cabe en el puño de un niño!

¡Qué bien me encontraría en un gabinete con mis libros predilectos, dando rienda suelta a mis aspiraciones, a las tendencias de mi espíritu: qué feliz me despertaría, siendo útil a esta

misma sociedad, que no me conoce, para la que paso inadvertido!
¡Ah! esta es la miseria de allá, que abre sus siete fauces con hambre insaciable, ¡este es el pauperismo que clava su garra de buitre en el corazón de aquella sociedad secular!
Aquí, el único hambriento soy yo.

Transformismo

Después de aquella lectura, su espíritu había sufrido una especie de conmoción. Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surgiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir a grabarse en su cerebro. No eran ya romances lo que hojeaba por entretenimiento y para emplear en algo las largas horas de ocio que constituían la mayor parte de sus días -romances que leía distraído, sin preocuparse de la intención del autor-, personajes que seguía maquinalmente en la lectura, y que, a poco andar, perdía de vista en los capítulos que salteaba, estimulado por el desenlace.

Los personajes con quienes se había entretenido, tenían un relieve real; le parecían conocidos y hasta encontró semejanza entre alguno de los que él había tratado y la runfla de *l'Assommoir*.

Por momentos iba a completar el cuadro; no le hubiera faltado mucho para codearse con ellos y formar parte de la comitiva.

Cuando pensaba en esta circunstancia, en puntos de contacto, veía que era fácil suprimir ciertas angulosidades de *A* o *B* para decir: -ese soy yo en cuerpo y alma. -El, que iba bajando las gradas carcomidas del desquicio, sin la esperanza de encontrar un punto de apoyo firme para el porvenir.

La idea de que la miseria lo condujese al vicio, a la degradación, a la inutilidad que gravita sobre la mesa social como un estorbo, hacía sublevar en sus sentimientos un poco de dignidad y le hacía aventurar un propósito firme, incommovible, de cambiar de situación. Ideas nuevas, revestidas con colores halagadores empezaron a trepar por las sinuosidades de su cerebro, ideas que ya no desechaba como utopías o cosas imposibles de realizar; por el contrario, sentía el calor de la juventud y del entusiasmo extenderse por sus músculos, por su cabeza, por su sangre, cuya circulación empezaba a acelerarse. Temía volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo ataran con sus redes sutiles y tentadoras.

Estaba persuadido de que le faltaba talento para levantar su nombre en la esfera de la originalidad y de que, en vez de aplausos, cosecharía la indiferencia y las críticas amargas de los lobos de la literatura que esperan en la encrucijada alguna oveja inocente.

-Nada de poesía -exclamó de pronto, levantando su brazo como un estandarte de guerra... - Nada de poesía... Homero, Dante, Shakespeare... me despido de ustedes... tal vez para siempre.

Estoy harto de Aquiles, de Héctor y de Casandra; en cambio, mis bolsillos están más escuálidos que el estómago del Conde Ugolino, y la Beatriz que me ha tocado en lote, no merece ni los honores del infierno. Basta de Ofelias enloquecidas y de Hamlets meditados y filósofos; estamos en una época de positivismo y el corazón está en el bolsillo.

Pero no; aquí adentro hay algo que me vigila, que me observa y me hace reconciliar conmigo mismo cuando un mal pensamiento viene a enturbiar por un instante la calma de

que disfruto; y al decir esto, se golpeaba con la mano abierta en medio del pecho, como si quisiera hacer un llamamiento a algún ser oculto dentro de su cuerpo.

Se puede ser hombre de bien y hombre de fortuna, se puede alcanzar la cima sin dislocar el espinazo, se puede comprimir puñados de dinero sin que la mano quede embadurnada; no hay que tener miedo del qué dirán por ser honesto... yo no necesito ese freno... aún puedo ruborizarme... Por otra parte, no tengo nada... ni un centésimo, y, al hablar así, dio vuelta a sus bolsillos, que parecían dos vientres destripados.

-No valgo nada -dijo encogiéndose de hombros, -soy una nulidad: en arte, no distingo la recta de la curva; en finanzas... ¡bah! las finanzas se aprenden en un momento...

He manoseado unos cuantos libros que han hecho la gloria de sus autores, me he asimilado una media docena de ideas, he podido codearme con las producciones de esos genios que han pasado sobre millones de hombres, los he leído y releído, los sé de memoria, y ahora me pregunto: ¿qué me hago yo de todos esos conocimientos? ¿qué empleo doy a ese caudal de ideas cultivadas con tanto esmero en mi memoria y guardadas como un tesoro?

Dicen que el saber no estorba... ¡Bah! si supiera tantas cosas, si no tuviera un bagaje de ilustración que me hace presumido, si fuera un individuo así, a la llana, un buen burgués cualquiera, tendría mi negocio, mis comodidades, sería propietario, habría llegado a ser concejal, tomaría parte en los negocios públicos, me pondría guantes los domingos, y muy señor mío que andaría luciendo mis carrillos y mi vientre... Sería concejal -volvió a repetir lentamente, y luego, riéndose con ironía, añadió: -¡qué disparate!

Esa vida, así material y fatigosa, no se ha hecho para mis músculos ni para mi cerebro; esa existencia prosaica, que nos despierta todas las mañanas con un golpe de puño en el pecho, como un mazazo y nos indica el camino del trabajo... No, no he nacido para eso.

Mi constitución y mi temperamento me han llevado por otros rumbos, he seguido a los poetas como una mujer enamorada, he gozado con sus versos, con sus bellezas, con sus sueños, he vinculado mi espíritu con el suyo, he llorado con sus lágrimas, batido palmas con sus triunfos.

Cuando he visto su vida aporreada por las gentes, la humanidad me ha parecido más vulgar y más egoísta, y sobre ese modelo he ido calcando mis ideas y mi criterio.

Después que un hombre rinde su savia, su tranquilidad y su genio, se da un puntapié a su nombre y a sus huesos... ¡Ah! la posteridad se presenta compungida, los va olfateando como un perro, los encuentra, los desentierra, los coloca bajo el amparo del mármol y del bronce y los cubre con su manto de gloria.

Y hablando así, con cierto encono y con la aspereza de lenguaje de un individuo superior que ve a sus pies los hombres y las cosas, se iba engolfando insensiblemente en la filosofía descarnada del pesimista que todo lo ve sombrío y próximo a zozobrar.

Accesible sólo a lo bueno, encontraba por todas partes las rugosidades de la vida real; la verdad le hacía daño, le producía la misma impresión del que, sin saberlo, acaricia el lomo de una víbora; soñador sempiterno con la fortuna, esperando como los niños que el hada benéfica se le apareciese un buen día colmándole de dones.

Tenía épocas en que estaba arrinconado, huraño; si en esos momentos alguien lo hubiese arrojado a la calle en medio del bullicio y del movimiento, al contacto de los hombres y en el comercio de las ideas y de los hechos, habría disparado como un animal enamorado que no puede vivir fuera de su cueva.

En los instantes de exaltación maníaca solía exclamar yo debí ser fraile; en ningún caso habría encontrado mejor ambiente para mi inercia.

¡Oh! si hubiese sido fraile, cuánto bien habría hecho a mis semejantes... Es imposible, me

falta la fe y no concibo mayor sacrificio que estar mintiendo en obras y en hechos cuando no se cree en nada. ¡Qué ideal, qué bella misión sería la del sacerdote que ajustase sus actos al Evangelio!... hasta allí ha llegado la ráfaga del positivismo que lo materializa todo, y por esto hemos levantado el pico, afanados en demoler el edificio vetusto que cuenta diez y nueve siglos de existencia: los cimientos están descubiertos, pero la piedra secular resiste al choque... los mercaderes han invadido otra vez el templo y las gentes se ríen de la excomunión y del fuego eterno.

La mejilla está harta de lodo y bofetadas y nadie presenta la otra para recibir el estigma afrentoso que le conquiste el reino de los Cielos.

Los bienaventurados pobres de espíritu van a los manicomios; la gente tiene hambre y sed de vida holgada; Belcebú se ha llamado a sosiego, harto de perder almas y de achicharrar infelices en sus hornallas.

Venga el nuevo Mesías con el brazo nervudo, fuerte, la cara sudorosa cubierta de polvo y de carbón, el pecho cuadrado y velludo, y empuje con mano firme ese organismo de entrañas de fuego que va tragando distancias, dando alaridos de regocijo.

Esta es la lucha fructífera del siglo que va colmando de bienestar y de riqueza a las generaciones que surgen con otras ideas y con horizontes sin nubes.

El que espera que un rayo de sol le caliente el vientre, habrá perdido su tiempo; la golondrina habrá hecho ya su nido sobre el techo y se habrá buscado el alimento para sus pichones.

Estamos en la época de la neurosis: la enfermedad de los inútiles, de los débiles, de los pusilánimes, de los que tienen un muro chino delante de los ojos.

Después de esta declamación enfática, se quedó un rato pensativo. Luego añadió: -el trabajo rudo, continuo, sin tregua, que lleve su contingente al seno de las sociedades para mejorar sus condiciones y ostentar con legítimo orgullo el terror levantado en la aridez del desierto... Pobres zánganos, no hacemos más que devorar la colmena hasta ver las tablas del barril que la encierra.

En esta sociedad nueva, cosmopolita, que lo va improvisando todo, que se desarrolla con la rapidez vertiginosa y que no se preocupa de lo que el hombre es, sino de lo que vale, yo me he cerrado las puertas, aquí donde a nadie se niega la entrada; amplias y abiertas están de par en par, y entre todo el que quiera y tenga deseos de trabajar, venga de donde viniere; traiga ideas nuevas, traiga su contingente de buena voluntad, y aunque sus bolsillos estén como los míos, encontrará barro a mano y nadie se reirá de su nariz y de su joroba.

¡Oh! es bochornoso languidecer en la inacción y esperar que nos pongan el pan en la boca amasado y caliente.

Estoy metido en un callejón sin salida -y al decir esto, miraba sus ropas que empezaban a desprenderse de sus costuras como una montura vieja; echó una ojeada a su sombrero que estaba colocado como un maniquí sobre una percha; al mirarlo así, a la distancia, le parecía que se había conmovido y espeluznado más con su discurso; se veía él mismo debajo de su copa abollada y se tuvo lástima; -¡qué ridículo debo estar con este sombrero! ¡cómo se reirán de mí los que pasan! ¡Bah! yo lo cambiaré por otro. Se fijó que todavía tenía el luto y que éste había tomado un color verde bronceado, se levantó rápidamente, tomó el sombrero indefenso y le arrancó el merino, diciendo: -basta de duelos indignos y de romanticismo absurdo.- Dirigió en seguida una mirada fiscalizadora a todos los ámbitos de su vivienda: esa mañana le pareció más pobre, más desaseada; parecía imposible que hubiese podido soportar tanto tiempo la presencia de esos muebles y de esas paredes; le dio repugnancia, fastidio, y sin preocuparse de lo que quedaba, tomó de nuevo su sombrero, y dejando

puertas y ventanas abiertas, se lanzó fuera con una cara de demente.

En la calle, hizo la firme resolución de no volver a su casa. Estaba harto de vivir en la cueva y de aspirar constantemente el ambiente rancio de miseria en un país donde todos hacían fortuna sin gran esfuerzo.

Era un gran culpable y sus propósitos de enmienda tal vez llegaran tarde.

Miraba el reverso de su situación y veía el buen camino, amplio, venturoso, para llegar a conquistar un puesto al lado de los demás.

.....
Era un día espléndido, de esos que elegía siempre para vagar y que los tenía gastados por docenas en echar cuentas de desocupado sin arribar a nada práctico; había adquirido un poco de buen humor; su cara enjuta, angulosa y macilenta, intentaba un esfuerzo para acomodar una sonrisa y saludar así a la Naturaleza que reparte generosa el aroma de sus flores y empuja suavemente un rayo brillante al través de las rendijas.

Tendré mi pedazo de sol, tibio, que me acaricie la frente sin egoísmo y sin interés; tendré una pantalla verde que me dé sombra suave, soñadora, y luego, mis pulmones, aguerridos contra los miasmas, tendrán oxígeno de sobra para dilatar ampliamente sus vesículas.

-¡Qué agradable es todo esto! -pensó después para sí.

El sol, el aire, las flores, la sombra dulcísima de las plantas, todo le parecía encantador; poetizaba lo que tantas veces había mirado con indiferencia; sensaciones nuevas recorrían su cerebro como ondas eléctricas que van a despertar impresiones adormecidas de otros tiempos, y un bienestar desconocido confortaba su organismo derrumbado.

A medida que iba avanzando por las calles se sentía fuerte, vigoroso, capaz de algo que significara esfuerzo, y hablando entre dientes, gesticulando como un poseído, iba haciendo planes y cálculos de esos que tantas veces había apuntado en su imaginación y que se habían desvanecido como un palo dado en el agua.

Andando así, lentamente, tropezando, empujando distraído a los transeúntes, oyendo a sus espaldas algunos refunfuños y amenazas de los que eran agredidos inconscientemente por ese personaje curioso, llegó a desembocar en la plaza del Retiro; se detuvo un momento, indeciso, en la esquina: respiró fuertemente el aire embalsamado que venía del río, y como si no se atreviese a andar solo por aquel descampado, retrocedió algunos pasos. Le parecía que iba a sufrir el vértigo del vacío, estaba acostumbrado a pasar días y semanas encerrado en su vivienda estrecha, sombría, aplastada, bajo un techo que se tocaba estirando el brazo, y aquel aire fresco, aquel espacio cubierto de vegetación, aquel cielo azulado, diáfano, apenas surcado por pequeñas nubes que asomaban tímidamente para desvanecerse en seguida; la hora, el silencio, la luz radiante que iluminaba el paisaje, todo este conjunto indiferente para los que están acostumbrados a no detenerse a contemplarlo, era para él una novedad, un estímulo, un atractivo que le hacía cambiar insensiblemente de rumbo y que ahuyentaba de su espíritu las ideas sombrías que lo habían amarrado hasta entonces como un tronco hueco y carcomido.

.....
Había llegado lentamente hasta la plaza. Después de vagar algunos momentos alrededor del césped, después de haber hecho una excursión a la gruta y haber recorrido con una sonrisa desdeñosa sus laberintos de ladrillo revocado, fue a buscar un sitio solitario a la sombra de un paraíso corpulento que se había librado milagrosamente de la furia de devastación que había exterminado a sus compañeros.

Bajo la tupida copa de verdura se proyectaba una mancha suave de fresca sombra que invitaba al reposo: se sentó en un banco rústico, estiró sus largas piernas, echó para atrás su

cuerpo delgado que crujió como un almacén de caña, y poniendo cuidadosamente sobre el césped su sombrero de felpa raída y verdosa, se entregó a un éxtasis inefable.

Largo rato permaneció así, con los ojos cerrados, la cabeza recostada sobre el tronco del árbol que le servía de respaldo, aspirando a sorbos las ráfagas de aire embalsamado que agitaban sus cabellos. Se sentía bien en aquel recinto, lejos del bullicio, arrullado por el murmullo de las hojas y por el zumbido de los insectos que se disputaban una gota de esencia en el cáliz de las flores.

Los nervios empezaban a calmarse y su corazón de anémico, que latía fatigado y tumultuoso, fue regularizando su ritmo para derramar con las ondas de sangre más rica la placidez bienhechora a su cerebro de neurótico.

Muchos minutos pasó en este éxtasis, acariciando sus sueños, sus promesas, y un porvenir que se le había presentado hasta entonces como un borrón de tinta en las faldas de una virgen.

Sus sueños iban tomando formas cada vez más caprichosas y halagadoras; se veía transportado a un bienestar envidiable por un camino accesible, fácil, un enjambre de manos amigas procuraban tomar las suyas, sus antiguos compañeros estaban allí, ricos, encumbrados, felices; ya no lo miraban de reojo ni con desprecio; tenía hogar, familia, fortuna: estaba transformado.

Por nada de este mundo habría abierto los ojos; era tan feliz en esos momentos, que ponía todo su empeño en prolongar esta dicha que tan pocas veces había disfrutado.

Cuando despertó, el sol estaba ardiente; serían, aproximadamente, las doce; algunas mariposas doradas cruzaban delante de sus ojos, haciendo círculos voluptuosos y perdiéndose en los pequeños bosquecillos del césped; el ambiente estaba saturado del perfume de las flores, y su cuerpo enervado lo retenía en su asiento a pesar de su voluntad de alejarse de allí.

A lo lejos empezó a divisar una caravana de hombres, mujeres y niños, que parecían acudir a alguna feria.

Era una larga fila de inmigrantes que cruzaban la plaza marchando detrás de sus equipajes que ellos mismos ayudaban a transportar.

Jóvenes en su mayor parte, fuertes, vigorosos, con esa robustez peculiar de los hijos de las montañas.

Vestían sus mejores trajes: los hombres, sus chaquetillas lustrosas, con botones de metal, colgadas del hombro derecho, y dejando ver su camisa blanca, amplia, de hilo crudo, sujeta al cuello con un pañuelo de seda multicolor; sombrero de fieltro, en cuya cinta habían colocado algunos una pluma; el brazo izquierdo desnudo, musculoso, férreo, caras plácidas, de hombres sanos, contentos, sanguíneos; hablaban fuerte en su dialecto especial, echando tal vez sus cuentas sobre la probabilidad de una próxima fortuna.

Algunos llevaban en sus brazos criaturas rollizas, rubias, con la plasticidad exuberante de la buena pasta con que estaban amasados; otros iban encorvados, cargando sobre sus espaldas cuadradas sus baúles y sus valijas, jadeantes, colorados, dejando caer gruesas gotas de sudor sobre la arena caliente y brillante del suelo. Las mujeres, con sus trajes de aldeanas, de colores vivos, con sus caderas anchas, redondeadas, sobre las que apoyaban negligentemente su mano.

De facciones correctas, y algunas hasta hermosas, con sus colores de manzana madura, sus grandes ojos negros, vivos y de mirar curioso; dentadura fuerte, blanca, compacta, y un seno elevado, turgente, capaz de alimentar tres chicuelos hambrientos; cubría su cabeza un pañuelo de lanilla de fondo gris con flores estampadas, atado delante con un nudo abierto:

una simple vuelta para que los dos extremos de sus puntas simétricas caigan con igual armonía sobre los hombros; la garganta descubierta, blanca, ostentando vueltas de cadenas de gruesas cuentas de oro, en cuyo centro colgaban amuletos de coral o la imagen venerada de la *madona* de su aldea.

Iban caminando lentamente detrás del carro y sus equipajes: un gran carro, en el que se había apiñado una pirámide de baúles, de valijas, cestas nuevas, en cuyos escalones iban sentados algunos de los inmigrantes, en mangas de camisa, con el pecho descubierto, quemado por el sol, y a la sombra de grandes paraguas verdes y colorados para proteger a los niños que estaban allí prendidos al pecho de las madres recostadas cómodamente contra las valijas.

Era una especie de marcha triunfal a las doce del día bajo los rayos del sol ardiente; parecía una ovación a este pedazo de la América, cuya fama corre hasta golpear las puertas de las aldeas más remotas, en busca de brazos vigorosos con la insignia de la mies y del arado. ¡Cuántos se acordarían de sus hogares y cielo, a quienes habían saludado por última vez al doblar el camino de sus queridas montañas; enviando una despedida cariñosa al campanario de su aldea que parecía asomarse empinado desde el fondo del valle para decirles una vez más: aquí los espero... ¡hasta la vuelta!

.....
Nuestro hombre estaba absorto. Contemplaba ese espectáculo tantas veces reproducido en nuestras calles, y sin saber por qué, experimentaba un sentimiento de tristeza... Era una nueva humillación para su estado.

Esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos contentas, fuertes, despreocupadas; que venían a una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no habían conseguido; que habían abandonado su aldea, su hogar, sus afecciones; que habían reunido todos sus pobres haberes para venir a la América; que los habían alojado a bordo como fardos, sufriendo todas las inclemencias de su pobreza, le daban envidia, le despertaban un sentimiento de admiración y de cariño y hubiese deseado ser fuerte como ellos para incorporarse a esa comitiva y lanzarse él también a las colonias a surcar la tierra con el arado.

Pero él era un señor; sabía muchas cosas, había estudiado, había aprendido lo que esos infelices ignoraban y no aprenderían nunca; la sociedad le pasaba un nudo al cuello del que no podía desasirse; él era hombre culto, vestía ropas raídas, es cierto, pero estaban blasonadas con el corte de la moda; en cambio, esas chaquetillas de pana y de estameña le parecían afrentosas para un hombre de su especie. Sin embargo, nunca halló más irónica esa civilización que todo lo ajusta a las formas y a las conveniencias, que lo convertía en un maniquí de sus propias pasiones y que no le dejaba dar un paso sin ponerse por delante y decirle con aire de reproche: este es tu camino.

-No puedo ser como ellos-dijo lentamente; estoy vinculado para siempre a esta miseria que me abrumba, y cuando ellos hayan adquirido fortuna, bienestar, y vuelvan por aquí, alegres, satisfechos regresando por el camino que han venido, holgados en trajes de paño y en su camisa de batista, con aire de señores, acompañados de sus hijos con el tipo varonil que yo he perdido, pasarán orgullosos fuertes todavía, bendiciendo la hospitalidad recibida y dejando con tristeza el penacho de humo de su fábrica, zumbando en sus oídos la rueda del molino o pintada en la retina la llanura inmensa abierta de espigas y de verdura, para ir a divisar de nuevo la cumbre de las montañas y a cumplir en romería la promesa a su *madona* protectora.

-Yo estaré allí -dijo, y extendió su brazo en dirección al cementerio.

Sin amigos

Un amigo!

Era para él un problema: -un amigo verdadero, leal, capaz de sentir en toda su noble expansión ese sentimiento delicado que vincula a los hombres, capaz de comprenderlo, de tolerarlo, de ayudarlo con desinterés y de estrechar su mano sin egoísmo. El no creía que ese ser pudiese existir; por el contrario, veía siempre las medias tintas del interés personal, del cálculo, de las conveniencias, envolviendo lo que en el comercio de la vida social se llama pomposamente amistad.

Huía de sus discípulos, de sus relaciones; miraba con indiferencia a todos aquellos que en otro tiempo habían constituido el núcleo de sus afecciones le bastaba el menor signo que pudiese dar lugar a una interrupción desfavorable, para borrar inmediatamente al sospechoso y no reemplazarlo nunca.

-¿Para qué me quieren? -se preguntaba alguna vez, coherente con sus ideas. -Si estuviese en una posición encumbrada, si pudiese dispensar favores, si mi nombre rodase como una bola de nieve por la cuesta de la montaña y mi influencia tuviese siempre un nivel alto, ya los tendría por docena solícitos, cariñosos, dispuestos a todo, adivinándome el gusto por agradarme. Podría contarles, reunirlos, dividirlos en categorías, y luego, elegir aquellos más flexibles para darme el lujo de tener amigos, de verme acariciado, entretenido y aclamado por partes, como un hombre de valer.

Parece que hoy se entiende así la amistad. Tal como soy ahora, sería locura pretender encontrar un alma piadosa que me hiciera el favor de ser mi amigo ¿Qué podría ofrecerle?... ¡Mis miserias!

¡Ah! pero yo veo, desde mi rincón, a esos pobres cómicos de la amistad, prepararse, tomar posturas, arrodillarse, hacer gimnasia de saludos, de apretones de manos, de sonrisas, de sorpresas interesadas, de exclamaciones de júbilo, de dolor, de simpatía; conmoverse, irritarse, llorar con lágrimas de repuesto, con indignación, que sale de la laringe cuando vociferan y juran que tienen el corazón dividido en terrones... ¡Bah! -agregaba con ironía, ¡qué sacrificio mezquino y bajo se imponen esos desgraciados! Más les valiera mostrarse tales cuales son, sin hacer el esfuerzo de esos afeites que alguna vez acaban por olvidar para dejarse sorprender en pleno público, accionando con entusiasmo, sin oír las burlas de los bastidores.

-Seres así -decía para sus adentros, y levantaba a la altura de sus ojos su mano izquierda, haciendo una paralela estrecha con el índice y el pulgar.

Peor para ellos.

Se miraba luego con detención, y agregaba: -Mi presencia, mi traje, mi aspecto, todo en mí está combinado para infundir recelo; si voy a golpear la puerta de alguno, me espiaré por la rendija, el corazón le dará un salto, y muy cortésmente me cerrará la entrada.

Tienen razón.

Iré probablemente a molestarlos o sospecharán que voy en línea recta al bolsillo...

Después que han empezado a esquivarme, he aprendido a despreciarlos; no me perdonarán que mi altivez de pobre les toque tan de cerca.

Mientras hablaba, iba haciendo desfilas en su imaginación a todos los que en otra época compartieron sus alegrías, sus holguras y sus extravagancias; movía con lentitud la cabeza,

como despidiéndolos.

De pronto se dio un golpe en la frente, exclamando. -Este, este, al menos ha sido víctima expiatoria de mis arranques, y a pesar de todo, siempre ha sido bueno y condescendiente. Se refería a un condiscípulo con quien había vivido en la intimidad en sus mejores tiempos de estudiante; habían pasado juntos muchos años, compartieron las horas agradables y los días amargos, y con un cariño probado en la adversidad de los veinte años, se habían creído inseparables.

Su amigo había concluido su carrera: era un corazón fuerte, que poco se preocupaba de las neurosis y las lamentaciones de su compañero: contento, feliz, con la cabeza llena de aspiraciones, con el propósito firme de conquistar una posición, se entregó a los azares de su profesión y de la fortuna -en esta última, con éxito.

Hoy, estaba rico, en buena posición social, y tal vez su recuerdo se había borrado, si no de su memoria, por lo menos de su cariño.

¡Qué diferencia entre aquella época y ahora!

La amistad es un sentimiento que se modifica según el ambiente donde nace y las fuerzas que la sostienen; a su amparo, yo no habría sucumbido.

¡Ah! él también... ha seguido la corriente de los demás: a medida que su posición se ha elevado, su amistad ha sufrido las oscilaciones de mi descenso; un día quedó estacionaria bajo cero y el calor de otros tiempos no tuvo fuerzas suficientes para hacerla subir!

.....
Muchos años habían transcurrido sin que se hubiesen encontrado, y, sin embargo, desde el fondo de sus sentimientos, sentía trepar una raíz de simpatía que empezaba a retoñar. Tal vez se lamentaba injustamente, pues, cuando se encontraron en la calle, casi frente a frente, su impulsión de esquivarlo fue vencida por un saludo cariñoso; su amigo había agitado la mano en un movimiento expresivo, acompañando el acto con una mirada de benévolo interés. A esta demostración afectuosa había correspondido con una sonrisa amarga y una inclinación de cabeza fría y displicente.

Tenía la convicción de que era egoísta y no debió abandonarlo así. El, en su lugar, lo habría buscado para atraerlo, para aconsejarlo como un padre cariñoso, para sostenerlo con su apoyo moral, como a un enfermo a quien se recomienda la observancia prolija y minuciosa de un método cualquiera.

En los días turbios cargaba la paleta de colores chillones, para esbozar la figura de su amigo, acabando siempre por encogerse de hombros y decir para sus adentros: es otra planta que se ha secado en este corazón que mata con exuberancia de vida la mezquina semilla.

Su amigo había nacido pobre, sus padres no pudieron costearle los elementos de que él pudo disponer a manos llenas, para emprender con bríos la lucha por la vida.

La escasez y las privaciones le eran desconocidas; en cambio, su condiscípulo se había puesto de frente a la fortuna, para arrebatarle sus promesas, y aun en las largas estaciones que hacía en su habitación, cuando se encontraba sitiado por falta de ropa y otros elementos indispensables para atender a sus más apremiantes exigencias, jamás se le oyó una queja.

En los meses de invierno, cuando la lluvia penetraba como por un arnero en la pobre vivienda que a duras penas podía costearse, lo veía alegre, bromista, estudioso, haciendo castillos encantados para el porvenir y con humor de reírse un poco, a través de su rendija, de los hombres y de las cosas.

En esa misma época, él nadaba en la abundancia, tenía la llave de oro de la felicidad; y, sin embargo, miraba con secreta envidia la indiferencia con que su amigo se avenía a su

condición humilde.

-Hay tiempo para todo -le decía, poniendo un semblante alegre y burlón; -la fortuna vendrá, vendrá sola; el mejor sistema es despreciarla, para que no se crea indispensable; primero está mi novia que ella -añadía, riéndose, y tomando entre los libros un ramillete de violetas marchitas, aspiraba un resto de fragancia, que había quedado como adherida, y le decía: - ¿Ves estas flores?... pues no las cambiaría por un puesto de ministro.

-¡Qué temperamento envidiable! -solía decirse para sus adentros, -¡qué fuerza de voluntad probada diariamente en el yunque de la pobreza!... ¡qué resignación para vencer los obstáculos!

Lo que para él era una montaña, para su amigo, era un terrón despreciable, que salvaba airoosamente.

Cuando los primeros síntomas de su desfallecimiento y de sus neurosis empezaron a asaltarle en la intimidad le hizo las primeras revelaciones, éste, que lo escuchaba con aparente interés concluía por reírse y muchas veces por exasperar ridiculizando sus manías.

.....
Una noche, su amigo se había acostado más temprano que de costumbre; el frío y los exámenes le hacían tiritar; era la última prueba de preparatorios, y había corrido la voz, en el gremio estudiantil que los profesores iban a presentarse inexorables: los *reprobados* y *aplazados* caerían por centenares, sin inspirar lástima.

El miedo había ganado terreno, y por la noche no se encontraba en los paseos y en las reuniones ni un estudiante para remedio.

Este leía en voz alta un tratado de filosofía, y se engolfaba en las cuestiones de la metafísica, como en un laberinto sin salida.

Interrumpía por momentos la lectura, doblaba el libro, dejando el pulgar entre sus páginas; recostaba su cabeza sobre la almohada, y empezaba a cavilar sobre el espacio, el tiempo, el infinito, etc., y a medida que sus transportes filosóficos lo hundían en las nebulosidades de esa metafísica erizada de espinas, como un abrojo, iba poblando el techo de su cuarto con un caleidoscopio de mundos y de ideales, hasta constituir el cosmos que conciben los cerebros estudiantiles.

Absorbido en estas abstracciones, que concluían por hacerle saltar de la metafísica a su novia, por esa asociación de ideas que se anuda con un pretexto, con una reminiscencia, con un recuerdo cualquiera, que pasa por el campo de la memoria como una vibración eléctrica, no había oído el ruido de pisadas inseguras y lentas que chapaleaban el agua del patio.

Nada había oído en medio de esa confusión de rumores, de gritos, de aullidos, de vibraciones que parecen venir en tropel, persiguiendo al viento, que empuja puertas y ventanas, y se escapa por entre las rendijas, para perderse en las tinieblas de la noche.

De pronto, oyó, sin embargo, su nombre, pronunciado claramente; después... el silencio interrumpido por la lluvia que caía lentamente desde el techo, como entretenida con el tacc de su música cadenciosa. Permaneció otro rato con el oído tendido hacia la puerta, y como el llamamiento no se repitiese, pensó que sería ilusión de sus sentidos, y sacando el dedo de las páginas que comprimía, volvió a abrir el texto para continuar su interrumpida lectura; pero no había aún terminado el quinto renglón, cuando oyó de nuevo su nombre... Esta vez no podía equivocarse; era la voz de su amigo que lo llamaba y forcejeaba la puerta para entrar.

Dio un salto de la cama, hizo rodar una silla, que llevó por delante, y de un tirón abrió la puerta: una ráfaga de viento, que había estado mugiendo por la rendija, como implorando protección, entró con furia en el cuarto; detrás de ella, su amigo, completamente mojado.

¡Su amigo!

A esas horas, empapado, enclenque, tambaleando y balbuciendo palabras ininteligibles. El lo miró con sorpresa y con una mezcla de reproche y curiosidad empezó a preguntarle el motivo de aquella visita inusitada.

-Es tarde -le dijo éste, -es tarde, bien lo sé y dejó oír en seguida una risotada de idiota, a tiempo que inclinaba su cabeza para un lado, como si el cuello estuviese cansado de sostenerla... -es tarde, he venido a verte, porque no daré ya examen, he abandonado mi carrera... ya sabes por qué... he disipado también todo lo que tenía, y ahora no sé qué haré... Su compañero lo escudriñaba, de arriba abajo, como quien procura reconocer a una persona que ha visto alguna vez, y no acertaba a explicarse aquella transformación.

Mientras, él se había sentado sobre el borde de la cama, cubriéndose apenas con una manta provinciana, y contemplaba a su amigo con extrañeza y con zozobra.

¡Qué transformación repentina! Hacía apenas algunos meses que no lo veía, y casi no lo habría reconocido; parecía que la Naturaleza lo hubiera despojado en un buen momento de su organismo exterior, como cuidadosa de sus criaturas, para ponerle uno gastado e inservible: su cara, que en otros tiempos tenía la placidez tranquila de sus líneas bien acentuadas, era ahora una cara de convaleciente; la piel, que sobraba, caía sin elasticidad, arrastrando los labios entreabiertos; los ojos, que parecían pequeños para las órbitas ahuecadas y sombrías, la barba crecida, desaliñada, la expresión de todo su conjunto de líneas y de rasgos que se iban borrando o modificando, daba a su fisonomía cierto aire de idiotismo y de abandono, que hizo estremecer a su amigo.

Lo miraba con lástima, mientras él hablaba entre dientes, con voz temblorosa... de vez en cuando, alzaba los ojos, sin brillo, miraba fijamente un objeto cualquiera... luego, reía, con esa risa sarcástica y convulsa de los ebrios.

-Como su padre -se dijo para sí, recordando una escena de familia que había presenciado una vez. Alzando luego la voz, le dijo: -¿Quieres que te acompañe a tu casa?

-Mi casa, mi casa... no tengo casa desde esta noche... -y dirigiéndole reproches inmerecidos, y tomando todas las cosas al revés, como se dice vulgarmente, abandonó la habitación, tambaleando siempre, y llegando por gradación desde el reproche al insulto, del insulto a la amenaza...

Vulgar, grosero, insolente, con esa insolencia mujeril que desarma el brazo, y que, lejos de inspirar indignación, nos mueve a la piedad o desprecio...

Su amigo lo vio salir, sin atinar a seguirlo; estaba abstraído en reflexiones dolorosas, y nada se le ocurrió para socorrerlo... Oyó sus pisadas, que se perdían en el patio oscuro y resbaladizo, y los del perro que no se aventuraba a salir de su casucha para afrontar el frío de la noche.

Cuando se levantó, para cerrar la puerta, miró hacia afuera: la lluvia había cesado. Algunas estrellas brillaban en el cielo azul, verdoso, manchado con nubes blancas, como espuma de jabón, que corrían arrastradas por las ráfagas del pampero.

.....
Fue aquella la última entrevista, el último amigo que borró de sus sentimientos con la complacencia vanidosa que le sugería su orgullo.

Fue también una lección severa que había puesto a contribución su carácter, su dignidad, sus sentimientos, y que lo había humillado hasta el fango: -Ni el perro me ha hecho caso -se dijo al día siguiente, cuando pudo salir del sonambulismo alcohólico.

Su organismo era una mesa revuelta, en el que estaba confundido lo bueno con lo malo de una manera deplorable; quiso poner orden a aquel desquicio pero solo lo consiguió en

parte. En donde quería asegurar una hebra fuerte y estable, se le espía el canavá y tenía que dejar a un lado un sentimiento, un recuerdo, una afección, un deber, un impulso generoso, y su trabajo de reconstrucción, sus propósitos, quedaban trancos... Iba caminando por una senda accesible, suave, fácil; de pronto un abismo, un escollo, un vacío... y empezaban aquí los desfallecimientos y las quejas... Como consecuencia de esto, el abandono, el hundimiento... la fatalidad, que le hacía flotar sin rumbo, como una escoria.

Saltó bruscamente la valla que lo retenía en un medio social distinguido, y en el que se había empezado a formar; se encontró libre, libre como un individuo venido de otras regiones, sin parientes, sin amigos, sin afecciones, sin deberes, sin aspiraciones; su objetivo era substraerse a todo, y si hubiese sido posible, imitar en la vida real a los personajes de Verne, habría elegido el centro de la tierra para ir a plantar en las soledades del abismo su estandarte de guerra contra la humanidad, que pesaba sobre su cerebro, para aplastarlo. Con estas ideas y con estos propósitos, y el encadenamiento lógico de los hechos, que lo precipitaban en la nada, iba poco a poco despojándose de todo lo que podía pertenecerle, de todo lo que podía constituir un atractivo para vivir; iba arrojando al vacío, y a manos llenas, su caudal, como un naufrago que arroja al mar hasta su comida, por temor de que el peso haga hundir la barca.

Llegado a estos extremos, su desesperación tenía que pesar sobre su ánimo, para hacerle tomar una resolución que lo salvase del abismo que lo atraía con sus fauces insondables. Volvió con su memoria al pasado, en el que pudo encontrar días felices, como perlas en el Océano, en cambio, una cadena de trastornos, de amarguras, de sacudidas y una larga serie de vacíos, iba llenando con su miseria, con su indolencia, sus reproches, con su imprevisión.

Recordó la noche que había golpeado a la puerta de su único amigo, y no pudo sentir el rubor en su rostro, porque ya su sangre estaba cansada de servir a sus nervios enfermos; le vino a la memoria, agrandada por el reproche y por la humillación, la primera caída; había estado ebrio y había insultado, con torpeza inconsciente, al que había tenido siempre palabras de cariño y de estímulo para su postración injustificada, y aquí se pasó la mano con cierta mezcla de vanidad y de satisfacción, por haber podido vencer las tendencias que lo arrastraban al vicio, con esa seducción misteriosa que tantas veces lo había acechado. -¡Ebrio! -decía, -¡nunca! Pesaría sobre mi nombre y sobre mis huesos esa huella funesta que debía ser una triste herencia para mi porvenir... He podido, hasta ahora, aplastar su cabeza... ¿pero en adelante?... ¡quizá!

Antaño

Apretó, temblando, el timbre eléctrico de la puerta de calle de la suntuosa casa donde vivía su discípulo; la campanilla hizo oír sus sonidos cortos, repetidos, saltones, y un sirviente, desgarbado y obtuso, que lo miró de arriba abajo, como Minos delante de las almas, estaba a punto de echarlo sin miramientos, cuando vio, con sorpresa, que el personaje mal entrazado que tenía por delante, le alargaba una cartulina...

Aquello era inaudito: un sujeto vestido de una manera tan rara, tan pobre, tan original, con una cara de ayuno y con todo el aspecto de un pobre vergonzante, se permitía el lujo de hacerse anunciar de esa manera.

Tomó la cartulina, la miró, sin saber leer, le pareció un tanto amarillenta y deteriorada, y

azorado e indeciso, se quedó plantado delante del caballero roto, a tiempo que a su vez le devolvía la tarjeta (aquí pareció que era el sirviente quien se anunciaba).

Nuestro personaje lo miró con encono, comprendió todo lo que pasaba en el ánimo del criado, y sin darle tiempo para replicar, le gritó, con aire de amenaza: -¡Vaya, y entregue a su patrón esta tarjeta!

El sirviente estaba fascinado, nunca había presenciado una cosa igual; aquel atrevimiento tenía todos los ribetes de una insolencia, y la mejor contestación, hubiera sido un escobazo en el sombrero.

-En fin -se dijo para sí, -tal vez sea un personaje incógnito, y no pocas veces debajo de una *mala capa se oculta un buen bebedor*. -Luego, reflexionando que su actitud podría ocasionarle serios daños, si era delatado, cambió de táctica, y con toda la amabilidad del mundo, le dijo: -Pase usted señor -abriendo el cancel de par en par.

El *hombre de los imanes* se encontró en el vestíbulo, solo, con su sombrero y un perro de tierra romana que lo miraba desde su rincón con dos ojos de vidrio, como si se los hubieran arrancado, para implantarlos en su cráneo chato de mastín.

Aquel vestíbulo, pavimentado de mosaico, con las paredes estucadas y pintadas de colores chillones con la gran *Portiére* de cristales opacos al frente daba ya la medida del lujo de la casa.

En los ángulos, jarrones de porcelana, relucientes, soberbios, con sus formas de tinaja india tenían como senos obesos una colección de hojas artificiales que imitaban perfectamente la flora de los trópicos. Una gran percha de nogal deslustrado con un bonito espejo bisauté, llamó particularmente su atención; iba a colgar allí su monumental sombrero, pero se dio cuenta bien pronto de que el *pendant* era ridículo, pues los que estaban colgados tenían el brillo flamante de las cosas nuevas, y el suyo... ¡oh!... ya conoce el lector la escuela de contratiempos, o contrapelos, diremos mejor, que lo había envejecido.

Se conformó con mirarlo con lástima, y ocultarlo piadosamente debajo de una silla de fantasía.

Algunos cuadros de pacotilla completaban el adorno.

.....
A poco rato de estar allí, apareció de nuevo el sirviente, pero ya con otro aspecto, tranquilo, casi sonriente, amanerado: -Pase usted, señor -le dijo con tono melifluido, a tiempo que abría con estrépito la puerta del fondo.

Nuestro hombre se encontró de golpe en el salón sin atreverse a dar un paso: un poco por la cortedad y la emoción, pero más por la dificultad de distinguir en la penumbra la multitud de muebles que tenía por delante.

Los horizontes habituales de su retina eran limitados, cercanos: -paredes revocadas con cal o pintadas con cardenillo; los muebles, cachivaches de la peor especie; ahora, estaba en un salón, con humos aristocráticos, tapizado de papel dorado, que le hacía percibir en las paredes, de trecho en trecho, rayas brillantes, como las que hacen los niños en la claridad con los fósforos humedecidos. A medida que procuraba ajustar su visión a la media luz de la sala, aspiraba de a poquito, como olfateando, el aire impregnado de emanaciones olorosas de los muebles, de las flores marchitadas en las macetas, de las pastillas consumidas y olvidadas en un rincón de la chimenea; esa mezcla de buen olor de pieza cerrada, de tufo disfrazado, que espera pegado a una rendija para desahogarse en la calle. El ambiente tibio, el silencio interrumpido por las vibraciones y los ruidos que venían de afuera, el confort de aquella sala, que parecía un negocio cerrado a la hora de la siesta; todo esto infundía calma a su espíritu y apaciguaba los latidos de su corazón sobresaltado.

Hacía vagar sus miradas por todos los rincones, de los que veía surgir de pronto un objeto cualquiera, que había pasado inadvertido, y que al fijarlo se le iba perdiendo poco a poco en la ofuscación de su retina debilitada.

Por una rendija entraba un curioso rayo de luz, estirado como un tul finísimo; lo siguió con la mirada y lo vio morir al pie de una consola dorada, cargada de objetos que le parecían animados; se figuraba que se codeaban, que se avisaban unos a otros que un intruso había ido a turbar su tranquilidad.

Detrás de las pesadas cortinas de damasco; le pareció que hubiese personas escondidas que le estaban espiando, y que algunos se mofaban de él: oía ruidos y crujidos extraños, miraba fijamente hacia la puerta de comunicación interior, esperando ver aparecer de improviso la figura de su amigo; estudiaba posturas, acomodaba los pliegues de sus faldones, plegándolos en donde una mancha inveterada quería ostentarse con descaro; tosía y acomodaba la garganta; se preparaba en la mejor actitud para no causar mala impresión, y para evitar, si realmente era espiado, que su situación fuera menos enojosa. A medida que percibía más claramente los objetos, las escenas iban cambiando, como cambiaban el color, la forma y la posición de los muebles que tenía por delante.

Impaciente, nervioso, abochornado por las impresiones que iba soportando, avanzó resueltamente hacia el costado más accesible del salón y abrió de par en par los postigos de una ventana.

Al dar vuelta, le pareció que estaba en otra casa.

La escena había cambiado totalmente, la luz había penetrado, como llevando a cada cosa un ropaje especial: los bronce, los brocados, las porcelanas, los tapices, las flores, estaban ahora como alegres, con sus colores vivos, resplandecientes.

Un gran espejo que reproducía a la distancia su figura, entremezclada con la turba de muebles, parecía mofarse de él, reflejando una imagen que tenía prestados, en ese momento, todos los matices de los jarrones de las consolas y de las mil chucherías que lo rodeaban.

-¡Cuánta riqueza! -se dijo para sí; -con un puñado de miseria vive un pobre, y aquí hay para hacer vivir un siglo.

Estaba deslumbrado en aquel bazar de muebles de valor, de bueno o pésimo gusto, bien o mal dispuestos, pero, al fin, haciendo su papel en el convencionalismo del lujo y de la moda.

Entregado a estas reflexiones, fue sorprendido de pronto por el sirviente, que traía una bandeja de plata con té, cigarros, licores y un número de un periódico del día.

El patrón le pedía disculpa por la demora -dijo el sirviente, en cuya casa se veía que la sorpresa de un visitante que merecía tantos agasajos, había aumentado una manera visible.

-Mi amigo podrá ser egoísta, orgulloso -se dijo para sí, -pero eso no quita que sea muy bien educado -añadió, mirando plácidamente la bandeja como a una persona a quien se hace una confidencia.

Tomó en seguida, con mano trémula, acariciándola, la botella de cristal, transparente, brillante, llena de líquido dorado; derramó hasta el borde en una copita pequeña, y la acercó con cierto desdén a sus labios, poco habituados ya a esas miniaturas.

-Topacio líquido -dijo a media voz, haciendo un chasquido con la lengua, y se arrellanó cómodamente en una butaca.

Continuaba inspeccionando desde su sitio todos los rincones: todo aquello estaba muy bien, era muy rico, de mucha valor, pero parecía como si no estuviese definitivamente instalado. Eran muebles y objetos que habían llegado de a uno, en distintas épocas; pertenecían a

distintas jerarquías y estaban como agrupados en sociedad democrática.

Había lujo, pero no había gusto; mucho dinero convertido en butacas, en sofás, en bronces, en espejos, pero poco de artístico, de verdaderamente artístico, y que revelase la delicadeza de gusto de su dueño.

Amplias y pesadas cortinas, recogidas en distintos puntos, como el baldaquín de una cama, muy altas y muy pesadas para las ventanas bajas, enrejadas y forradas de pino pintado, como la cámara de un buque.

Una serie de pequeños sofás dorados, gibosos, forrados de telas de gran valor, como para adornar el *boudoir* de una artista, o de otra cosa, si el lector lo quiere.

Consolas doradas, como pequeños altares, cargando un mundo de chucherías, de bronces legítimos y de imitación, cajas de cristal, jarrones, pequeños retratos sobre atriles de ébano -en el fondo una estufa de mármol blanca con el indispensable reloj dorado, sosteniendo en la cúspide de sus arabescos una muchachita de bronce en actitud de pescar; dos candelabros a los lados, compañeros inseparables del reloj, parados a igual distancia, como centinelas de vista.

Sillas de todas clases, algunas doradas, enclenques, delicadas, como señoritas raquícas vestidas de baile; luego, una serie de asientos redondos, cuadrados, figurando unos enormes turbantes, y otros, como almohadón, estirados con indiferencia en cualquier parte, afectando no tener la intención de servir para sentarse.

De trecho en trecho, columnas de *pelouche*, con alma de pino, rodeadas en espiral por hebras de hilo de oro, como víboras que se enroscan al tronco, soportaban bustos de cualquier personaje ilustre o deidades mitológicas que no protestaran nunca del parecido.

Todo esto, completado por una alfombra que parecía vista al través de una gran lente: de fondo blanco, con flores punzó, haciendo curvas caprichosas en las hojas entrelazadas; había estampadas rosas de más de medio metro: una hoja sola hubiera podido dar sombra a un regimiento.

Las paredes ostentaban algunos cuadros de familia, pintados en actitud de retrato: -caras rígidas, severas, defectuosas algunas, con manos deformadas por la corrección fatua y la actitud forzada que les había impreso el autor.

En medio de este lujo, de esta pacotilla, y al lado de algunos grabados, vistos tantas veces, e indispensables en todos los salones, dos grandes oleografías colgadas respetuosamente a ambos lados de la estufa: dos caras sajonas destacándose de fondo oscuro, con sus colores suaves, lustrosos; sus miradas adormecidas y lánguidas, de enamoradas.

La gran portada en seguida, y la antesala, conservando, como un museo, el *demi-monde* de la sillas, sofás, mesas de arrimo, los cuadros de antepasados, desconocidos y olvidados por dos generaciones, sirviendo para tapar claros y hacer simetría en el conjunto de antiguallas que pintaban la época de la primitiva opulencia.

La antesala de ciertas casas es el blasón de familia, es la pieza favorita, el cuarto de los recuerdos, de las evocaciones de otros tiempos mejores.

Una abuela sentada en un gran sofá, capaz de alojar cómodamente diez personas, con su respaldo recto, tieso, enchapado de caoba, con dos rollos de almohadones en los cantos, es la imagen viva de tres cuartos de siglo, con los ribetes del lujo macizo y severo de la época colonial. Forma parte integrante de los hábitos, de los gustos, de los recuerdos y del apego que tienen los viejos a las cosas de su tiempo.

Estos muebles rancios, desquiciados, con armazones fósiles de tablas y colchados, despiden para ellos un perfume de juventud, de frescura, de reminiscencias, que alborota su memoria debilitada de aquellos buenos tiempos, que tanto echan de menos a cada paso, y así como

los defienden cariñosamente del desgaste del tiempo, los defienden de las imputaciones calumniosas que arrojan sobre su anticuada vetustez las críticas y las miradas burlonas de los que alcanzaron la elegancia de una moda que parece preparada para enanos.

La antesala es el santuario de esos recuerdos, que hacen estremecer a los jóvenes, pues las conversaciones giran alrededor de los cincuenta años, cuando las gentes eran más buenas y más sensatas, cuando la amistad era un sentimiento verdadero y cuando el egoísmo era una mala hierba que se extirpaba de raíz.

¡Qué diferencia, exclaman con énfasis de convicción y de desconsuelo las señoras que tocan por todas partes el positivismo de la época, con la sencillez, la moralidad, el respeto y las costumbres patriarcales de nuestros padres!

¡Qué cambio tan radical ha venido operándose en esta sociedad, reducida ayer a *cuatro gatos* y hoy a un hervidero de gente de todas clases y de todos los países, que se incorporan con su trabajo, con su inteligencia, con su sangre, a la corriente natural del país; que van engrosando las filas diariamente, hasta formar centros de cientos y miles de almas, cuya filiación es una mesa revuelta!

¿Cuál será la tendencia genial de las nuevas generaciones?

.....
Los que echan de menos esos buenos tiempos, echan de menos, más que todo, su juventud, esa juventud que se les escapa de las manos y que deja como recuerdo de su paso un pliegue de la piel o un mechón blanco que van despoblando los años.

En el fondo, no es la materialidad de las cosas, pues hoy las hay iguales o mejores, sino las hebras frágiles que se han ido rompiendo poco a poco.

Hoy un recuerdo, mañana un amigo, una afección, un sentimiento educado, y alimentado por años, y que de pronto desaparece y no puede reemplazarse.

La alegría, el calor, la luz de los años los entusiasmos fáciles, las impulsiones bulliciosas, que hacían revivir el organismo a cada paso; todo eso que pasa, que se debilita, que se muere con anticipación, que se aleja como para esperarlos.

El tiempo mismo ha cambiado para los viejos: el que ellos conocieron, no tenía las transiciones malvadas que los exponen a cada paso a una pulmonía; sus crudezas eran más benignas y con un abrigo cualquiera, podían desafiar la intemperie; hoy, el frío penetra por todos los poros; es que la máquina humana va poco a poco enfriando sus calderas.

En las noches, esas camas altas, solemnes como altares, cobijaban cariñosamente a la pareja enamorada, y el calor de la juventud se unía al del ambiente para dar a la temperatura de la alcoba una suavidad deliciosa de bienestar y de confort.

Hoy, el lecho es frío, duro, rebelde; está como cansado de cobijar gente; el ambiente no tiene alientos tibios, y los huesos, entumecidos por el frío de los años, van sintiendo el roce de las tablas, como si estuviesen cercanos al féretro.

Por todas partes, el frío, la indiferencia, el egoísmo, la juventud desdeñosa: ¡no hay ya caras sonrientes para los viejos!

Cuando miran un rostro bello, juvenil, que en otro tiempo se comunicaba con el suyo por el brillo de sus miradas, tienen que guardar en lo más íntimo sus impresiones; el ridículo aletea en torno de sus cabezas, y una mirada indiscreta, una expresión, que a fuerza de ser urbana podría parecer galante, comprometería la rigidez de su posición y la seriedad de sus años.

La juventud, la belleza, los sentimientos tiernos no son más malos, ni más indiferentes, ni más egoístas que ayer -es la vejez que les va dando la espalda, que ha perdido sus derechos, que ha gozado ya ampliamente de esas primicias y que encuentra yerto el hogar donde

antes chisporroteaba el tronco vigoroso que despedía su alegre llama; son los muebles viejos, usados, antiguos, fuera de lugar, que van disputando en vano su puesto a las butacas doradas, livianas, cubiertas de raso, con flores estampadas, vivas, frescas, con la frescura brillante de la rosa recién abierta que invita a aspirar su fragancia.

La mano crispada, amarilla, surcada por venas azules, hinchadas, sinuosas y como estirada por los tendones duros, tiesos, que hacen relieve debajo de la piel gastada, no puede ya impunemente acariciar la mejilla fresca, sonrosada, o el seno mórbido, turgente, sin experimentar el temblor senil que le hace tantear la carne como si hubiese perdido la sensibilidad.

El raso no puede crujir ya debajo de esos dedos que se van modificando, ni los labios caídos, flácidos, descoloridos pueden pretender caricias voluptuosas que no podrían corresponder.

La mirada está apagada, con horizontes cercanos; se ofusca, con el brillo, con las cosas nuevas, donde se refleja vivamente la luz; necesita los colores sombríos, las medias tintas, el negro, que va cubriéndolos poco a poco, como un anticipo de la tumba.

Es el punto de parada en la azarosa jornada de la lucha.

¡Y cómo desean prolongarla todos, a pesar de estar tambaleándose en su puesto de descanso!

.....
Muere la abuela y las butacas antiguas y los sillones de respaldo floreado, los sofás hospitalarios y las consolas de caoba, empiezan a peregrinar en la casa en busca de un refugio... Una mañana hacen su entrada humilde en el cuarto de los trastos viejos, como un mendigo que golpea a las puertas de un asilo.

Los retratos quedan pegados a las paredes, con sus miradas frías, severas, como enconados de ver partir a los amigos de su tiempo...

Irresponsable

Volvamos a nuestro personaje.

Una puerta que se abrió con estrépito, le hizo estremecer y dar un salto en su asiento; tenía en la mano la segunda copa de licor, y estuvo a punto de derramarla.

No atinó a balbucir un cumplimento ni se atrevió a tender la diestra a su amigo; sólo pudo articular una disculpa humilde: *-Perdóname, si soy molesto.*

Su amigo, sin hacer caso de su protesta, se limitó a tenderle la mano y apretar la suya con efusión, como buen camarada, como si el día antes se hubiesen visto en el claustro de la Universidad, cuando concertaban un paseo.

Esta conducta, sencilla, deferente, casi afectuosa, de hombre educado, le hizo cobrar ánimo y despertar, como movido por una vibración, un sentimiento de gratitud...

-¡Qué bueno es! -pensó; siempre el mismo, y suspirando fuertemente, le dijo: -Me he acordado de ti, ahora que estoy en el último *trámite* de una existencia que ya no sé qué hacer de ella; me voy sobrando a mí mismo, quisiera reducirme a una cosa cualquiera, quisiera refundirme en otro ser, aunque fuese el más despreciable, ya que de la vida no me queda más que la animalidad. Intelectualmente no me preguntes lo que valgo ni lo que puedo ser, creo que se ha borrado en mi cerebro el sitio que ocupa esta facultad, y que no me queda de ella sino un jirón de instinto que mueve todos mis actos.

Su amigo le interrumpió sonriendo, y dándole una palmada sobre el muslo derecho, le dijo: -Después de tantos años que has andado vagando como una sombra, sin encontrar tu centro de gravedad, todo tu caudal científico, toda tu fortuna, todo tu bagaje, es la metempsicosis... ¿De dónde sales con esas ideas?...

Si yo creyese en las doctrinas espiritistas, te supondría un ser de otro mundo que viene a escudriñar un poco las cosas de la tierra.

Nuestro hombre abrió los ojos como dos linternas, y mirando a su amigo con aire de tristeza, exclamó: -Tienes razón; no parezco un ser de este mundo, ni de estos tiempos... estoy envilecido y aburrido de mí mismo, me encuentro como si tuviera un grillete al pie, que me condenase al trabajo forzado de estar pensando siempre en cosas imposibles, y que me alejase cada vez más del contacto de los hombres, de quienes no he recibido ningún daño y a quienes he mirado siempre como miran las hienas enjauladas a los que van a mortificarlas con la punta de su bastón.

Es una extraña manera de ser y de pensar la mía; pero no tengo yo la culpa... ¡Ah! si pudiese abrirme el cráneo -añadió, agarrándose la cabeza con ambas manos, -y poner dentro un cerebro más igual al de las demás, indudablemente sería la persona que tú deseas y en cambio de un bagaje absurdo y ridículo, habría traído a tu casa la buena nueva de mi felicidad; pero, ¿qué quieres?... genio y figura.

-Eres un niño, un niño mal dirigido, que ha dado los primeros pasos en falso, sin más guía que el impulso de su tendencia genial y a la cual te entregaste en cuerpo y alma desde los primeros días, sin ver más allá de tus ojos y de tu egoísmo.

-¡Egoísmo yo! -exclamó, poniéndose de pie, pálido y convulso; ¡egoísmo!... yo que he sido una especie de pelícano; capaz de hacerme pedazos por los demás.

-No te alarmes... esa manera de ser no te engrandece ni te da méritos... ese sistema de prodigar todo tu saber, como un filántropo, es una generosidad derrochadora, de la que no has sacado más provecho que desengaños, miserias, ideas equivocadas y sombrías sobre tus semejantes... Has dado tus sentimientos, mejor dicho, los has derrochado, adornando con ellos la existencia de una perdularia, a quien debiste dejar en el fango de donde había salido. Has pagado tu tributo a la experiencia, conquistándote, en esa jornada, el alejamiento de tus amigos, y tú, la huida de la sociedad, como un réprobo que tiene necesidad de ocultar un delito... Andabas después espiando a las gentes con aires de Diógenes, y bien decían tus ojos, a falta de linterna, que tu desdén por todo lo que te rodeaba era más alto que el del misántropo griego.

Tu carrera la tiraste a la calle, como quien se despoja de una carga pesada y abrumadora... y luego... aquí perdóname que sea más franco... brutal... has envenenado tu organismo con el alcohol, para que tu cerebro y tus nervios fuesen siempre rebeldes, y a trueque de tus desdichas imaginarias y reales, te diesen el bienestar que apetecías... Has perdido en el cambio, querido amigo: por una copa de licor, entregabas un jirón de tu organismo moral que has ido destrozando y enajenando poco a poco, para quedar reducido, como tú decías hace un momento, a la animalidad.

El *hombre de los imanes* había escuchado azorado el discurso de su amigo; cuando éste concluyó pudo notar que dos lágrimas, gruesas como garbanzos, corrían divergentes por los surcos de sus mejillas acartonadas.

-Tienes razón -dijo lentamente, -tienes sobrada razón.

-No es éste un reproche que te dirijo, ni un consejo que pretendo darte -continuó su amigo, -pero ya que te has resuelto a golpear la puerta de mi casa, y que tus últimas palabras de cariño para mí fueron un puñado de insultos que me tiraste a la cara, como quien arroja

lodo, yo tomo, después de tantos años, mi desquite, para mostrarte que el único culpable de tus males eres tú... no te guardo rencor... aquella noche estabas ebrio, y, sin sospecharlo, así has vivido hasta ahora.

-Luego soy un miserable, que merezco ser arrojado de aquí como un perro...

-No, eres un desgraciado, uno de tantos, en los que se cumple fatalmente una ley de herencia, de la que pocos pueden sustraerse.

Felizmente para ti, el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde de tus pasiones, han hecho de ti un ser inofensivo.

-¡Pero inútil! -le interrumpió desesperado nuestro personaje.

-¿Te crees -prosiguió su amigo, -que poniendo una pantalla delante de tus ojos, te sustraerías a las miradas de los demás?... ¿crees que no he adivinado tu existencia, a pesar de tu alejamiento?... Me bastaba verte, de cuando en cuando, en la calle, cuando marchabas distraído, agobiado, indiferente por el desaliño de tu persona, para formar un concepto de tu situación. Tú crees que mis miradas no te han seguido hasta la intimidad de tu vivienda, y que no he escuchado los monólogos de tu desesperación y de tu alegría.

Podría contarte, día por día y hora por hora, lo que has hecho, lo que has pensado y los propósitos que han movido tus pasos... ¿Crees que muchas veces cuando tú, en el silencio de la noche, en la de oscuridad de tu vivienda, te levantabas sobresaltado de la cama para escuchar, con ansiedad y espanto, voces e imprecaciones de amenaza, no te seguía mi pensamiento y mis ojos no te veían arrojarte de ella con el cabello erizado, tambaleando y comprimiendo en tus manos temblorosas un arma para defenderte y agredir a tus enemigos imaginarios?

¿Crees que, cuando salías despavorido, huyendo, a medio vestir, de esos mismos enemigos, conjurados para hacerte daño, no te veía ganar la calle desesperado, loco, fascinado por una sombra, para ir a pasar el resto de la noche acurrucado en un banco de una plaza cualquiera, como un perro sin dueño?

¿Crees que no te he visto con los ojos azorados, la boca torcida, como en la convulsión de un epiléptico, acariciar la intención siniestra de prender fuego a la casa?

Estas revelaciones, hechas así a boca de jarro, patentizando la verdad más completa, poníanle delante escenas que tantas veces se habían repetido, y de las que se creía actor y único testigo.

Hondamente conmovido, miró a su antiguo compañero con ojos de súplica.

Lo veía delante de él, en el apogeo de su juventud, fuerte, bondadoso pero severo, rico, inteligente, y por grados lo convertía en un titán, a medida que él se achicaba como un pigmeo.

En su pequeñez enfermiza, parecíale su amigo un ser sobrenatural que se le presentaba de improviso, justiciero, para darle el golpe de gracia y destruir en un minuto sus restos de vanagloria por su independencia y por lo que él llamaba su carácter.

Le había horadado la conciencia como había horadado las paredes de su miserable vivienda; estaba descubierto; no le quedaba otro camino que disparar de allí y arrojarse desde las ruedas del primer vehículo que pasase.

Después de una pausa, su amigo tomó el hilo de sus revelaciones, aparentando la mayor naturalidad. Se había propuesto sacar partido en favor de ese desgraciado, ya que la casualidad le proporcionaba una entrevista con todas las ventajas para sus designios.

Tal vez exhibiéndolo a sus propios ojos en toda la desnudez monstruosa de la realidad, habría conseguido desviar las tendencias de ese infeliz, que marchaba ciego o al manicomio

o al suicidio.

-Esto no es todo, mi querido amigo; debo decirte más; sé muy bien que tus nervios reciben un choque violento, y que abuso un poco de la hospitalidad que te doy, pero tú tienes la culpa; has venido a mi casa, como un camalote arrastrado por la corriente, y tal vez sea esta la última vez que nos veamos... Te conozco muy bien, y sé que no volverás, si no consigues redimirte.

Un apretón de manos violento, efusivo, que parecía implicar un juramento o una promesa, fue la contestación a sus palabras.

-Deja las efusiones para después, siéntate y escucha... Esa sensibilidad de mujer que ha reemplazado a tu virilidad de otros tiempos, no me conmueve lo bastante para hacerme callar.

En medio de todo, ha sido una felicidad para ti que tu situación no te condujese a extremos más peligrosos.

Cuando estabas alucinado por las impresiones que trastornaban tu cerebro y veías por delante la imagen de enemigos que atentaban contra tu existencia, has podido ser criminal...

Si en las huidas de tu casa encuentras al paso algún desdichado que te sorprende en esos momentos de delirio, no habrías titubeado en mirarlo también como a un enemigo y en hacerle víctima de tu furor.

-¡Asesino también! -exclamó el *hombre de los imanes*, ocultando avergonzado entre sus manos su cara desencajada.

-¡Qué linda manera de ser filósofo, de reírse de los hombres y de mirar con encono y desprecio a la sociedad, de llorar como un niño sobre las rimas de un poeta sentimental, y de estarse torturando con impaciencia, sin más objetivo que el de llegar pronto a una meta poco envidiable para decir desde allí: quisiera ser una bestia cualquiera, antes que ser un hombre útil e inteligente!

Verdad que es la única contestación lógica a una vida malgastada en la inacción y en la inconveniencia del propio deber.

¡Ah! bien sé que no eres el único, y que eres tal vez el más desgraciado del gremio.

Seres enfermos, organismos morales truncos, que van esparciendo, como la mala semilla, el germen insano de una existencia peligrosa, que lleva de una generación a otra su marca indeleble.

Felizmente, no has constituido una familia.

La Providencia no ha sido tan injusta contigo, -agregó sonriendo, -y no tienes derecho a ser ingrato; ha cortado en ti la huella funesta que te han transmitido tus antepasados, y otros infelices no tendrán que padecer lo que tú has sufrido.

-¡Basta! -exclamó de pronto el *hombre de los imanes* que había quedado cabizbajo, escuchando la última parte del discurso, -no me tortures más, mis nervios no resisten a tus palabras.

Te he escuchado como a un padre, como a un amigo, como a un juez; te he permitido que me aconsejes, que me delates ante mi propia conciencia, que me despedaces haciendo el análisis de mi vida, de mis sentimientos; pero no me envilezcas más de lo que estoy, me queda aún un resto de sentido moral para medir el abismo que tengo por delante.

-Sentido moral pervertido, que te hace ver como en el daltonismo los colores cambiados; así recibe tu cerebro las impresiones equivocadas o no las recibe en el grado que ha herido tu sensibilidad.

-Escúchame ahora, y no lo tomes a mal; tengo por ti el cariño de otros tiempos, soy todavía tu condiscípulo, y aunque nos haya separado una larga jornada, no puedo olvidar que

siempre fuiste para mí el amigo de la infancia, con quien he compartido las mejores horas de esa edad.

Esta revelación afectuosa acabó por enternecerlo y hacerle pedir disculpa.

-No te hagas más culpable -siguió, -de lo que eres realmente. Nadie mejor que tú mismo ha podido ponderar, día por día, hora por hora, los estragos que han surcado bondadosamente tu existencia, y si esa necesidad de reparación, si ese deseo de algo mejor, de algo más duradero y útil, surgiese en ti con la fuerza necesaria para darle el vigor de un sentimiento estable, podrías batir palmas y creer que has conseguido tu objeto; pero no debes olvidar las impresiones, los sentimientos, los afectos, no se sustraen a la materialidad de las vibraciones nerviosas, y que todo ello no es obra de la imaginación ni del idealismo con que nos acostumbábamos a pensarlo cuando sacábamos engreídos nuestros argumentos de esos textos perdularios de filosofía que andaban rodando deshojados debajo de los bancos de la clase.

Tú has quedado estacionario, y cuando has querido avanzar un paso, has encontrado inmediatamente un escollo, puesto en tu camino por tus manos.

Piensa que la máquina humana, tanto en su organización física como moral, está sujeta a las leyes del funcionamiento de los órganos que entran como factores perfectamente equilibrados en su composición.

Es cuestión de impresionabilidad más o menos delicada.

Un pinchazo dado en un dedo no será advertido por el que tiene las extremidades nerviosas atrofiadas, pero hará saltar de dolor al que conserva su sensibilidad intacta.

Una insolencia o una bofetada te harán reaccionar y tomar, en la justa medida del ultraje recibido, una reparación inmediata; en otro, la impresión llega al cerebro, pero la reacción no se hace sentir como una vibración instantánea, la máquina no funciona con perfección y el ofendido apenas si se pasa la mano por el rostro para comprobar la afrenta.

Tú cometes una mala acción y te das cuenta de ello; otros hacen lo mismo y apenas si le dan importancia; tú tienes sangre en tu rostro para sonrojarte, otros tienen su circulación entorpecida y jamás sienten el rubor. Ya lo ves, sin ir más adelante, sin engolfarnos en estas apreciaciones que llaman materialistas, puedes ver en ti mismo un ejemplo palpitante de lo que estoy diciendo.

Agrega ahora a esa máquina defectuosa la acción maléfica del alcohol y tendrás el desequilibrio lento, pero seguro, del organismo más perfecto.

El *hombre de los imanes* oía extasiado la explicación filosófica de su amigo, y éste, con el entusiasmo que había aumentado por grados, no advertía que había llegado tarde y que sus palabras, si daban en el blanco, no dejaban vestigio alguno del choque.

El alcohol es un ladrón que penetra dulcemente para llevarse todos los días algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que giraba un sentimiento; ataca una víscera importante y le saquea toda su savia hasta matarla traicionadamente, y a medida que va penetrando en la intimidad del organismo, va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal, dejando cabida en la penumbra de ese cuadro sombrío a una serie de seres desgraciados, inconscientes, degenerados, y todos ellos capaces de las aberraciones más monstruosas.

Búscame ahora el alma en medio del tufo del vino y de los licores, y la encontrarás esclava de un cerebro salpicado de células degeneradas, inútiles, reblandecidas; lo encontrarás todo revuelto, como si escarbaras con un palo dentro de una colmena.

Pon una mano sobre el corazón y lo sentirás latir como si estuviese epiléptico y quisiese

saltar fuera del pecho.

Búscame un afecto tierno, duradero, una idea progresista, un impulso generoso, un móvil elevado. Reúne como en un juego de paciencia todos esos pedazos desgastados; hazlos servir al engranaje de la vida, y verás lo que sale de ese desquicio.

-¡Yo! -exclamó en un arrebató el infeliz, -yo, que no he sabido luchar y que me he dejado subyugar miserablemente, sin oponer más resistencia que mis preocupaciones y el nerviosismo de que estoy empastado. -¡Ah! te juro -añadió a tiempo que se levantaba con la resolución de un hombre decidido, -que después de este discurso y estos consejos, cambiaré completamente de rumbo y pondré remedio a las desdichas... -Tomó luego la mano de su amigo, y al comprimirla, hizo crujir sus dedos como si estuviesen fracturados.

Este lo miró con lástima, y moviendo la cabeza con aire de incredulidad, le dijo sonriendo: -¡Diga usted los imanes!

En política

Una copita de licor, que le sirvió apenas para humedecer las fauces, vino a sellar el solemne juramento.

Su amigo había tomado ahora un tono festivo; le dio unas palmadas en el hombro, a tiempo que le decía: -Bueno vamos a otro tema. Después de esta larga disertación, en la que he puesto a prueba tu arrepentimiento, te daré una buena noticia: estoy rico, puedo ayudarte y puedo contribuir así a asegurar tus propósitos.

-No me hace falta el dinero -replicó el *hombre de los imanes*, alarmado por su delicadeza y por el decoro de sus bolsillos...

-Ya lo sé, ya lo sé -replicó con insistencia su amigo; -has resuelto el problema de vivir sin gastar... y sin producir... Debes agregar ese nuevo sistema a algún tratado de economía política.

Si todos fueran como tú, ¡qué perspectiva graciosa tendría la sociedad! Sería curioso ver una colectividad de hombres a tu imagen y semejanza.

Basta de niñerías y hablemos ahora con formalidad.

Tú no has venido a esta casa, para ver a tu amigo, para darle un abrazo y tomar en su compañía una copita de licor; te conozco lo bastante para comprender que no has dejado a la puerta toda la soberbia con que has dragoneado hasta ahora pues, con algún propósito y por algún motivo has venido... ¿O simplemente para oír mis consejos? -añadió con ironía.

-Vengo para figurar en política -exclamó el *hombre de los imanes*, lanzando la frase a boca de jarro y sin fijarse en el efecto que había hecho en el semblante de su amigo.

-¡Tú!... ¿Y tus ideales purísimos, y tus explosiones de perfeccionamiento? ¿En política?...

Figurar en política... -decía su amigo, moviendo lentamente la cabeza y paseándose con las manos cruzadas a la espalda. -Tienes razón tú también puedes *figurar* ... ¿pero veamos a qué aspiras?... ¿cuál es el puesto que ha merecido tu simpatía, para despertar en un buen momento tu entusiasmo ya momificado?

-Es que... como soy un inservible... quisiera empezar por hacer carrera, por hacer méritos, por codearme contigo, por ejemplo, reflejar en mí algo de tu posición, para que la gente me fuese conociendo, para que, ya a fuerza de verme junto a ti pudiera y se acostumbrase a decir: aquel es fulano, que va con zutano; es decir, *van en política* los dos... Ya lo ves -dijo tímidamente el *hombre de los imanes*, -aspiro a un poquito de consideración social,

necesito que las miradas se fijen en mí... pero, al decir esto, le subieron como dos viborillas de rubor por las sinuosidades de sus mejillas. Se levantó de golpe de su asiento, y echando mano a las solapas de su levita, las abrió de par en par, exclamando: -¡pero no con este traje; no con esta figura! -añadió mirándose de arriba abajo.

Su amigo sonreía maliciosamente de la ingenuidad y del bochorno que causaban el *hombre de los imanes* sus trapos viejos y aguerridos; él estaba de pie, con las solapas abiertas, como las alas de un pajarraco que se dispone a alzar el vuelo.

-¡Bah!... el traje no hace al monje... sin embargo, es menester presentarse siempre de una manera conveniente; sobre todo, cuando se aspira... -Al pronunciar esta última frase, dirigió una mirada intensa a su amigo...

-Pero tú, que has abandonado la política, que has considerado a los hombres públicos como si fuesen trastos arrumbados a quienes todo el mundo tiene derecho de dar con el pie; tú, que has vivido en un ambiente completamente ajeno a los movimientos de esta sociedad; tú, que has llegado hasta creer, en los momentos de tus aberraciones, que tus enemigos políticos eran hombres de otra especie y de otra raza vienes ahora, como caído del cielo, a decirme sencillamente: quiero figurar en política... es decir: a parodiar al hombre aquel de Larra que quería ser cómico... y yo te replico: ¿y tu partido, tu hermoso partido, aquel que estaba compuesto de hombres selectos, de inteligencias brillantes, de ciudadanos abnegados, de mártires del deber, de varones ilustres, que apenas si te atrevías a tocarles con el dedo por temor de llevarles la impureza con tu contacto?

¿Ya no te seducen, ya no son partido, ya no inflaman tu pecho, ya no arrancan de tu fibra patriótica el grito del entusiasmo?... ¡Mal partidario, mal ciudadano, vienes a renegar de tus tradiciones, de tus creencias, de tus *dogmas!*...

¡Qué mala inspiración has tenido! -agregó, viendo las torturas por que pasaba el infeliz, que estaba como arrumbado en un sillón, oyendo la arenga...

Vuelvo a repetirte que eres un niño... un gran niño vicioso... que ha perdido su tiempo y que está en la anagnosia.

¿Quieres figurar en política? ¿Cuál es el contingente que traes a la lucha?... ¿Tu buena voluntad?... ¿Tu buena voluntad, tus ideas transformadas, como quien pinta bigotes a una virgen para hacer un San Juan?... No, no vale nada.

A la política debes ingresar con la disposición firme y tranquila de cumplir con tu deber, sin preocuparte de tus ideales ni de tus creencias, sino de las de tu vecino.

Si no estás con él, es tu enemigo, y te bastará serlo para encontrarle todos los defectos posibles e imaginables, aunque tenga virtudes espartanas.

¿Sabes lo que es la política?... ¿lo sabes?... la política es el arte que enseña a defenderse siempre del enemigo... El día que no lo atacas o cometes la tontería de elogiarlo, eres hombre perdido, completamente perdido: -esta es la ley...

Los partidos políticos son siempre, recíprocamente, los mejores... son como las mujeres. Aunque sean viejas, feas y desairadas, siempre son mujeres, tienen flaquezas, veleidades y no olvidan hablar mal del prójimo.

¡Qué diferencia entre las doctrinas que él se había forjado y las enseñanzas que había encontrado en los libros!

-¡Esto lo dices tú!... -se atrevió a replicar tímidamente, sin poderse ya contener. -Los libros enseñan otra cosa...

-¿Los libros?... Lo que encuentras en los libros es lo mismo que dicen los médicos: en los libros todas las enfermedades se curan... en el enfermo es otra cosa.

No era posible comparar lo que él había leído con lo que estaba escuchando; no veía la

necesidad de que los hombres se sacasen los ojos por pensar de distinta manera, ni de que estuviesen ocupados en encontrarse defectos para tirárselos a la cara como arma de combate.

Su amigo le pintaba la política como una lucha innoble en la que siempre había que ver enemigos... Los adversarios, los que él llamaba candorosamente sus adversarios, que debían tener buena fe, equidad, justicia e imparcialidad, para ponderar sus actos y los de los demás.

No estaba conforme con esa gritería de gentes peleadoras que andaban siempre al tira y afloja por disputarse las posiciones con la convicción de que, el día que cediesen un palmo, el vencido tendría que pasar por las horcas caudinas.

-¡Así es la política!... -exclamó después del largo silencio con que había escuchado la tesis de su amigo, y alzando sus ojazos de loco, parecía asumir una actitud de lástima por las herejías que estaba oyendo.

-Sí, es así, no es metafísica, no es juguete de raciocinios ni de lógicas huecas... eso que tú crees, es por ahora *teología*, y así será por mucho tiempo, hasta que se equilibren las fuerzas intelectuales, sociales y numéricas de los partidos.

-De modo que la política obedece a las circunstancias, a la ocasión, a la evolución social, a la selección...

-Déjate de *on* y de *on*; la política es siempre la misma; la de hoy, la de ayer, la de antaño; es la de siempre: la preponderancia de un partido sobre otro, preponderancia que le da ventajas, que le gana posiciones, como gana interés el dinero puesto a rédito, interés que se capitaliza y que aumenta diariamente el caudal de la colectividad que lo maneja.

Se trata de hombres, mi querido amigo; se trata de pasiones, de estímulos, de luchas, de ganar terreno... Esto, por ambos lados.

El que es enemigo, porque es enemigo... y el otro, porque es también enemigo... luego, aquello de los niños: ¿quién ha roto el plato?... es claro que nadie... y, sin embargo, todos se acusan a un tiempo.

-¡Y la patria! -exclamó el *hombre de los imanes*, saltando de su asiento, como si quisiese colgarse de un trapecio. -¡Y los grandes hombres!

-¿La patria?... es harina de otro costal... deja a la patria en su lugar... el sentimiento de la patria entra en todos los pechos y en todas las fibras, y es más malo el que duda de que haya quien no la quiera, que el que es acusado de no quererla...

Veo que estás en mal camino; todavía sigues creyendo lo del principio; el enemigo es malo, malísimo, porque no piensa o hace lo que tú... Oye bien esto: cualquier partido no desdeñaría el peor de los elementos que figura en otro de ellos, y tratándose de un partidario, tiene que soportar lo bueno, lo malo, lo pésimo.

Será mala doctrina, pero tiene, sin embargo, un correctivo... la sanción social -ésta toma su desquite; -bien sabes que en sociedad no todos nos tendemos la mano.

Ahora, hazte todas las cruces que quieras, golpéate el pecho con una piedra, carga con todas las culpas de la mala organización de los partidos; pero, si quieres figurar en política, aprende bien el santo y seña de la *masonería*, y luego me sabrás decir si estoy equivocado. Sé más partidario, más humano contigo mismo... Ni tú, ni yo, alcanzaremos esos ideales que tienen todo el prestigio de la tierra prometida, pero que dan escasos frutos.

-¿De modo que en política todos los partidos son buenos? -se aventuró a decir con curiosidad el *hombre de los imanes*.

-Sí, todos son muy buenos, menos los malos y los óptimos, y aunque esto te parezca una paradoja o un juego de palabras, debes interpretarlo así, al pie de la letra, los óptimos están

más arriba del cielo, los malos están en todas partes.

El neófito no se daba perfecta cuenta de esta manera extraña de juzgar de la política de los partidarios. Siguiendo su habitual manera de pensar de los hombres, encarnaba todas sus aspiraciones políticas en conceptos elevados, y le parecía que, al ponerlas en práctica, la sociedad quedaría instalada sobre cimientos incommovibles.

-¡Una buena levadura hace un buen pan -repetía sonriendo -ya que tú hablabas hace un momento de harina de otro costal!

El, que no había reconocido sino los partidos extremos: los buenos a su manera, con aspiraciones nobilísimas, que hacían de la patria su culto ardiente, y los malos, que se echaban la patria al hombro, como un fardo, para darle un tumbo en cualquier parte. Las revelaciones de su amigo eran como un cuerpo extraño encerrado en una llaga; le causaban un dolor profundo, intenso, y él, que tenía a cada instante que tirar la cuerda de su cerebro para ponerlo en equilibrio, miró a su compañero con lástima, a tiempo que decía para sus adentros: este hombre está loco.

Permanecía sentado, silencioso, con sus piernas cruzadas, cabalgando la derecha sobre la izquierda, imprimiendo movimientos de vaivén al pie, a tiempo que golpeaba con la mano sobre el muslo.

-¿Y qué dices a todo esto?

-¿Qué digo? ¿qué digo? -murmuró el optimista. -Mucho tendría que replicar a tus teorías de política práctica -y aquí guardó de nuevo silencio, como esperando la llegada de una idea que estuviese componiéndose en el cerebro cual en la caja de un tipógrafo. Saltó en seguida de su asiento, y poniéndose por delante de su amigo, con los brazos cruzados sobre el pecho, el pescuezo estirado, la mirada convulsa y extraña, como si saliese de un ojo del cual el iris se hubiese despegado, estiró de pronto sus brazos, poniéndose en actitud de esgrima, y, como si quisiese tirárselos a la cara, exclamó: -¡suponte que yo sea tu enemigo político! ¿qué harías?

Su amigo se dejó caer en un sillón, sonriendo plácidamente, e indicándole con la mano para que volviese a tomar asiento, le contestó en estos términos; -si tú fueses mi enemigo político... no haría nada... Los enemigos políticos como tú, son inofensivos... no te enfades... ahora, si tú fueses un político activo, trabajador, que se moviese para llevar su influencia, en la esfera de su valimiento, ya sería otra cosa; en esas condiciones, y puestos frente a frente, empezaría por decirte que los principios que sostiene tu partido son herejías políticas, que sus aspiraciones desmedidas no tienen otro objetivo que el de arruinar a la patria, que jamás ha hecho nada por el bien de ella, que en su carrera ha dejado un surco árido donde no podrá arraigar la mejor semilla; -y luego, para hacerte desesperar más, levantaría la voz, protestando del fraude, de la violencia, y hablaría a nombre del pueblo sin pedirle la venia.

Ya lo ves, un hombre que quiere figurar en política debe aprender, antes que todo, a manejar la hipérbole, debe tener al pueblo siempre pendiente de sus labios.

-Y la mentira en el bolsillo, para pagar al contado cualquier giro -replicó el *hombre de de los imanes*.

-No, amigo mío; no, la diplomacia... el arte de fingir bien, de sonreírse a tiempo, de hacer un¡oh! en la oportunidad requerida, de restregarse las manos cuando sea necesario, de mostrar confianza, abatimiento, convicción, alegría, tristeza, sorpresa e indiferencia, según el resorte que ha de comprimirse; reservar la intención para la almohada y no hablar más de lo que sea necesario: *allá veremos, sí, sí, esto está bien, es de mi agrado, así lo haremos, hay conveniencia en ello, naturalmente debe ser así ¿cómo podría ser de otra manera?...*

¡oh! celebro mucho que hayamos llegado a esa conclusión. Así de frente... a la espalda, ni esto -dijo el diplomático improvisado, haciendo sonar la uña del pulgar, derecho contra el primer incisivo izquierdo, que parecía haber tomado exprofeso una desviación adecuada. Esto es gran política, política de los libros, como tú lo sabes... la otra, es el pan nuestro de cada día... política de catecismo y más fácil que aquello del fiel cristiano.

Cuando tomes parte activa en ella, ya verás que mis palabras reflejan la imagen de lo que tendrás ocasión de presenciar.

-Así lo pensarás tú... pero, ¿y los grandes hombres de nuestro país?

-Vuelves a la manía de mezclar los grandes hombres de nuestro país en estas cosas puramente mundanas... Los grandes hombres de nuestro país no entran para nada en lo que acabo de decirte... no comprendes los términos... ellos no son los partidos ni pueden constituir los ideales que has forjado... tienen su lugar aparte y han pasado muchos malos ratos y los pasarán antes de que la gente se resuelva a hacerles justicia.

Constituyen nuestros períodos históricos, imprimiendo con su ideal el sello especial a una época... esto sucede en todas partes, desde Grecia y Roma antigua hasta la fecha.

¡Si la humanidad es siempre la misma y las épocas se renuevan en la historia con una semejanza que asombra!

Muchas veces se tiene la tentación de creer que un personaje antiguo se ha encarnado en uno moderno y que fuera del círculo de ciertas obras sería difícil hacer otras... es tan grande la semejanza que los vincula, son tan iguales sus actos, son tan idénticas sus tendencias, que parecería que la humanidad tuviera un gran cerebro y que lo fuera repartiendo de a pedazos... y bienaventurado el que le toca una tajada privilegiada.

Deja, pues, a los grandes hombres; iguales en todos los tiempos, y la historia, que es una especie de coleccionista de objetos viejos, curiosos, se los apropia, los despoja de todo lo que es pequeño y vulgar, retoca los deterioros que les imprimió el roce con los demás, y luego, los acomoda piadosamente en su catálogo para que las gentes se saquen el sombrero, se crucen de brazos, los miren con respeto y con asombro y puedan decir para sus adentros: ¿quién había de creer que este hombre, que ha hecho tanto por sus semejantes haya sido tan maltratado?

Esa es la ley, señor alumno de física.

Concluida su campaña gloriosa, pero generalmente empequeñecida por las pasiones propias y ajenas, recogen pausadamente los pliegues de su túnica, levantan las coronas y las flores que han arrojado a la arena sus admiradores, echan al hombro la lanza mellada, borran a su paso el lodo y las injurias que han quitado el brillo a la arena movediza, y tranquilos, pero quebrantados, satisfechos, pero sin ilusiones, se meten modestamente en su tienda, cierran herméticamente sus puertas y dejan que la humanidad grite o aplauda según su antojo.

Si alguna vez tienen la veleidad de dar una correteada por la antigua arena, donde aún queda huella de sus triunfos, se exponen a comenzar de nuevo la lucha fatigosa, a dejar los jirones de la túnica y recoger con las coronas marchitas el eco del palmoteo impertinente.

¡Ah! yo también soy partidario de los ideales, soy admirador del talento, respeto las virtudes cívicas y aspiro a poseerlas, me inclino con anticipación ante los hombres eminentes, tengo verdadero culto por los que se sacrifican por la patria, no sería capaz de defender mi partido con injurias, ni usar de armas innobles; pero, provocado a la lucha, el talento, las virtudes cívicas, los ideales, los sacrificios, los hombres eminentes, todo esto reunido, mezclado al apasionamiento del combate, no se libra del zarpazo con que se defienden los que ven atacada su trinchera, y precisamente, cuanto mayor es el bagaje del enemigo, mayores deben ser las fuerzas del que combate para vencerlo.

Y luego... ¿no estamos en un país democrático, no tienen nuestros partidos idénticos principios, no quieren todos el bien de la patria, no son vástagos del mismo orden de ideas, no gritan todos los días que ellos, recíprocamente, son los mejores? Y esto lo verás pronto, si sigues mis consejos.

¿No se han quitado las asperezas como quien lima un hierro herrumbrado para dejarlo reluciente?

Deja, pues, a los hombres eminentes, a la patria, y a todas las cosas que están en el ambiente del idealismo.

Fíjate en lo que sucede con dos individuos, con dos hermanos que han vivido distanciados por una causa cualquiera, que se han mostrado los dientes, que han buscado a un tercero para conferirle recíprocamente los defectos del contrario, que han llegado en su ofuscación hasta creerse enemigos irreconciliables, y otras tonterías por el estilo, y por último, en un buen momento, se abrazan, lloran juntos, se dicen todas las ternuras más delicadas, evocan todos los recuerdos de familia, se juran incapaces de las felonías hechas en las horas de despecho, se toman del brazo con efusión y van rápidamente a presentarse unidos, satisfechos, más hermanos que nunca, ante la madre, ante la viejecita ya tembleque pero venerable, que al verlos, se acomoda los anteojos, se levanta encorvada de su sillón, deja caer su libro de lectura religiosa, y llena de júbilo, con lágrimas aún calientes, los abraza, los reúne, besa alternativamente sus frentes de hijos cariñosos, bendice y da gracias a Dios desde lo íntimo de su alma.

Ella, la madre, la viejecita, sin pasiones, sin rencores, sin preferencias, es decir, la patria, siempre igual, siempre dispuesta, ampara bajo su techo, bajo su hogar tranquilo, a sus dos hijos, que hoy ve reunidos, reconciliados... igualmente buenos y dispuestos a proteger su ancianidad.

Ellos mismos no se creen ya tan malos, ni enemigos.

Aplica la moraleja a los partidos y los tendrás distanciados del hogar por, sus pasiones, por sus miserias, por sus rencores... pero la viejecita está allí, fuerte, justiciera, cariñosa, esperando resignada; que golpeen la puerta para abrirles sus brazos y mostrarlos después con orgullo, diciendo: ¡estos son mis hijos, son hermanos gemelos, llevan mi sangre y mis virtudes!

Cuando son partidos de otro orden, cuando se arrojan a la lucha principios de otra índole, se comprenden la intransigencia y el encono; un republicano y un monárquico podrán llegar hasta el exterminio por hacer prevalecer sus creencias; un liberal y un clerical serán capaces de llegar a todos los extremos, y en esta forma, en estos excesos, hay una justificación que los hace tolerables.

En los partidos que actúan bajo los mismos principios, las luchas revisten el carácter de los juegos de niños.

Se apoderan de los juguetes, se entretienen juntos, los contemplan extasiados, se los prestan recíprocamente; pero, si llega un momento en que el más fuerte o el más mañoso encuentra agrado en poseerlo, le dice al otro con todo egoísmo: *esto es mío, haz la prueba de quitármelo.*

El *hombre de los imanes* estaba ahora deslumbrado; su amigo le hacía ver un mundo real, y aunque percibiese las medias tintas del cinismo, no se escandalizaba ya de esas doctrinas. Su misticismo político había concluido; estaba como un creyente que hubiese adorado por muchos años una imagen que creyera milagrosa, circundada de oropeles, y que de improviso una ráfaga malvada levantase las ricas telas para hacer ver desnudo y apolillado el armazón grosero de la santa.

Quiso dar, sin embargo, el último asalto, para ver la composición de las ideas que se habían emitido.

-Empieza, pues, a figurar en política con confianza... empieza por formar número, por asistir como espectador, simplemente si te place, pero no creas que en política hay derechos reservados para determinados individuos... hay jerarquías, pero jerarquías que desaparecen en la sociedad...

En política no hay clases privilegiadas.

Las distinciones no las da la política; las da el talento, las dan las condiciones individuales, las dan los méritos y virtudes que adornan al ciudadano; y si el que ingresa a la arena política trae además de su divisa ese caudal, tendrá más probabilidades de ascender en la escala, pero tendrá también más enemigos y más desengaños.

-¡La honradez política es la base de todo sistema bien organizado y que merezca ser respetado! -exclamó enfáticamente el *hombre de los imanes*, creyendo pulverizar a su amigo con esta frase de efecto.

-¡Bravo! -exclamó éste batiendo palmas; hablas como un libro, pero esa frase, que se la atribuyen a Matusalén en un rato de buen humor, no te impedirá que tú mismo puedas hacer en un buen momento ciertas cosas que justifiquen que venga uno y te diga al oído; la honradez política es la base de todo sistema bien organizado, etc., etc.

Mira, el más ideal de los sistemas, puesto en las manos de los hombres, tiene que salir deficiente, imperfecto...

La sociedad se fabrica leyes buenas, óptimas, jura y rejure que las cumplirá y que llamará ante la justicia al que falte a su mandato... y ahí, a sus barbas, al dar vuelta a la esquina, se olvida de lo que ha hecho, de lo que ha jurado, de la ley, de quien la ha hecho y de que debe hacerla cumplir. Y si por acaso le tocas en el hombro y le dices al que infringe: amigo, ¿y la ley?... ¡Ah! es cierto, la ley, la justicia ante todo... se me había olvidado... es una distracción... -al llegar aquí, su amigo miró el reloj, y pretextando una comisión que cumplir, le dijo: -estamos entendidos; desde hoy eres de los nuestros, reza un responso a tus antiguas creencias, haz acto de contrición, y hasta luego, -añadió tendiéndole la mano.

El *hombre de los imanes* salió de la casa como quien baja de un viaje en globo y alargando el paso se decía para sus adentros: ¡ya voy en política!

En el comité

La casa decía a las claras lo que había adentro. Era una de esas que las señoras conocen desde la fachada que no son para familia.

A pesar de su arquitectura exterior, donde se habían colocado grandes guirnaldas de flores de yeso y angelitos que sostenían en los cuadros de las ventanas coronas votivas, sobre urnas de tierra romana; a pesar de su friso de mármol blanco, herrumbroso en todas partes y medio deschapado en los cantos, y de su puerta de cedro labrada, -estaba revelando que el abandono reinaba como dueño absoluto de la vivienda.

Un inquilino en desgracia la había habitado el último, promoviendo a la dueña todos los pretextos y todas las mañas, para disfrutar de ella, estirando el plazo de la ley, hasta que la amenaza de arrojarlo a la calle con sus trastos, le hizo salir.

En venganza del desahucio había desclavado media docena de cerraduras y roto todos los vidrios que estuvieron al alcance de su despecho y de su palo de escoba.

El aljibe estaba medio relleno de desperdicios de todo género, y en las paredes, de las que se había despellejado el papel, un verdadero *tatuaje* de figuras poco honestas y de insolencias colectivas, al dueño, al comisario y al juez de sección.

Cuando entró su dueño y pudo apreciar la catástrofe que le había caído, se agarró la cabeza con las dos manos, se arrancó unos cuantos mechones de cabello y lanzó ternos que hicieron sublevar a la colonia de ratones que dormía tranquilamente entre los bastidores de las paredes; juró que no la alquilaría más sin un legajo de fianzas y sin informes previos de la honestidad y buenas costumbres del inquilino.

.....
En esa vivienda se instaló poco después un comité parroquial.

Era una ganga encontrar quien la alquilase así, sin hacer gastos que importarían toda la renta que había sacado desde que la alquiló. Al fin, destruida por destruida, más valía que la obra de devastación continuase, y luego que el comité se extinguiese, él tomaría sus medidas.

Un buen alquiler mensual, como que nadie lo pagaba, y la fortuna de que no hubiese criaturas, -estos enemigos irreconciliables de los dueños de casas.

Con cuatro escobazos dados por el guardián, que se había instalado en el cuarto del baño, el arreglo estuvo concluido.

Todo el mueblaje eran unas sillas de esterilla alquiladas, un escritorio medio derrengado y un cuadro flamante, con gran cornisa dorada, del candidato por quien se hacían todos los preparativos.

Al cuadro se le agregaron borlas y cordones de seda y se le colocó en el sitio de honor, en el fondo del salón, en medio de dos banderas que servían para todas las manifestaciones del caso.

Dragoneaba de dueño de casa un jovencito flacucho, de ojos vivarachos y de bozo naciente, con su cuello de camisa que le daba hasta las orejas, circundado por una gran corbata de raso a rayas y sujeta adelante por un alfiler lustrado con un guante viejo.

Gran cadena del mismo metal que el alfiler, prendida de un chaleco orillero; -chispa de brillante en el meñique.

Era el secretario, con todos los poderes para dirigir esa cancillería improvisada, apto para hacer una nota con diez errores de ortografía en cada renglón, como para llenar boletas con nombres supuestos, si era menester.

El presidente era un señor muy conocido en la parroquia, a quien sus dependientes, secretario y amanuenses de ínfima escala, habían democratizado a su antojo, llamándolo simplemente por su apellido, a quien lo colmaban de reverencias y de señor y don, cuando caía al cenáculo del comité y cuando rendían cuentas de los chismes y habladurías que habían inventado.

Estos eran los personajes más importantes de la casa.

El complemento era un cebador de mate, que no hacía otra cosa durante el día y la noche. Se había provisto de media docena de estos adminículos; los llenaba alternativamente en el fogón improvisado y los repartía de a tres en mano cuando había asamblea; por supuesto que en cada reparto los probaba todos, para cerciorarse de si las bombillas estaban corrientes.

Era un tipo criollo, achinado, gordo, medio extrabizco por el vicio de hacer guiñadas cuando estaba saturado de alcohol, que por enfermedad real de los ojos.

Tres camadas de pelo, ensortijado, entrecano, duro, con un ribete acanalado, alrededor de la nuca perfectamente afeitada; barba rala, como si se la hubiesen arrancado en distintos

puntos.

De estatura baja y piernas torcidas -del caballo, como él decía, -vicioso, incorregible, pero amigo de todos los tipos de rompe y raja de la parroquia; por consiguiente, útil y recomendable para dar una embestida al atrio el día de la elección.

Para él, destripar a un semejante era lo mismo que cebar un mate; sumisión era esa, así se la habían enseñado, y desde joven adquirió fama de guapo y decidido.

Era mimado como un niño, y cuando le daban una palmada en el hombro y le decían: "Muy bien, don Fulano, aquí tiene para los vicios", su cara abotagada tomaba una expresión de júbilo feroz; se iba a su cuartujo, apuraba todo el alcohol de sus botellas y empezaba a hacer sus locuras, como le decían sus compinches.

Sabía, por otra parte, que tenía la vida asegurada, y que en la policía no estaría ni el tiempo para decir amén, si por casualidad se le iba la mano.

El secretario y éste eran amigos cordialísimos; el primer mate y la mejor yerba eran para el niño, como él llamaba al señor secretario, quien, a su vez, retribuía las atenciones dándoles las mejores dagas y revólveres cuando se tocaba generala.

A sus colegas les llamaba los muchachos, y cuando se preparaban para hacer una escaramuza, él decía: "ya están prontas para hacer una diablura".

Extraño contraste de buenos sentimientos, de aberraciones, sirviendo de coeficiente a todo este conjunto abigarrado de hombre y de bestia, las dosis de alcohol que diariamente infiltraba en su organismo.

Son éstos el retazo de pueblo a quien se arenga con el propósito de sugerirle ideas y conceptos políticos, sublevando en ellos sentimientos torcidos, y a quienes se fomenta la haraganería y los vicios por una temporada, cuando hay que lanzarlos como perros de presa sobre el adversario.

El nombre de valientes les suena como una música celestial, trastornando su cerebro, y la interpretación que ellos dan a la palabra, consiste en promover los mayores desórdenes, contando con la impunidad y la protección de sus jefes.

.....
La casa se llenaba durante la noche de todos estos ciudadanos dispuestos a derramar su sangre, más por el patrón que por la patria, y que en la inconsciencia de sus derechos y en el relajamiento de sus costumbres, son capaces de todas las temeridades más odiosas... y de todos los heroísmos más abnegados... al César lo que le corresponde.

En las épocas de las elecciones hacen su aparición repentina -vienen por bandadas, por grupos; otros, solos, taimados, haciéndose rogar, convencidos de su valimiento.

Al oscurecer empiezan a desfilar lentamente hacia el Comité, haciendo estaciones y caídas en todos los negocios de bebida, en los que de paso reclutan a los más rezagados.

Fácilmente se les puede rastrear por la franja descolorida que van dejando, pues es su hábito peculiar, caminan rozando las paredes.

Los más jóvenes conservan bien la noción de sus actos, y aunque no puedan medir el alcance de las obligaciones y de los derechos de que pueden disfrutar y que ellos enajenan fácilmente en beneficio de un tercero, saben muy bien apreciar la importancia de su puesto, y entienden, como ninguno, el sistema de darse aire en su jerarquía de política transitoria.

Sufren una curiosa perversión de sentimientos, pues la patria encarna, para ellos algo como la guerra, la lucha, la defensa de derechos usurpados, y por esto en la guerra los vemos realmente luchar brazo a brazo, como valientes, y sostener la fama de tales con un ardor y un brío que envidiaría al mejor soldado.

La patria en la guerra, en el peligro, en las convulsiones políticas, es la única patria que

ellos reconocen, y puede decirse que en esto se cumple una ley de atavismo social. Felizmente, a estas ideas y a estos hechos, transmitidos conjuntamente con el coraje de padre a hijo, se han sucedido otros conceptos que, en la evolución material y moral de nuestro progreso, borran los instintos bélicos y camorristas, por el amor al trabajo; y al amparo del orden, de la estabilidad, son factores útiles que se van incorporando insensiblemente al engranaje común para contribuir al engrandecimiento del edificio social. A la patria guerrera se ha sustituido la patria del trabajo; al arma, el arado, y a las convulsiones políticas de los caudillos, la propaganda incesante por el orden y el bienestar común.

.....
En las estaciones políticas sube, sin embargo, la marea, y entonces viene a la superficie los impenitentes, los rezagados, los aferrados a las ideas antiguas, los que quieren echar una cana al aire, arrastrando el poncho y acariciando el facón; pero el entusiasmo dura poco, y los antiguos bríos no encuentran la resistencia apetecida.

Ellos se mantienen fieles a su tradición y a su fama legendaria de valientes; leales hasta el sacrificio; audaces hasta la temeridad: -héroes anónimos, que todos sabemos donde caen y donde mueren.

Su recompensa no cuesta a la patria muchos desembolsos.

Los más viejos ya han corrido la dura tarea de una vida azarosa, sin porvenir, sin horizonte, sin ambiciones: -un hogar que fácilmente se derrumba; hábitos nómadas y la herencia de la miseria como una perspectiva poco halagadora que ellos miran con indiferencia.

Son los figurantes del Comité, los indispensables para dar a las manifestaciones públicas su carácter de grandes asambleas en plena calle, a los gritos de viva fulano y mengano, en medio del estrépito de la música destemplada y de las puertas y vidrieras que se cierran por temor de los estragos.

.....
Esa noche había gran asamblea.

El Comité hervía de gente de toda clase. -Las piezas interiores estaban ocupadas por los personajes más conspicuos; -los miembros de la comisión directiva con cierto aire de suficiencia y de unción que les venía de lo alto.

El secretario se había puesto su cuello más almidonado y una levita negra que le daba por las pantorrillas; estaba embarazado con sus faldones, que en cualquier movimiento se abrían como paracaídas, -lucía su mejor alfiler, y su anillo de chispa tenía un compañero tan ancho que le impedía doblar el dedo.

Iba de un lado para otro, llevando papeles, entregando cartas y notas -dando explicaciones, escuchando pacientemente las preguntas que le dirigían y sonriéndose con malicia con alguno de su confianza, cuando pasaba por delante de una serie de personajes adustos, graves, que estaban sentados en hilera simétrica, en un ricón de la sala, fumando con desahogo, hablándose a hurtadillas con monosílabos, y dirigiendo de tiempo en tiempo sus ojos desconfiados a la puerta de salida.

Tenía el aspecto venerable de los ancianos bíblicos.

La buena fe les hacía considerar el Comité como un templo; su actitud era la de un testigo que espera la llegada del juez para prestar su declaración.

Habían acudido al llamamiento, trayendo su contingente de influencia; en cambio, habían abandonado su hogar y sus majadas con la despreocupación que les caracteriza.

El secretario aprovechaba la confusión para hacer sus excursiones al fondo de la casa, en busca del fulano de los mates que los tenía cebados en hilera y por cuyas bombillas pasaba

alternativamente sus labios como quien toca la zampona; luego limpiándose con la manga del levitón, entraba más serio que un obispo en el salón de su dependencia.

Un vocerío sordo y molesto llenaba todo el ambiente, especialmente en el interior, donde se respiraba un aire denso y saturado de humo.

En los distintos corrillos que se habían formado, se hablaba en voz alta, se discutía, se armaban apuestas y se ponderaban las virtudes y los mitos de los ciudadanos inscriptos en las listas.

-Eran todos la flor y crema del partido; ninguna tacha podía arrojárseles; en cambio, a los que figuraban en la lista contraria, se les aplicaban los dicterios más usuales del vocabulario callejero.

Se les presentaba como a seres de otra especie.

Esos no querían la patria feliz, engrandecida, sino abierta por los cuatro cantos para satisfacer sus ambiciones y su codicia.

Un extraño, al oírlo, habría creído que se trataba de enemigos feroces a quienes era menester negarles el fuego y el agua.

En el patio, las escenas y los corrillos revestían un carácter más especial, más democrático.

-Era la gente, la *troupe*, que estaba esperando el santo y seña y el reparto de armas; -todos estaban listos, dispuestos al asalto y a defender sus derechos.

Esa noche estaban acuartelados en el Comité; habían recibido un *pret* generoso y una ración muy abundante de alcohol, de mates y de cigarros.

Contentos, decidores, algunos habían improvisado un fogón en el fondo, alrededor del cual se habían agrupado en cuclillas doblando la cabeza sobre el pecho, para no respirar el humo que despedía un pedazo de carne asada, ensartada en un palo inclinado sobre el rescoldo.

Contaban sus aventuras galantes y militares, sin énfasis, sin afectación, en esa media lengua, mezcla de castellano, de argot callejero y de interjecciones picantes.

Un mocetón novicio, escuchaba como un discípulo esas lecciones prácticas, en tanto que tocaba una marcha con el cabo de su cuchillo.

De pronto, un silbido especial, prolongado, que vino del primer patio, hizo levantar a uno de los camaradas que se abrió paso sin miramientos entre los grupos.

Al llegar a la puerta de la sala, se encara con el secretario, que le dice algunas palabras al oído; luego, se aparece un personaje con la levita de paño, sin sombrero, de melena escarchada y reluciente: con aire agitado lo toma del brazo, lo lleva a un rincón y allí le da las instrucciones necesarias, después de las cuales se retira, no sin haberle dicho nuevamente, acompañando sus palabras de un gesto significativo: -¿ya sabes, eh? -Pierda cuidado -contesta el aludido, echando su mano al ala del sombrero y abriéndose paso nuevamente, más ufano y engreído que un canciller que lleva *in pectore* un grave secreto de estado.

Los camaradas miraban con curiosidad y envidia al jefe improvisado, y algunos, con cierta audacia curiosa, se atrevían a preguntarle: -¿qué te ha dicho? ¿qué hay?... -Nada, hombre, nada; lo que hay, es que mañana tendremos que relucir las latas -añadió con aire de impaciencia el caudillo, mientras volvía a su fogón, donde lo esperaban veinte ojos para interrogarlo de nuevo.

.....
Un mulatillo imberbe, que había colocado su cigarro detrás de la oreja y que estaba arrimado de canto contra la pared, con el ala del sombrero sobre los ojos, sonreía irónicamente, al tiempo que decía con tono rencoroso: -ya veremos mañana si es tan guapo como dicen.

.....
Continuaba la bulla y el vocerío; habían dado las diez; el presidente del Comité no aparecía, faltaban él y algunos otros miembros conspicuos de la comisión directiva.

La gente empezaba a impacientarse, y se disponían a abandonar el recinto.

Efectivamente: el presidente, echando su blando abdomen y abanicándose con el pañuelo, entró sofocado en el zaguán.

Detrás de él venían los personajes de mayor cuantía, procurando hacerse de importancia cada uno a su modo.

No bien hubo llegado el presidente al patio, un estruendoso viva hizo retumbar la casa.

¡Viva fulano, viva mengano, muera el de allá! -gritaba cada uno, según su entusiasmo y sus instintos.

Un negro veterano, aguerrido, acribillado de heridas y de porrazos, abría una boca como un horno, y en los momentos en que prolongaba la cantinela, parecía una de esas cabezas que sirven a los niños para jugar a los tejos.

Restablecido el orden, y una vez que el presidente hubo cambiado apretones de manos, abrazos y demostraciones cordiales y efusivas con los más íntimos, el señor secretario tocó violentamente la campanilla para llamar la atención del auditorio y restablecer el silencio.

Una vez obtenido el objeto, el presidente, que había sentido algo como un baile de vísceras en el interior del cuerpo, tomó la palabra, empezando con un ruidoso: -¡Señores! -como quien da un gran sablazo en el aire. -¡La patria! -añadió en seguida (¡siempre la patria tomada de los cabellos para servir de pantalla a todas las diabluras, como decía el cebador de mates!). Todos los ojos estaban clavados en el fondo del salón, y las miradas, en los distintos puntos de la respetable economía del señor presidente.

-La patria, que avanza con pasos gigantescos por el camino de la gloria (¡bravo, bravo! aplausos y vivas prolongados; algunos muertas, dados a destiempo, produjeron un poco de hilaridad, pero, en fin, el presidente, sin desconcertarse, continuó su peroración...).

Estamos en una época de lucha por los grandes principios (¿cuándo no lo estamos?), y por las ideas (esta es otra música).

Es menester que aunemos nuestras fuerzas para el bien común (esto, dicho sin vacilar y con aire de convencimiento), y entonces necesitamos el esfuerzo de todos, de todos los que amamos las instituciones libres (los adversarios las detestan) para que la patria de San Martín y de Belgrano (indispensables en todos los discursos patrioterros; -vivas y aplausos prolongados (menos mal cuando se aplaude a los próceres)... Y bien, señores (recurso como la ayuda de la virgen María en los sermones), y bien, mañana es el gran día en el que iremos a demostrar a nuestros enemigos (la enemistad es recíproca) que estamos preparados al triunfo, y que nuestros elementos, secundados por nuestros derechos (benditas sean tus armas, joven soldado), pondrán la justicia de nuestro lado, para que se salven los principios (gran pausa; mirada significativa de un íntimo del presidente, que le dice con admiración silenciosa: ¡eres un Demóstenes!). Que se salven los principios, sí, señores (pausa y espera de aplausos ruidosos; y, por último, en nombre de... aquí el nombre del candidato, de efecto mágico, pronunciado con dulce languidez de enamorado... vivas y aplausos a discreción; la campanilla del secretario vuelve a sonar con estrépito. Se restablece el orden, y el presidente, a quien empezaba ya a flaquear la memoria, y creyendo haber cumplido de sobra con el encargo del candidato, se lanza con bríos al epílogo del discurso con otro): ¡señores! (tirado a fondo) en nombre de... os pido a todos y a cada uno que os encontréis mañana en el puesto de honor, en defensa de nuestras instituciones y de nuestros derechos. Las instituciones están tan tranquilas como los papeles viejos de un archivo. Resonaron

nuevamente los vivas, los aplausos, y la música contratada para esa noche empezó a preludiar un trozo destemplado de opereta.

En ese momento hizo su entrada el *hombre de los imanes*, acompañado de su amigo.

En la mitad del zaguán se le había empacado; quería retroceder; -huir como los chicuelos que se escapan del colegio.

-Vamos, entra de una vez, ¿tienes miedo? -le dijo su amigo impacientado.

-No, miedo precisamente... Es que me marean tanta gente, el humo y el mal olor que aquí se toma.

-No, hombre, en política, no hay malos olores; debes acostumbrar tu olfato, -¡todo es ambrosía! y el *hombre de los imanes*, con su cara triste, vieja, lánguida, sus barbas que parecían postizas, sus largas piernas de esqueleto, y sus manos de desocupado, entró en el patio con el sombrero debajo del brazo, como quien lleva un instrumento de música.

Una vez allí, empezó a mirar para todas partes, con ánimo de disparar; le latía el corazón, como si estuviese cercano a un gran peligro; todo era nuevo para él: era la primera vez que afrontaba esas reuniones, de las que tantas veces había oído hablar y en las que nunca había penetrado.

No había vuelto en sí de su azoramiento, no había acabado de buscar un sitio oculto, oscuro, desde donde pudiese observar todo sin ser visto, cuando empezó a sonar de nuevo la campanilla: se hizo el silencio, menos solemne que cuando había hablado el presidente, pues el que iba a tomar la palabra en nombre de los derechos del pueblo, etc., era carta conocida, y como orador no tenía sino la figura.

Habló, historiando las peripecias de su gran partido, los sacrificios que todos habían hecho, incluso él, que andaba merodeando por un puestito cualquiera y haciendo acopio de méritos.

Los vivas y los aplausos interrumpían el discurso; el entusiasmo iba en crescendo; las palabras: patria, amor a las leyes, defensa de derechos, peligro de instituciones, grandeza futura, próceres y semi-próceres, todo había salido a relucir, como quien sacude el polvo a la ropa vieja. Para nuestro *hombre de los imanes* eran cosas raras, singulares, algo como si estuviese en un manicomio.

Se desconocía a sí mismo, desconocía a su amigo, a quien veía en medio del salón con el cabello alborotado, los ojos brillantes, haciendo ademanes grotescos, dando exclamaciones impetuosas que le hacían saltar los botones del chaleco.

El mismo se sintió entusiasmado; una ráfaga de patriotismo de Comité le recorría la médula como un sacudimiento voluptuoso.

Tuvo tentaciones de gritar, de subir a la tribuna improvisada y ostentar él también su elocuencia de patriota por la buena causa, por los principios sagrados de la libertad, por el amor a las leyes y a los derechos del hombre; -se sentía transportado, era otro; allí, en un rincón, había perdido el miedo; se sentía inflamado por el ardor juvenil, por sus ideales: Lamartine y Pelletan le bailaban en el cerebro; se ponía nervioso, frenético; las escenas de sangre, las conspiraciones, la patria en peligro que lo reclamaba, todo pasaba en tropel delante de su pupila dilatada.

En ese momento hubiera deseado la lucha, el combate, la guerra, el estruendo de los tambores, el silbido de las balas, los ayes de los heridos y de los moribundos; él, en medio del peligro, fuerte, valiente, peleando brazo a brazo, derribando enemigos, asaltando fuertes, tomando trofeos de guerra; -y luego, en medio del humo y del combate, levantando el estandarte de la patria sobre las ruinas y los cadáveres del enemigo; aclamado, vitoreado, cubierto de laureles y de flores, en una apoteosis brillante que lo saludase como al

benefactor de la patria querida.

Su cerebro daba vueltas como un molino; se le nublaba la vista; ya no veía la masa enorme de gente que lo rodeaba; tenía zumbidos en los oídos; estaba fuera de quicio; su entusiasmo lo había llevado al delirio; a los gritos de vivas y muertas se sentía estremecido como si le diesen una gran sacudida en la nuca.

En ese instante la manifestación debía salir a la calle; los grupos se iban uniformando, y al compás de una marcha ramplona iban marcando el paso con palmoteos y silbidos; tenían que pasar frente al Comité enemigo, para dar fe del entusiasmo y del número, y enseñar bien los dientes.

-Vamos, vamos -decían desde adentro; -él se sintió empujado, arrebatado, y sin perder un ápice de su entusiasmo, se fue al fondo del salón, arrancó rápidamente una de las banderas, con acento vibrante dio un grito de ¡viva la patria! que le salía del fondo del corazón, y se lanzó a la calle desplegando su estandarte.

Allí, olvidándose de la consigna recibida, suscitando en su memoria el recuerdo de otros tiempos, y con el delirio de su entusiasmo, iba a dar un viva a sus ideales del pasado, cuando sintió que una mano fuerte, nerviosa, le comprimía la boca, dejándole el viva en los carrillos abollados como los de un niño que juega con un buche de agua.

-¡Bárbaro!... -le dijo su amigo al oído; abrió él los ojos como un estrangulado; y con acento quejumbroso balbuceó: -¡Tienes razón!

Inconsciente

Era la primera tentativa. Había pasado hasta entonces de incógnito, entre las miserias y los vaivenes del ocio, sin sentir rubor; se había sustraído por su voluntad a las miradas fiscalizadoras de las gentes; no tenía a quién rendir cuenta de su manera de ser, sino a sí mismo. Se había abandonado en cuerpo y alma a las exigencias caprichosas de su organización enfermiza y pervertida, y cuando los ultrajes de la suerte levantaron en su espíritu algo como un reproche, no tenía más que golpearse la armazón del pecho para cantar el *mea culpa*.

Le había asaltado ahora la veleidad de la vida pública, el deseo de figurar, el entusiasmo de ingresar en las filas de los hombres que tenían influencia y que fácilmente habrían podido traerlo a la superficie; pero en el primer asalto dado a la fortuna, se quebraron estrepitosamente sus armas, cayó vencido, y, lo que es peor, magullado, con la cabeza rota y la rechifla y las amenazas de las turbas.

Había tomado las cosas a lo serio, se había sentido inflamado como una mecha de estopa con el ardor patriótico, en medio de los discursos abigarrados del Comité, y había creído, como los niños que miran con la boca abierta las pantomimas, que todo aquello era de verdad.

Esa fantasía tenía para él un atractivo irresistible, se sentía arrastrado a lo heroico, y hubiera pagado con un año de su vida, a falta de otra cosa, por tener ocasión de poner a prueba su decisión y su valor.

Cuando se vio arrebatado por los grupos y se encontró en la calle, dueño de una bandera que hacía flamear a los cuatro vientos, marchando al compás de la música retumbante, aturdido por los gritos, por la algazara, por los vivas, por el estallido de los cohetes y las bombas; empujado, pisoteado, arrebatado fraternalmente por los que corrían, como

enloquecidos, a transmitir las órdenes recibidas de los cabecillas de la manifestación; cuando oyó de nuevo los discursos, a la puerta de la casa del candidato y vio a la gente frenética, entusiasta, y oyó gritar hasta el delirio y aplaudir con estrépito, y vio a los grupos apiñados, confundidos democráticamente, y treparse a las rejas de las ventanas, se sintió de nuevo entusiasmado, enardecido; una voz misteriosa le gritó desde su interior, con imperio irresistible: habla, habla, y él, rompiendo el incógnito, y cediendo como un autómeta a esta fuerza poderosa, empezó a pronunciar un discurso que debía levantar la piel de pollo en los oyentes.

Tomó la palabra encaramado sobre un montón de escombros que había en la calle, erguido, tieso, levantándose sobre la punta de los pies, extendiendo sus largos brazos de crucificado, con su sombrero abollado en una mano y el estandarte desplegado en la otra; su melena enmarañada, volando al viento como un penacho; sus ojos centelleantes, sus labios trémulos, por las ráfagas de ira, de coraje, de entusiasmo, de ardor patriótico, que le subían como calofríos por el espinazo parecía la efigie de la desolación, pregonando las ruinas de la patria sobre un pedestal de escombros que el acaso había puesto bajo sus pies.

Brotaban sus palabras como blasfemias en el atropello de reproches que lanzaba sobre los malos ciudadanos.

Habló de conspiraciones, de delitos políticos, de regeneración social; se sublevaron en su cerebro desmantelado instintos neronianos; quería prender fuego, destruirlo todo, acabar con el género humano, a fin de hacer brillar la libertad que no podía vivir entre los hombres.

Cuando les llegó el turno a los candidatos, los fue exhibiendo de a uno como leprosos; los colmó de injurias y de epítetos.

Eran una serie de monstruos, de ambiciosos sin antecedentes y sin prestigio, a quienes la patria nada debía, y por la cual nada habían hecho; así, por grados, iba subiendo el tono de su arenga, interrumpida por los vivas de los que, estando a la distancia, no oían sino el eco de: *patria, enemigos, exterminio, triunfo de la libertad*, y veían siniestra y arrogante la figura convulsa del energúmeno orador... Aplausos y vivas que no atinaban a comprender los que, estando cerca, habían seguido todas las variantes de su discurso, que caía como una bomba de dinamita en medio del entusiasmo de las turbas, que habían ya lanzado sus mueras y empezaban a mostrarle con irritación creciente sus puños temblorosos.

El seguía impávido, y cada vez más fogoso, sin medir el alcance de sus palabras y el peligro que le rodeaba. Si sus frases, sus injurias, sus epítetos, hubiesen sido lanzados al rostro enemigo, esa noche se conquista una ovación entusiasta; pero era a ellos, a sus amigos, sus cabezas parlantes, a los que representaban las deidades veneradas del cenáculo. Luego, las turbas mismas recibieron su merecido, en medio del estrépito, de la música, de la gritería, de los silbidos; al llegar aquí, estalló la ira comprimida.

Los mueras, las amenazas, los silbidos, los terrones de escombros, hendieron el aire, y cien manos frenéticas, rabiosas y arqueadas como ganchos, lo atraparon por todos los costados, le desgarraron las ropas, le arrancaron el sombrero, le sacaron los mechones de pelo más al alcance de estas garras, y, derrumbándolo, lo habrían indudablemente sepultado en los escombros, si la presencia salvadora de su amigo no hubiese intervenido milagrosamente en ese instante álgido del furor popular. El pobre hombre estaba desconocido, con las ropas desprendidas y rotas en jirones flotantes; de su levita no le quedaba más que un faldón huérfano que podría cubrir a medias el dorso afrentoso de sus pantalones; una manga había dejado el forro, como si pillada in fraganti, hubiese abandonado el resto de la ropa para huir del peligro.

Su fisonomía pintaba el estupor, el delirio, la sorpresa, el aturdimiento, la inconsciencia del daño que había causado; no se daba cuenta de por qué lo estropeaban con tanta saña; oía las amenazas que le dirigían como un idiota a quien se le imputa un delito; recibía los golpes de puño sin sentir el dolor; le parecía que esos hombres enfurecidos, iracundos, que blasfemaban y tentaban ultimarle, mirándole con ojos inyectados de furor, eran locos, irresponsables, y un nuevo vértigo vino a unirse al primero, al que ya había tenido sin saberlo, y le pareció que toda aquella gente hacía en torno de él una danza infernal, aturdiéndolo con sus gritos, con sus improperios, con el ruido de sus músicas y con la gritería de otro orador que en ese momento hablaba del candidato como de un Dios. Entonces le vino a la memoria el Comité, los discursos, su entusiasmo, su bandera, el delirio con que había salido a la calle y la cara plácida de su amigo, que lo contemplaba con lástima y que con su prestigiosa voz de mando, impedía que sus enemigos le hicieran nuevos daños; y allí, sobre el lecho de escombros, con la cabeza ensangrentada, roto, desgarrado, con la cara cubierta de lodo, las manos crispadas, comprimiendo los jirones de su bandera, sintió que le faltaban las fuerzas, que le zumbaban los oídos, que se le nublaba la vista, que perdía poco a poco la conciencia de su ser; hizo un esfuerzo para incorporarse, y aún no había levantado sus hombros del suelo, cuando dio un grito penetrante, cayó de nuevo, y empezó a revolcarse en el fango en un horrible ataque de epilepsia. Sus perseguidores retrocedieron espantados; aquel hombre, con el rostro desfigurado por la contracción convulsiva de sus miembros, con la boca torcida y cubierta de espuma sanguinolenta, con las ropas desgarradas, cubiertas de manchas de lodo y de sangre, era un espectáculo imponente; no se atrevieron ni a impedir que se despedazase contra el empedrado y contra el montón de escombros que le servía de lecho. Su fiel sombrero de copa estaba allí, en el suelo, a su lado, como un ente piadoso que contemplase su desventura.

Inservible

Estirado como un muerto, y sobresaliendo las canillas flacas y contusas de la angarilla, llevada por dos almas piadosas, que se entretenían, en el trayecto, en imprimirle movimientos de vaivén, para reírse maliciosamente cuando el pobre hombre estaba a punto de darse un tumbo.

Así iba en la vía crucis de la execración pública el desventurado *hombre de los imanes*. Detrás de él, los agentes del orden público, tiesos, adustos, convencidos de su alta misión, y haciendo apartar a los curiosos con cierto encono impertinente, correspondido con murmuraciones sordas y sátiras callejeras, que interceptaban el eco de un silbido capaz de sublevar su sangre fría y su paciencia.

Era una procesión grotesca, que hacía distraer a los transeúntes, parar los vehículos y agrandar la bola de nieve de las mentiras, inventadas al paladar de cada uno, sobre la causa y el estado del desdichado que iba en la angarilla.

Algunos manifestantes, más amigos de ver el desenlace del triste acontecimiento, que de seguir gritando vivas y mueras por cuenta ajena, habían seguido también la angarilla.

Iban por grupos, alegres, alborotados, prolongando su entusiasmo con libaciones, que hacían a hurtadillas, escondiendo debajo del saco el cuerpo del delito.

Entre ellos, algunos taimados, recelosos, esquivando ciertos ojos que bien sabían que

desprendían miradas que penetraban por las rendijas de sus pasadas aventuras, y que la puerta de la comisaría era una boca hambrienta que los atraía con el vértigo del abismo. Se mantenían a una prudente distancia, echando sobre los ojos el ala del sombrero y haciendo del cuello del saco un tubo, por donde sacaban de vez en cuando la cabeza, como tortugas.

La angarilla hizo alto en la puerta de una comisaría; los guardianes se hicieron una venia ceremoniosa, y el que dirigía la marcha, dio la voz de entrada, rígido y adusto, como un general que manda asaltar un fuerte.

En la confusión, pocos advirtieron que algunos de los grupos fueron atrapados y conducidos al interior por agentes disfrazados que andaban en la semioscuridad de la calle confrontando caras y buscando en los rasgos fisonómicos la imagen viva de los retratos que tenían en los bolsillos, o de las señas que habían recibido.

.....
Si al lector no le molesto, podemos entrar y tratar después del *ben chi vi trovai...*

La angarilla había hecho alto en medio del patio.

El epiléptico seguía inmóvil; sólo de vez en cuando sacudía de golpe su cuerpo en una contracción convulsiva, como si recibiese un choque violento.

Su fisonomía había perdido la expresión de estupor; por el contrario, sus músculos, que habían entrado en calma después del trabajo que habían soportado, estaban ahora plácidos, relajados, y le daban una expresión de calma y de bienestar.

Dejaba oír un ronquido gutural que le hacía semejar al estertor de los moribundos.

Sus párpados parecían velar piadosamente sus miradas, para evitarle la penosa sorpresa del recinto en que iba a encontrarse.

El resto de su cuerpo, magullado y mal cubierto por jirones de ropa, daba la medida de la categoría social del sujeto.

Largo rato estuvo así, estirado en el patio, visitado, sucesivamente, por el personal de la casa, y sirviendo a los comentarios de los del bajo servicio que de tiempo en tiempo venían a darle una sacudida, para hacerle despertar, en medio de risas comprimidas y de motes poco honestos.

La entrada de nuevos huéspedes, les hizo distraer de su entretenimiento; habían recibido la orden de dejarlo en el patio, para que le diera el aire, a fin de que se le pasara el mal trago; empujaron la angarilla hacia el ángulo del fondo, y al hacerlo, cayó el famoso sombrero de copa, y, como si estuviese animado por el instinto del estado en que estaba su dueño, se fue rodando hacia él; un pie tosco, grosero, se le puso encima, y en un golpe violento lo hizo sonar como un globo de goma reventado; después de éste, otro y otro, hasta que en el último fue a rodar al medio de la calle, donde quedó desorientado, para siempre, de la cabeza que por tanto tiempo había protegido del sol y de la intemperie.

.....
Nuestro amigo había abierto los ojos, sin darse cuenta, en el primer instante, de lo que le había pasado.

Se encontraba tendido sobre un lecho duro, rodeado de paredes desconocidas, y teniendo por techo un cielo bellissimo, salpicado de estrellas, que parecían próximas a caer sobre su cabeza, como gotas brillantes.

Quiso incorporarse, pero le faltaron las fuerzas, se sintió dolorido, especialmente en la nuca y en las piernas, donde tenía dolores, que por momentos le hacían contorcer.

-¿Qué será?-dijo para sí. -¿Estaré soñando?

Se restregó los ojos, y entonces pudo ver perfectamente el sitio en que se encontraba.

-¡En una comisaría!, -exclamó.

Poco a poco se fueron dando la mano sus recuerdos, hasta constituir una cadena que giraba en su cerebro como una rueda. El Comité, los discursos, la bandera, sus impresiones, su amigo, la salida a la calle, el estrépito de las músicas, su entusiasmo, y después... nada: el vacío, y ahora la comisaría... los agentes que pasaban a su lado con aire de mofa; otros, marchando con paso acompasado, en la penumbra del patio, y luego grandes manchones de sombras movedizas que se dibujaban de improviso en la pared alta y blanqueada que tenía por delante.

Figuras humanas reflejadas grotescamente como en el bastidor de la linterna mágica.

Un vigilante que salía de recibir órdenes, empezó a proyectarse en su forma natural; poco a poco, se fue agrandando, a medida que avanzaba, hasta tomar proporciones colosales.

Se entretenía en mirar estos contornos gigantescos, en la variedad curiosa con que los presentaban los distintos reflejos de luz, cuando vio entrar rumorosamente un grupo de agentes conduciendo a un infeliz, que pataleaba como un poseído.

Los vigilantes le servían de muletas, él había dejado caer completamente su cuerpo, como un paralítico; arrastraba sus piernas, a las que imprimía, de trecho en trecho, movimientos nerviosos y violentos, a tiempo que lanzaba blasfemias de un repertorio desconocido.

Sus ropas viejas, harapientas, que apenas lo cubrían, estaban manchadas de lodo seco, y en su semblante, joven aun, podían verse ramificaciones de colorete, que se difundían por sus mejillas como en un acceso de rubor inconsciente.

Luchaba con tenacidad por desasirse de sus conductores, pero éstos, que revelaban pericia y garras fuertes, no tenían que hacer esfuerzo para detener sus pretensiones.

Un tirón estudiado, convencional, le hizo entrar bruscamente en la sala de la audiencia.

La pared, que iba reflejando en su variedad continua todas las formas plásticas del grupo, dibujó la última, grande, inmensa...

El ebrio había tomado las proporciones de un animal gigante; si alguien se hubiese tomado el trabajo de ir dibujando los lineamientos, habría podido sacar una figura grotesca, original, pues, a merced de los reflejos de luz y de las sombras, se había empastado una mole que había perdido por completo los contornos humanos.

Un animal extraño, con una cabeza deforme, orejuda, cubierta de pelos largos, tiesos en la frente, enmarañados y abundantes en la nuca; una nariz larga, gruesa, completando un hocico repugnante, del que pendía un labio hinchado, redondo, apoyado sobre el colchón de pelos rígidos que presentaba la barba, como un repliegue de cuero colgante.

Los brazos, caídos, terminaban en dos manos de oso; el lomo y las piernas formaban un todo que hizo sonreír al *hombre de los imanes*.

-¡Qué particular! -se dijo, al ver esa sombra -cualquiera diría que se trata de una bestia y no de un ser humano.

Por una extraña coincidencia, el espadón del vigilante, que en ese momento era desenvainado, probablemente para mostrar al superior que estaba virgen de la calumnia que se le imputaba, vino a aparecer adherido al dorso del ebrio, figurando una cola, como nunca animal alguno la exhibiera.

La sombra presentaba todas las facetas del movimiento, hasta que desapareció de golpe, para dejar en su reemplazo una figura esbelta, elegante, tiesa, delante de la mesa de escritorio.

Esta nueva sombra alzaba rápidamente los brazos, haciendo ademanes nerviosos, a tiempo que decía: soy inocente, soy una víctima, un caballero... en las sombras, podría agregarse.

Después de ésta, otra y otra; cada una con las proporciones acrecentadas y deformes, según los sujetos que iban ingresando en el recinto.

Este entretenimiento inocente le hacía distraer de reflexiones amargas y de cavilaciones, en las que su espíritu no podía anudar bien los hilos de su situación presente y de sus aventuras políticas.

-¿Por qué estaré aquí? -se dijo de pronto.

-¿Y la manifestación?

-¿Si habré cometido algún daño, del que soy responsable; sin saberlo?

El amor propio de su pequeño valimiento, habiendo figurado como un factor de cierta importancia en la manifestación, le hacía pensar modestamente que tal vez se hubiese comprometido, llevando sus ideas y sus actos más allá de lo conveniente y de lo pactado con su amigo; luego, añadió, saboreando una ráfaga de orgullo que ocultaba en lo más íntimo: -¡tal vez soy víctima de alguna confabulación!

El papel de víctima era para él un ideal.

Cerró de nuevo los párpados y empezó a creer que eran sus enemigos los que habían disuelto la manifestación, y que tal vez a su compañero le habría tocado peor suerte.

Al fin, él estaba estirado en una angarilla, protegido por el Cielo, y aunque olvidado en un rincón del patio, ya le llegaría su turno para ser interrogado y juzgado como convenía a su posición y a sus compromisos.

Pero aquí, *piú che il dolor pote il digiuno* y empezó a sentir las ansias de su estómago, que desde por la mañana no había sentido el roce de un mendrugo.

Sus dolores se habían calmado, pero cada vez que pretendía levantar la cabeza, sentía que su cerebro pesaba como si fuese de plomo, y que no podía fijar sus ideas con la lucidez de otros momentos.

Se hallaba abstraído por estas observaciones autopsicológicas, cuando sintió que una mano le agarraba con fuerza un brazo, y lo sacudía violentamente. Una exclamación de sorpresa, de disgusto, de dolor, contestó al torpe llamamiento del guardián. -Levántese -le dijo, con voz imperativa.

-¿Levantarme?... no me es posible; es preciso que usted me ayude...-Otra sacudida más violenta que la primera, le hizo llegar al borde de la angarilla... Miró esta vez al vigilante con ojos de reproche, e increpándole su conducta, le suplicó que no le hiciese daño.

Este, que no tenía en su masa cerebral un pequeño grupo de células que elaborasen la compasión o sentimientos congéneres, se limitó a llamar en su auxilio a un colega, y entre los dos pusieron de pie, y sin miramientos, a la pobre economía del infeliz.

Estando en esta posición, le dio un vahído, y hubiese caído desplomado, si los dos hombres que se empeñaban en hacerle caminar, no intervienen a tiempo para sujetarlo.

-¡Qué delicado! -dijo uno de ellos con sorna, acostumbrado a tramitar esa mercancía de ebrios y vagabundos, sin el menor escrúpulo, tanto de su parte para tironearlos, cuanto de los otros para oponer una resistencia de bestia que lucha y patatea para quitarse el dogal.

-¡Bah! -pensó el otro, -a éstos no hay que mirarlos con lástima... ¡dan un trabajo!... es menester estar detrás de ellos como de criaturas.. si yo fuese gobierno haría echar al río todas las pipas y botellas de bebida, para que nadie pudiese tomar.

-Yo haría cortar todas las parras -añadió con énfasis su camarada, para presentarse más radical.

Dos miembros entusiastas de la sociedad de temperancia no habrían discurrido con más convicción ni con más aplomo.

El *hombre de los imanes*, estaba sentado en la angarilla, con el cuerpo caído hacia adelante sus brazos largos, flacos, colgando, como si estuviesen desarticulados, la barba apoyada contra el esternón, saliente del pecho como una tablilla de fracturado.

Los vigilantes le imprimieron una nueva sacudida, y de pronto, como si le hubiesen dado un tirón al nervio más sensible, dio un salto tan brusco hacia atrás, que hizo espantar a sus dos perseguidores.

Repuestos de su sorpresa, quisieron nuevamente atraparlo, pero, su actitud hostil, su mirada hosca y brillante, su ademán amenazador, les hizo comprender que se ponía a la defensiva, dispuesto a disputarles los últimos jirones de su ropa, que estaban ahora como erizados sobre su cuerpo de esqueleto.

En esa actitud plástica, cerrando los puños crispados y levantados sobre su cabeza, sus largas piernas abiertas como un trípode, envuelto en las sombras del patio, tenía un aspecto siniestro; era un animal desconfiado, erguido sobre sus garras, que se ponía a la defensiva. Los dos asaltantes procuraban disuadirlo, empleando ahora toda la miel de su lógica autoritaria, y tirándole, de vez en cuando, un zarpazo para asirlo y conducirlo a la presencia del superior.

Querían evitar la camorra ruidosa; peleaban en silencio; él, en un rincón, defendiéndose de todas maneras: ellos, sin conseguir más ventaja que la de arrancarle un resto de la manga o un pedazo de solapa, para jugar, como cachorros, con los trofeos conquistados.

Sus contendientes eran dos muchachos de pómulos salientes, de un cuarto de sangre, con el rostro aceitinado, la mirada movediza, y con la expresión traicionera del gato montés.

Estaban allí de vigilantes, como podían estar de cualquier otra cosa; tenían ambición por el mando, por el sable, por los botones plateados y por ostentar entre sus camaradas su autoridad y su persona.

Al fin, una aspiración modesta, que los emancipaba a ellos mismos de caer en las redes de esa autoridad que estaban representando, y aunque su mejor empeño era siempre en el barril, solían dar lastimosamente en el suncho.

Su posición, su jerarquía, la gravedad que les imponía el puesto, no podían borrar del todo sus instintos y sus tendencias. Acostumbrados a tratarse así entre ellos, a estar horas enteras haciendo gimnasia de manoteos y pugilatos que suelen acabar con heridas y contusiones, la habían emprendido con el epiléptico, sin la menor idea de hacerle daño, pues, de paso que lo conducían al interrogatorio, estimulaban su terquedad y su enojo con un poca de camorra bien inocente, según su manera de entender.

En uno de los ataques, la mano dura, áspera y sudorosa del más musculoso, le cayó como una piedra sobre el hombro, y de allí, en un quite suave, meditado, le pasó por la cara, rozándole con la yema de los dedos en una caricia felina y afrentosa. Un grito de despecho, de humillación, que estalla en una protesta de ira y amenaza, puso fin a la escena; los dos muchachones se intimidaron, y para evitar que el jefe o empleado superior interviniese, castigando su grosero entretenimiento, empezaron ellos mismos a apostrofarlo con voz acentuada, y hacerle marchar ya, sin miramientos, al interior de la oficina.

-¿Quién es éste? -dijo el empleado, que estaba sentado como un juez delante de su escritorio y que acababa de dar el último ronquido a la bombilla de platina de un mate enmelado y reluciente.

-Ha promovido un gran desorden en la manifestación -exclamó el vigilante más embustero, como queriendo humillar la altivez con que se había presentado el reo a la presencia del juez improvisado. Este, a quien la figura extraña y el estado deplorable en que se encontraba el *hombre de los imanes* había llamado la atención, a punto de interrogar con la mirada al vigilante, como temiendo que le hubiesen tironeado demasiado y tuviese que reprender al agente con severidad. -¡Ah! es que le da el mal, señor; por eso está así -replicó con énfasis el aludido, comprendiendo el interrogatorio mudo pero elocuente de su

superior.

-No ha de ser bueno él cuando se halla tan roto -pensó el que hacía las veces de comisario, y tenía empeño en hacerse pasar por tal cuando le caía en las manos alguno de esos honestos a quienes la autoridad tiene entre ojos.

Largo rato estuvo observando al reo; cualquiera al verlo hubiera creído que estaba absorbido en su filiación; lejos de eso, estaba arrollando entre sus manos un cigarrillo, duro, empedernido, con el tabaco enredado como una melena de preso y deseando que las horas pasaran con rapidez, no para ir en busca de algún hilo misterioso que llevara la luz a la justicia, o de algún delincuente que anduviese merodeando por los contornos, sino para ir como un don Juan de ínfima clase a hacer una conquista en los suburbios.

Cuando el cigarro estuvo hecho, redondeado; cuando pasó por el labio inferior el canto del papel para arrollarlo mejor y pegarlo como un sobre; cuando hubo doblado con la uña dura y encanutada del pulgar derecho una de sus extremidades, el vigilante, que seguía sus movimientos, raspó un fósforo sacaojos, y con la urbanidad más criolla, se lo alcanzó, para que su señoría encendiese el puro y pudiese darse así los aires de dueño y señor de la oficina.

Después que hubo aspirado con fruición algunas bocanadas de humo, apoyó el codo derecho sobre el escritorio, teniendo el cigarro entre el índice y el medio, a la altura de sus labios, mientras lanzaba por los conductos nasales dos hebras divergentes de humo espeso y se rascaba con la otra la apófisis mastoide, prominente y cubierta de pelo.

En esta actitud, miró un instante al preso, y luego, echando su cuerpo para atrás, hizo llegar su rodilla huesuda hasta el borde del escritorio, a tiempo que decía: -¿Cómo se llama usted?

-Yo -dijo el presunto reo, con voz débil, aplicándose su mano derecha abierta y tiesa sobre el pecho.

-¿Quién ha de ser, sino usted?

Este miró a su vez al seudocomisario con una sonrisa que hubiese sido compasiva, si el mismo que la dibujaba no hubiese inspirado lástima.

Harto, aburrido, enconado, hambriento, con la desesperación que todavía atormentaba su espíritu, poco le importaba ya de lo que pudiese acontecerle, de su situación, de la comisaría, del castigo que le impusiesen, y aunque le hubiesen tirado al pozo como a un perro muerto, no habría opuesto resistencia.

Corrían por su cerebro las impresiones como si se disputasen el sitio de la atención; ninguna conseguía fijarse en ese negativo incansable para estimularlo a la vida real, al acto presente, a lo que le estaba pasando.

Había momentos en que tenía alucinaciones que lo atormentaban, poniéndolo en una situación difícil.

Tenía por delante un pillastre que había caído en la remanga; uno de los que hacen la gira por las comisarías para ser presentado; filiado y reconocido por los agentes, a fin de que lo dejen nadar en río revuelto.

Al mirarlo fijamente, se le pintaba con dos cabezas; una grande, redonda, maciza, cubierta de pelo duro y cortado en cerquillo sobre la frente chata y deprimida: ojitos de topo, brillantes, movedizos, labios finos, con comisuras plegadas en una sonrisa taimada y burlona.

La otra, una cabecita pequeña, de feto macerado, con tintes lívidos, párpados semicaídos y una contracción en los músculos del rostro, que le hacía asemejar a un pequeño

Mefistófeles, agarrado con tenazas.

Le parecía oír los gritos agudos, chillones, y le veía en las contorsiones de dolor,

ocasionadas por el hierro que lo comprimía.

-¡Qué impresión extraña!-pensó, y fijando más su atención, procuraba encuadrar en sus lineamientos reales, despejando los contornos ilusorios, para hacer entrar uno por uno en su quicio, los rasgos del delincuente, teniendo de nuevo por delante la fisonomía astuta, vulgar y desalineada que había recuperado sus facciones.

Estas impresiones eran tan rápidas y tenían para él tanta influencia, que forzosamente hacía llamar la atención con sus movimientos, con sus sorpresas, con sus monosílabos, cuando perdía de vista los objetos reales para engolfarse en la contemplación de las imágenes que le creaba su delirio.

Después de la transformación del ratero, le tocó el turno al escribiente, y en seguida al vigilante que estaba de ordenanza.

Era un lindo tipo criollo, cuadrado militarmente en un ángulo de la pieza; alto, esbelto, de pecho saliente, de tez bronceada, musculoso, y revelando, a pesar de sus años, la elasticidad de un cuerpo ágil y aguerrido.

Sus facciones acentuadas daban a su fisonomía una expresión marcada de virilidad bondadosa, y en su mirada tranquila y su acento reposado, se advertía al instante al hombre paciente, sumiso, pero de propósitos firmes.

Era una cara simpática, con su barba entrecana, recortada prolijamente alrededor de las mejillas, cejas espesas, bien delineadas, unidas en la raíz de la nariz por un pliegue acentuado.

La autoridad, representada por hombres así, no despertaría las resistencias que en algunas circunstancias levantan sin quererlo y sin sospecharlo, esas figuras adustas y antipáticas de hombres de escala y de raza inferior.

Había cruzado sus brazos sobre el pecho, dejando, sin embargo, por un legítimo sentimiento de vanidad, que se exhibiera plenamente una medalla de cobre suspendida de una cinta con los colores de la patria, un modesto premio a su abnegación y a su valor. Este hombre estaba allí, mudo, inmóvil, incansable, acostumbrado a esa tarea, sin pestañear, sin dar señal de fastidio, obediente a la consigna y satisfecho de merecer esa confianza.

.....
Esperaba el escribiente la respuesta, cuando penetraron en la pieza dos agentes, conduciendo, maniatado con la cadenilla, a un nuevo personaje, que tenía la inocente tendencia de apropiarse lo ajeno, contra la voluntad de su dueño.

Era un mocetón lampiño, con la cabellera abundante y alborotada; había para proveer de pelo a media docena de calvos.

Pómulos angulosos, como sirviendo de punto de apoyo a una mandíbula cuadrada, gruesa, con un borde como una quilla.

El resto hacía *pendant* a estos rasgos, que un antropologista habría completado con dos orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas.

La peculiaridad de este sujeto, estaba, sin embargo, en los ojos: parecía que la mirada se dividía en dos; la primera natural, indiferente, una mirada como otra cualquiera; debajo de esa relampagueaba la segunda, corta, rápida, desconfiada, hipócrita, escudriñadora.

La primera era la mirada ordinaria, la que le servía diariamente para dar a su fisonomía la expresión de un ente inofensivo; la segunda pintaba al delincuente, y echaba mano de ella en los momentos íntimos, cuando creía no ser observado, y cuando emprendía, poniéndola a la vanguardia, el plan de campaña que había meditado.

Para mentir, para ocultar su pensamiento, para tomar los aires de santulón indefenso, se

valía de la primera; para ver en la oscuridad, para taladrar una cerradura, para dirigir una amenaza, de la segunda, que absorbía entonces todo el juego y la expresión de su pupila. Era su mirada de guerra, su escudo, su arma, su caudal; cuando se mezclaban las dos, su fisonomía tomaba un aspecto extraño, diabólico.

Mientras el escribiente bosquejaba con gran ruido de pluma y jeroglíficos en las letras mayúsculas, las primeras anotaciones del sumario, él magullaba entre dientes una protesta, ocultando todo lo más posible su segunda mirada rebelde de culpable.

A una señal convenida, cuatro manos empezaron a sonar los bolsillos y los repliegues de sus ropas, y el cuerpo del delito que salió a relucir, no calmaba sus protestas, pero su mirada se encargaba nuevamente de desmentirlo.

Entretanto, el *hombre de los imanes* se había ido arrinconando; miraba fijamente al vigilante impassible, y le parecía que lo amenazaba; había perdido la noción de la distancia y se figuraba que lo tenía a un palmo de la nariz, empuñando el arma filosa para ultimarlo. Retrocedió algunos pasos, y enredándose en una silla, fue a caer a poca distancia de la puerta, dando gritos, y presa, nuevamente, de un ataque convulsivo.

En la confusión que produjo al caer, el de las miradas dobles había emprendido una retirada decorosa hacia la puerta, pero, en la mitad del camino, sintió una mano como una ganzúa que le asía de la nuca; dio vuelta, y tomando la más plácida expresión de mansedumbre, dijo suavemente: creía que estaba en libertad.

En ese instante entraba un agente con un envoltorio debajo del brazo; dentro de los trapos arrollados se movía algo que no podía distinguirse, pero los gritos y el llanto peculiar, pusieron de manifiesta que se trataba de una criatura.

Un niño recién nacido, aterido de frío, que el vigilante había encontrado en la calle, abandonado como un gatito, en el hueco de una puerta.

El depósito

Se había destinado una de las piezas del fondo para los presos de menor cuantía.

Se encerraba en ella a los sospechosos, a los que eran inculcados de causas leves, a los vagabundos, a los ebrios, y algunas veces, a los heridos que no podían ser trasladados inmediatamente al hospital.

En ese recinto cuadrado, con una puerta insegura, que daba al patio, pavimentado con tablas movedizas y horadadas en los cantos por una larga generación de ratones, que disfrutaban holgadamente de la bienaventuranza, pues no había perro, ni gato, ni trampa que hiciese peligrar su pacífica existencia.

En otros tiempos, había sido tapizada con papel adamascado; ahora, el papel había sido arrancado en grandes franjas en los momentos álgidos de fastidio y como un desahogo a la ira comprimida de los que tenían que pasar allí las largas horas de ocio y de zozobra.

La pared desnuda, mostrando en algunos puntos los ladrillos descarnados y rojos como una matadura, y de trecho en trecho, una variedad abigarrada, de fechas, recuerdos, nombres de mujeres, imprecaciones y versos mal rimados, rodeados de jeroglíficos ininteligibles.

Pendían del cieloraso las franjas sutiles y polvorientas con que habían entretenido sus ocios las arañas, que alguna vez descendían curiosas hasta el suelo, para fiscalizar la catadura del huésped que las acompañaba, o atrapar una mosca incauta, que zumbaba desesperada como presintiendo su suerte.

En ese recinto húmedo, malsano y que había sido bautizado con el nombre de depósito, encerraron piadosamente al epiléptico, hasta que fuese reconocido por el médico seccional, a fin de enviarlo al manicomio o dejarlo en libertad.

Con el silencio que reinaba en la habitación, lejos del bullicio y del roce poco fraternal de sus semejantes, el infeliz había recuperado poco a poco su calma habitual; los nervios iban entrando en quicio, y su cerebro, que había dado una verdadera batalla, iba conquistando, con el descanso, el funcionamiento semifisiológico, que le permitía darse cuenta de su situación y de los peligros que había corrido.

En los primeros momentos, empezó a vagar por la pieza, teniendo siempre por delante las imágenes bizarras que levantaban en su imaginación la anemia y las desdichas.

Hablaba, gesticulaba, hacía ademanes que parecían de loco, se llevaba la mano a la frente, dándose palmadas mudas, que sonaban como chasquidos; luego, se quedaba inmóvil durante largo rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, cabizbajo, como si un pensamiento fijo lo absorbiese.

Un mechero de gas que iluminaba el patio, proyectaba algunos rayos amarillentos al interior de la habitación, dándole un aspecto siniestro.

En ese fondo claroscuro, a esa hora, en un recinto desmantelado, el *hombre de los imanes* tenía el aspecto de un forajido, de un demente.

Visto de improviso, se hubiera creído una aparición empastada de loco, de sombras, de carne contusa y amoratada, vagando dentro de las franjas colgantes de sus ropas raídas y desgarradas.

Si él mismo se hubiese visto reflejado en la pared, como el ebrio que había contemplado, habría tenido repugnancia de sí mismo.

Cuando avanzaba lentamente desde el fondo sombrío del depósito y recibía de golpe la luz tenue, oscilante y amarillenta, que despedía el mechero del patio, parecía envuelto en las sombras misteriosas del sepulcro.

En los últimos escalones de su existencia había dejado su ropaje de filósofo inútil, tirando su último mandoble a la sociedad, con la que había roto por completo, y en la que no dejaba afectos, ni rencores.

Ahora estaba encerrado y custodiado en el depósito; la sociedad no quería sus miserias, su epilepsia, su impotencia; era un presente griego que relegaba al último rincón, para hacerlo inofensivo, inútil.

La polilla había invadido el tronco, dejando una rajadura seca, en la que no podrían echar sus raíces ni las plantas parásitas.

.....
En aquel silencio lúgubre, en medio de aquella oscuridad que aún se disputaban los manojos de luz que venían del patio, aquel pobre ser, medio hombre y medio ente, tuvo un momento de lucidez intelectual y afectiva.

Su cerebro, harto de elaborar ideas descabelladas y sentimientos egoístas, le hizo vislumbrar un horizonte de calma: la posibilidad remota de una regeneración, y con ella, un cúmulo de bienes.

Iba anudando con hebras de entusiasmo este programa privilegiado, y a medida que brotaban esas ideas y esos sentimientos modelados sobre conceptos más reales, se iba esbozando una entidad moral que él contemplaba extasiado, como un psicólogo que ha resuelto un arduo problema.

-¡Si yo fuese así! -decía con ansiedad, dando un toque a un sentimiento, como podría hacerlo un escultor con un perfil torcido y que con un golpe de buril lo levanta para hacer

brillar la pureza de la línea.

Acariciaba luego una idea y la elevaba paulatinamente hasta hacerla digna de un cerebro delicado, equivocaba a veces los tintes y los matices, haciendo resaltar los colores chillones donde era menester la sombra suave, y entonces se perdía de nuevo en el caos de su exaltación neurótica.

El tipo moral que había elaborado pacientemente, quedaba convertido en una figura grotesca y deforme.

-No -exclamaba, -no, ese soy yo -y apretaba sus manos, temblorosas y crispadas, para amenazar a su modelo.

¡Ah, si hubiese podido materializar esta fantasía, que tantas veces le había hecho soñar, como si fuese una creación posible de refundir en su propio organismo!

¡Si hubiese podido tocarla con la fruición del avaro que hunde sus manos en el oro, para experimentar las impresiones acariciadoras del metal!

Venían después sus instintos abriendo brecha en ese ser leal y de creación reciente, para embadurnarlo con sus torpezas, y entonces, el vicio, el abandono, la zozobra sin tregua, la indiferencia, el agotamiento prematuro, que trae el desgaste de las fuerzas, como final de una lucha estéril y sin más objetivo que el egoísmo, triunfando con descaro de todos los arranques nobles, de todos los sentimientos más puros, de todos los impulsos más desinteresados.

Siempre se interceptaba él mismo como una mancha en la tela sutil donde había elaborado esa organización exquisita, y una impulsión de despecho le hacía considerar su situación más odiosa y desgraciada.

Se hacía más culpable ante sus propios ojos, y en un arrebató de ira, se acabó de arrancar los jirones de harapos que lo cubrían.

.....
Acurrucado en el rincón más sombrío, había apoyado su barba descarnada sobre sus rodillas y, pasando sus largos brazos en forma de arco por delante de sus piernas, había entrelazado los dedos nudosos y huesudos, sosteniendo unidas y tiesas sus piernas flacas y filosas como dos aristas. Así, en esa actitud, plegado dos veces sobre sí mismo, parecía una de esas figuras grotescas de la alfarería india, arrumbado como un trasto inservible.

Gozaba ahora de ese silencio tan grato a sus nervios; percibía apenas el rumor lejano y confuso que le traían las ráfagas que penetraban por los vidrios rotos, y se hacía la ilusión de que estaba lejos, muy lejos de la ciudad, como en sus buenos tiempos, cuando huía instintivamente a los suburbios, a cobijarse bajo una humilde pieza de casa de inquilinato. No había sabido vivir del trabajo, no había tenido energía para soportar con serenidad las zozobras y desfallecimientos con que se tropieza a cada instante, no había querido días amargos, ni un momento de disgusto para abrir ampliamente sus brazos a la esperanza soñadora; tampoco había tenido alegrías; no había visto desflorar la tierra por la semilla que empuja llena de savia su tallo erguido, cubierto después de frutos sonrosados y como pudorosos de su fresca desnudez.

Su filosofía escéptica, fría, descarnada, desconsoladora, hueca como una ampolla de jabón, que refleja engañosa los colores del iris y se desvanece con un soplo, había servido de coeficiente a su egoísmo, que subía ahora a los labios como una ola turbia y amarga, hasta darle náuseas de sí mismo.

¡Sus recuerdos!... ¡sus gratos recuerdos!... ¡ni ellos!... ¡Estaban salpicados de fango, y le mostraban una juventud árida, sin amigos, sin hogar, sin familia!

El vacío, el tiempo perdido, los años pasados velozmente, siempre iguales, reducidos a un

día y acompañados del vicio, exhibiéndose en la copa dorada engañadora que oculta la serpiente enroscada en las cinceladuras primorosas del pedestal.

-Basta -se dijo, -es menester concluir... Desanudó sus dedos entumecidos, como si rompiese sus ligaduras, y agarrándose fuertemente la cabeza, estalló en un sollozo prolongado. Parecía el aullido de un perro, delante de la tumba de su amo.

.....
El sueño puso término a sus dolores y reflexiones.

A fuerza de agitarse y de buscar acomodo a sus huesos, para ocultar mejor su desnudez, encontró una postura menos molesta, y poco a poco se fue transportando al mundo de las fantasías.

Soñó como los hambrientos, con grandes pilas de pan y manjares muy cerca de sus labios, pero se encontró con manos entorpecidas, que no le permitían atraparlos.

Horas interminables de felicidad hacían sus danzas caprichosas delante de su pupila, como mofándose de sus desdichas.

Un bazar de mujeres hermosísimas le exhibían con descaro sus formas voluptuosas; él abría sus brazos para envolverse en los pliegues de sus túnicas sutiles, pero en ese instante se desvanecían en sus manos, como si fuesen formadas de aliento y de lujuria.

Un ambiente fresco y perfumado dilataba las ventanas de su nariz, y poco a poco, los colores más tenues iban mezclando sus tintas para forjarle horizontes deslumbradores.

Largas alfombras de verdura y de flores se extendían a sus pies, y las mariposas de alas de oro, y las flores de más exquisita fragancia, cambiaban sus caricias; la buena fortuna, vestida con rayos de luz y llevando en sus manos de dedos afilados y transparentes un cetro brillante, se acercaba suave como el suspiro de un niño a tocar su frente dolorida.

Si de improviso se hubiese acercado una luz a su semblante, descompuesto por el hambre, por el dolor; por los sufrimientos morales, se le habría encontrado transfigurado.

Hubiera sido curioso poder examinar esas impresiones traducidas por sonrisas, que pretendían dibujarse en sus labios machucados; ver esas líneas que formaban surcos prematuros en su piel apergaminada, estirarse poco a poco, levantar sus bordes en una curva suave, y desaparecer después en un pliegue bien modelado, obedeciendo a las fibras musculares, que habían permanecido en la inacción, casi atrofiadas.

Los músculos fisonómicos, recuperando poco a poco su vigor, excitado por un cerebro que elaboraba lentamente panoramas de felicidad, se contraían, se tonificaban, luchando con el ceño y la expresión enfermiza y de dolor a que estaban habituados.

Verle, de pronto, abrir desmesuradamente los párpados para presentar sus ojos fijos, inmóviles, de sonámbulo, en los que relampagueaba, de cuando en cuando, un rayo de alegría que animaba de pronto su rostro macilento.

Balbuecía palabras ininteligibles, y de pronto, una exclamación de sorpresa y de estupor, al propio tiempo que estiraba sus brazos descarnados para asir la felicidad, que aun en el sueño le daba la espalda.

.....
En esa actitud de animal cansado, se iba arrinconando cada vez más, hasta quedar como incrustado en la pared.

.....
Una escena grotesca, que tenía lugar en el patio, a poca distancia del depósito, vino a poner término a este éxtasis venturoso.

Un ruido sordo de voces, de protestas, de gritos y gruñidos roncós, reemplazó a los murmullos suaves, a las promesas halagadoras, y el tufo insoportable de humedad y

mefitismo ahuyentó el fragante aroma de las flores, y las ráfagas de viento helado que entraban por los vidrios rotos, hicieron tomar el trote a los céfiros que habían arrullado el sueño del *hombre de los imanes*, y a las mariposas de alas de oro, los insectos zumbones y molestos que andaban haciendo círculos en el aire y chocando, de tiempo en tiempo, contra las paredes y la cabeza magullada del preso, con sus corazas negras, duras, relucientes.

-¡Era un sueño! -dijo después de restregarse los ojos. -¿Y esto? -añadió, tendiendo el oído en dirección al paraje de donde venían los gritos.

Olvidado, por un momento, del sitio donde se encontraba, y del tiempo que había transcurrido, creyó que eran de nuevo los manifestantes que querían concluir con él.

Un sentimiento de terror y de rabia conmovió todo su organismo, y en la actitud de una fiera acosada, extendió sus puños crispados, al propio tiempo que apostrofaba a sus enemigos, llamándoles cobardes y sin corazón.

En medio de la bulla y de la gritería que le mandaban desde afuera los ecos confusos y chillones, no podía distinguir sino estas palabras

-¡Es el loco!... ¡el loco!

-¡El loco! -repetía él entre dientes... -¡ah! creen que estoy loco... ¡ya verán! -exclamó impetuosamente, y haciendo movimientos bruscos para levantarse y salir al encuentro de sus enemigos imaginarios... pero las fuerzas lo abandonaron, y cayó de rodillas, dando pesadamente con la frente contra la pared.

-¡Me muero! -gritó con voz ronca.

Y esa pobre carne que estaba ya deshilachada, no pudo reaccionar.

En ese momento, a los gritos, a las protestas y al ruido de esfuerzos y de empujones, y al arrastre, que hacía crisar los nervios, se agregó el estrépito de la puerta, que se abrió violentamente, recibiendo el choque de un hombre, que fue lanzado como un fardo al interior de la habitación.

Cayó, produciendo un ruido seco y extraño, como si estuviese inflado, lanzando una interjección de ira y de dolor.

Cerróse nuevamente la puerta, y el rumor de pasos y de voces se perdió, poco a poco, hasta quedar todo en el más completo silencio.

.....
Permaneció pensativo y amedrentado el *hombre de los imanes*, esperando descubrir la filiación de su compañero, ya que respecto de los manifestantes no tenía por qué temer; estaban tranquilos en el Comité, echando sus cuentas sobre el efecto de los vivos y muertas que habían lanzado a los cuatro vientos.

En la actitud del gato que acecha al ratón, esperaba que la mole que se había desplomado cerca de él, se moviese o lo llamase en su auxilio.

Nada; el infeliz seguía estirado en el suelo, roncando cada vez más fuerte, y lanzando a intervalos unos gruñidos roncacos de apoplético, que le hacían estremecer.

Lo llamó repetidas veces, le instó para que se levantara y fuese a contarle sus cuitas; pero, viendo que sus tentativas no daban resultado, se aventuró a estirar, en la semioscuridad, su brazo largo para tocarlo con su índice puntiagudo como una lezna.

Empezó por palparle suavemente una pierna, que había quedado desnuda, sintió el contacto de la piel lisa, turgente, suave, caliente, y al querer imprimirle la presión de su dedo, retiró bruscamente la mano, como si hubiese tocado la piel de un animal repugnante.

Se había hendido la carne, dejando un hueco, como si fuese un hombre empastado en masilla.

Se arrastró de nuevo hacia un rincón, procurando distinguir en la oscuridad los

movimientos del ebrio.

Miraba fijamente el bulto que estaba a poca distancia, e instintivamente tuvo miedo; le parecía que venía lentamente rodando como un gran montón de escoria que quisiese sepultarlo.

Luchaba con tenacidad contra el sueño, y cuando ya estaba a punto de quedar vencido, se contundía con los puños las carnes más doloridas, o se hincaba las uñas en el pecho para estimularse.

Empezaba a aclarar.

La luz del mechero de gas se hacía cada vez más pálida.

Grandes franjas de nubes rojas asomaban por el horizonte, salpicadas, de trecho en trecho, por manchones negros, revueltos, como si la luz se apresurase a despojarse de esas vestiduras, para tirarlas en jirones que el viento dispersaba, dándoles formas caprichosas.

El *depósito* iba exhibiendo su contenido como con desgano; las sombras huían abochornadas, a medida que se iban despejando los contornos de ese cuadro de la miseria y del vicio.

El *hombre de los imanes* daba la espalda a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y esperando resignado la terminación de sus desdichas.

Cuando daba vuelta a la cara y veía a su compañero tendido a sus pies como una res desollada, le venía a la memoria la figura grotesca que había reflejado en la pared los contornos de aquel infeliz que había contemplado desde la angarilla en el rincón del patio.

Levantaba luego su mano a la altura del pecho y la restregaba rápidamente contra sus costillas salientes, como si quisiese alejar de sus dedos alguna partícula venenosa que hubiese quedado adherida por el contacto con la pierna del ebrio.

Este continuaba tendido en la misma postura.

Sobresalía el vientre en una curva enorme, dejando ver su piel reluciente por entre las aberturas de la camisa sucia y desgarrada.

Parecía que las piernas quisieran reventar la tela del pantalón roto que las envolvía, y sus manos hinchadas, escarlatas, elephantíasicas, pegadas a las caderas, estaban cubiertas de ampollas y lastimaduras, como en los miembros atacados de gangrena.

Tirado así de espaldas, con su vientre abovedado, que parecía próximo a estallar, el pecho se levantaba en sacudidas precipitadas, como si tuviese apuro de almacenar aire en los pulmones congestionados.

Por instantes detenía la respiración, su cara se hacía más rojiza, abría los ojos inyectados, y sus labios tomaban el color del vinagre; quedaba inmóvil, sin hacer ruido, hasta que una sacudida nerviosa le estremecía todo, como un perro envenenado; y luego, otra vez la inmovilidad y el silencio.

En estos momentos, el *hombre de los imanes* estiraba el pescuezo, lo miraba fijamente, y, juntando como en un palmoteo las manos descarnadas, exclamaba asustado: -¡Se ha muerto!

Y como si esta exclamación fuese a herir el oído del ebrio, empezaba de nuevo a respirar; primero, con una respiración amplia, ruidosa, algo como un esfuerzo supremo de vida, como si nuevas combustiones hubiesen recalentado esa hoguera próxima a extinguirse.

Volvían a caer sus párpados hinchados, glutinosos, equimóticos; entreabría su boca para dar salida a la espuma sanguinolenta que se pegaba como un copo a sus labios gruesos, carnudos, amarrotados, sosteniendo el superior una hilera de pelos duros, entrecanos, adheridos a la carne como una costra.

Las mejillas, surcadas por venas azules, sinuosas, formando arborizaciones, que iban a

terminar en el cuello, donde las gruesas venas estaban hinchadas, pletóricas, y amenazando romperse.

Un pescuezo de buey, corto, colorado, que se dilataba en cada sacudida respiratoria, como si el aire de los pulmones pasase al través de las mallas de sus tejidos.

Ese conjunto ya no era un hombre; el alcohol había impreso, sucesivamente, su huella en esas carnes, robándole su nobleza plástica, hasta ahogarlo en una capa de grasa blanduzca y pegajosa.

Había recorrido todas las vísceras, en las que había dejado un recuerdo de sus estragos; ahora, asomaba al exterior, con la hidropesía, la hinchazón de las piernas, las manchas violáceas y escarlatas que se difundían por toda la piel, como si fueran el bochorno del vicio, descubierto de improviso.

El cerebro descansaba de las fatigas y torturas del delirio, obedecía como un esclavo a los estímulos de la animalidad; todos los sentimientos nobles habían huido del corazón -ebrio él también y dando traspies dentro del pecho; -del cerebro se habían desalojado las ideas para dar entrada a las alucinaciones, a las impulsiones disparatadas, a la perversión maniática, a ese mundo compuesto de monstruos, de gentes de ojos de sangre, de caras verdes, de labios amarillos de agonizantes, de bocas torcidas, como en una burla de demente: todo esto había desaparecido, a su vez, para dejar en su lugar el caos, la inconsciencia, el reblandecimiento, la atrofia... la orgía concluida en el sueño del embrutecimiento.

En su intimidad más sensible, se había producido una catástrofe: una arteriola desgastada, enferma, había estallado, y la sangre comprimida, se había abierto un camino sinuoso al través del tejido blanduzco, desgarrando masas preciosas, que habían dado el toque de alarma, llevando la confusión a sus compañeras.

Un asalto brusco, traidor, le había hecho abrir los ojos desmesuradamente, como el buey que recibe el mazazo de improviso; luego, la convulsión, y el *coma*, como un prelude de la muerte.

.....
Ahí estaban, el uno frente al otro, estos dos seres, los que, encaminados por distintos rumbos, habían venido a converger al alojamiento inmundo del *depósito*.

Separados ayer por una arista débil que interponía la sociedad con sus preocupaciones y sus distancias convencionales; hoy, abrazados, unidos, vinculados fraternalmente en la comuna del vicio: uno, al borde del sepulcro; otro, haciendo antesala al manicomio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).